



 El libro de las  
parábolas **Per Olov  
Enquist**

Una historia de amor

DESTINO

## Índice

Portada

1. La parábola del cuaderno reencontrado
2. La parábola de la aflicción de la prima segunda
3. La parábola de la tía corajuda
4. La parábola de la mujer en el suelo de pino sin nudos
5. La parábola del espacio más íntimo
6. La parábola del talento desperdiciado
7. La parábola de los cinco tulipanes
8. La parábola de la mujer de Correos
9. La parábola del segundo advenimiento de Jesucristo

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# 1

## La parábola del cuaderno reencontrado

Según la Libreta de trabajo no la ha visto más que en tres ocasiones.

La primera vez es un domingo por la tarde en julio de 1949. Es entonces cuando emplea la misteriosa expresión «la mujer del suelo de pino sin nudos». La segunda vez es el 22 de agosto de 1958, en Södertälje. La tercera, noviembre de 1977.

Al parecer, había prometido no contar nunca nada, a nadie.

Pero ha pasado mucho tiempo. Así que ya da lo mismo.

Muchos años después se arrepiente de no haber pronunciado un discurso mejor en la Casa Parroquial tras el entierro de la Madre en 1992.

Debería haber sido un discurso más sencillo, no tan humorístico. Había *esquivado*, debería haber hablado de forma más directa, no haber *dado rodeos* cuando se trataba de recapitular. Luego, después de tan sólo algunos años, empezó a albergar el deseo de redactar una versión revisada y corregida del discurso, quizá sólo imprimirla en diez ejemplares, para hacerles partícipes del texto a los nietos, un texto muy sosegado, sin tembladera bíblica.

A los niños, sin embargo, no era fácil hablarles de cosas o ponérselas por escrito. A menudo se preguntaba qué era lo que había ido mal. Al fin y al cabo, tenía mucha experiencia en la escritura. Aprendió ya de pequeño, después continuó.

Cuando escribía nunca tenía miedo, pero solamente cuando escribía.

Por eso se hacía un lío. Era como si todo ese montón de libros estuviera a sus pies, y de repente les propinara una patada, ¡como si él fuera *no culpable!* Como si él se *dividiera en dos*. Una parte era la parte escrita, a la

que *daba nombre*; la otra, el hermano, el que murió siendo feto, al cabo de dos minutos, recién arrancado del voraz útero de la Madre. Éste poseía la solución. Cuando fotografiaron el pequeño cuerpo ya rígido, no tenía, sin embargo, la boca abierta, como un pez en tierra, sino un aspecto dulce. ¡Que podría haber ¡contagiado! al hermano que llegó dos años más tarde!, ¡o sea, a él!, pudiendo habersele manifestado bien entrada la vejez. ¡Lo dulce se contagiaba! Y esa dulzura era lo que le había impedido escribir una novela de amor.

¡Uno se queda atónito!

Había buenos motivos para tener miedo, si uno pensaba así, y muchos lo hacían.

También se podían buscar los agujeros negros en el discurso funerario. O lo que se hallaba entre líneas, quizá aún había tiempo. Penetrar en *la grieta de la historia*. ¡Como si eso fuese más fácil! Y es que lo omitido era lo que más dolor causaba. Los agujeros y las grietas no resultaban evidentes, eran más bien como mensajes superpuestos, de modo que las palabras originales, al regresar a ellas, se cubrían poco a poco y adquirían un matiz gris, luego negro para, al final, volverse incomprensibles. Aquello se cubría a sí mismo.

Eso era lo que pasaba con lo sencillo. Era como una autorredención.

En septiembre viajó al pueblo.

Quería, por si acaso, visitar el islote de Granholmen, con los abetos milenarios, *¡al menos mil años!*, como su madre le aseguró en la década de los cuarenta, sentada en su piedra con la mirada fija en la superficie del agua, cuando el marido ya estaba muerto y sólo quedaba el niño en quien buscar consuelo. Aunque era flaco y más bien larguirucho.

Los abetos eran enormes, el islote no tenía más que unos setenta metros de diámetro, la casa la construyó el padre primero como casa estival a tan sólo diez metros de la Casa Verde. Luego murió, *¡precipitadamente!*, y el abuelo y los hermanos la desmontaron entera y con el caballo la llevaron a Granholmen, sobre el hielo invernizo, para volver a montarla allí.

En aquellos tiempos se sabía cómo construir una casa.

Fue la familia la que intervino, ya que la muerte del Padre los había conmocionado de un modo casi incomprensible. Había muchas esperanzas puestas en el Elof. Había sido, hasta cierto punto, una persona especial, pero no *rara*, en absoluto, y la familia había querido hacerle una especie de regalo a su viuda. Ella había entrado en la familia por matrimonio, y por tanto en sentido estricto no podía considerarse parte de ella, pero el niño sí, o sea, en el sentido más estricto. El abuelo, P. W., además, le construyó una barca. Se maniobraba con dificultad, cierto, pero era muy estable para que al niño no le pasara nada.

No cobró ni un céntimo. Quizá quería mostrar que se mantenían unidos.

Cincuenta años más tarde —después de que empezaran a *publicarle*, y en lo publicado en cierta medida él describía escenas con la Madre allí sentada en el islote—, el pueblo rebautizó Granholmen como Mayaholmen. En homenaje, se supone, a que era *en ese lugar* donde pasaba los veranos, sola con el niño. Tampoco había ninguna otra casa en el islote, de modo que el nombre resultaba bastante acertado.

En septiembre de 2007, por asombroso que pueda parecer, la barca del abuelo seguía ahí. La habían recubierto de plástico, y ahora era blanca. A través del plástico se podían ver los pernos, que quizá se llamaban «clínkers», pero no, no debía de ser el término correcto. El abuelo P. W. era el herrero del pueblo, aunque también construía barcas, y sin duda habría sabido si se llamaban así o no. La popa se había cuadrado para dejarle sitio a un motor fueraborda. Eso era un poco especial, pero en el fondo no cabía duda de que se trataba de la barca de P. W. Cobertura de plástico, pero cuerpo construido en 1935.

Era como una parábola bíblica, si es que uno quería verlo así, algo que muchos hacían.

Gunnar Hedman lo llevó hasta allí. Atracaron en la parte norte, y enseguida vio que el islote se hallaba en malas condiciones. Los gigantescos abetos, donde jugaba de niño —o sea, mucho tiempo antes de envejecer y verse rodeado de amigos moribundos, esos que con murmullos desconfiados sospechaban que había regresado al pueblo ¡para desenterrar *la verdad sobre*

*la primera mujer!*, ¡a fin de enterrarla de una vez por todas!, ¡esos amigos moribundos que ahora se agrupaban a su alrededor cual pinos en un pinar!— y por cuyas ramas trepaba hasta la punta para otear buques enemigos.

Todos esos abetos, ahora, otoño de 2007, habían sido talados.

Tres cobertizos habían aparecido, así como dos nuevas casas veraniegas que apenas aguantaban en pie. Un gallinero con una valla oxidada indicaba la existencia de vida humana. Cinco gallinas correteaban dentro con pasos diminutos. Su casa se le antojaba *similar* a la de hacía setenta años, pero se la veía gravemente deteriorada, y daba la impresión de que se usaba para almacenar escombros o chatarra; intentó mirar por la ventana, pero *no le produjo más que dolor*.

El islote había sido violado. La piedra a orillas del agua, donde la Madre solía sentarse, presentaba, no obstante, el mismo aspecto de siempre.

Se sobrepuso y dio una vuelta alrededor del islote, como en su infancia, consciente de que esto no podía revisarse ni corregirse; era lo que era, y había cambiado, todo se había ensuciado.

¿Por qué había vuelto? Esto no era meterse en el Río de la Flecha, como había leído de niño en *Kim*, de Kipling. La iluminación la tenía que buscar por su cuenta y en otros lugares, si aún había tiempo. La piedra grande, a unos cinco metros del borde del islote, no obstante, seguía en su sitio, intacta.

Había estado muy bella sentada en esa piedra.

Huye, olfateando de un modo irritante: como un perro que se cruza con su propio rastro y se asusta.

¿Resulta necesario anotar esto? No teme a la muerte. Pero el camino hasta allí le aterroriza cada vez más.

*Abandonado* era una palabra que tanteaba, pensaba que podría crear vías que le permitirían entrar en el proyecto, ya que ahora el tiempo apremiaba, *apremiar* era otra palabra, no sabía cuántos años le quedaban. Podía ver la respuesta en los ojos moribundos de sus amigos, era como si, antes de la muerte, los ojos se volvieran acuosos, y los que dentro de poco iban a morir, quizá *mucho tiempo después que él*, lo contemplasen con miradas suplicantes, como si le imploraran algo. Le hacían pensar en el chico Siklund,

que le fue a ver en 1974, antes de volverse orate y morir. Recordaba sus ojos, reveladores y dementes; pero después Siklund se redimió, y el gato resucitó, y ese Siklund, modelando su muerte en una parábola bíblica, casi logró redimirlo de nuevo y reconducirlo a esa fe que había perdido estudiando.

¡El gato!

De repente se detuvo. ¿No había un pequeño delito con el que pudiera ralentizar el tiempo? ¡De la infancia! Podía redactarse a sí mismo unas breves cartas reflexivas, o quizá más bien introspectivas. Los papeles que el Padre dejó parecían hablar de la muerte, del amor y quizá de la vida eterna. «¿No es, pues, esa vida eterna, entonces, tan enigmática como la presente?» Debía de ser una cita, copiada. No creía que su padre se expresara así. Por su parte, no recordaba nada. En el discurso de la Casa Parroquial tenía que haber recuerdos. Podía empezar con algo que hubiera ocultado, pero que fuese inofensivo. Como ese *pequeño y cómico delito* que debía de haber sucedido durante la guerra, el verano de 1940, en julio, cuando puso el gato en una balsa hecha con unos troncos y lo dejó en el lago a la deriva, camino de una muerte sin duda terrible.

¡O la muerte y resurrección de su amigo Håkan en el lago Bursjön!

¡Sobreponete! Susurra una y otra vez. ¡No seas ridículo! ¡Las cosas, de una en una! Estaban los pequeños pecados que vendría bien tenerlos a mano por si se ponía nervioso. El gato, por ejemplo. Eso podía conservarse. Luego estaba aquello que había sido descartado, palabras sobre la muerte, y ahí el tiempo apremiaba, todos los amigos se tambaleaban y gemían a la orilla del río. Recordándole que no servía para escribir esa novela de amor.

¡Ánimo! Recordó el encuentro en una biblioteca de Södertälje. Durante la charla que siguió a su presentación, una mujer se levantó, se trataba de un pasaje erótico de esa novela histórica de la que él acababa de leer unos extractos, y que ocultaba tan bien sus propias experiencias que nadie había logrado desenmascararlo; recurrir a las novelas históricas era lo mejor si uno se ponía nervioso y quería disimular algo. Mientras leía ese pasaje, reconoció la mujer con naturalidad, le había entrado de repente *un calor tal* en todo el cuerpo, y en el bajo vientre, que nunca antes había experimentado al leer un libro. ¡Y quería darle las gracias! Quizá utilizara incluso la expresión *calor en mis partes*. Un susurro atravesó la sala cuando la señora, tras su intervención,



se sentó penosamente, chirriándole casi los huesos. Y a él le pareció muy bonito lo que había dicho. Pero, sobre todo: ¡no se le escapó a nadie que se trataba de una mujer muy mayor! ¡Noventa años, quizá! ¡O más! ¡Y admitió que aún sentía deseo!

¡Pero se había atrevido! —a él de repente se le llenaron los ojos de lágrimas—, se había atrevido a levantarse delante de todos y hablar del deseo. Y él había creído reconocerla, aunque puede que no.

De todos modos, la cosa no terminó ahí. Después, la mujer se acercó, trabajosamente ya que andaba a trompicones, y él preguntó si no habían coincidido ya en otra ocasión. *¿No fue en la granja de los Larsson?* ¡No, respondió ella con brusquedad! como aterrorizada, se dio la vuelta enseguida y se dirigió hacia la salida arrastrando los pies.

Pero ¿incorporar esa anécdota al discurso de la Casa Parroquial? ¡Imposible!

¿Eso era lo que significaba atar todos los cabos y hacer balance? Unas pequeñas ridiculeces solamente, y luego de súbito, ¡como un mazazo! ¡La puerta abierta! ¡Las puertas!

Y alguien gritó: *¡Esto era la vida!*

Estuvo *trabajando* (¡sic!, ¡sus propias palabras!, ¡hipocresía!) hasta bastante tarde la noche del 27 de febrero de 2011 y luego durmió mal; se despertó a eso de las cuatro de la madrugada, decidido, ciertamente, a concluir el proyecto, pero sin llevarlo nunca *más allá de sí mismo*.

¡Qué alivio! ¡Sólo para los nietos!

Inmóviles entre los árboles, los amigos, el rebaño moribundo. Lo vigilaban. Eran siete los árboles que se agrupaban fuera de la ventana, igual que un rebaño de vacas, se parecían a sí mismos, como el día, y el año, anterior. Había intentado describirlos, para de esa manera recuperar su actividad figurativa, pero los árboles seguían iguales un día sí y otro también. Al final empezó a sospechar que sería así hasta que los siete árboles murieran. *¡A eso de las cuatro* —anotó en la Libreta de trabajo— *los siete*

*pinos aún viven!* El perro alzó la cabeza y lo contempló con tristeza o impaciencia. Luego la cabeza del perro cayó, al parecer, en un sueño profundo.

¿Qué sueños tenían los perros? ¿Y realmente podrían llevarse los perros al cielo en el segundo advenimiento de Jesucristo?

Siempre se había preguntado si la vida eterna también existía para los canes, y si podría llevarse a éste más allá de la frontera. La muerte la imaginaba como una existencia con el perro a su lado, cerca, también después de haber alcanzado la otra orilla del río.

Sería el último proyecto.

Pensaba mucho en la muerte, pero se consolaba con que eso seguramente se debía a que todos sus amigos parecían a punto de morir. O ya habían terminado sus vidas, pero dejando descuidadamente que los cuerpos se quedaran, a orillas del río, como si aún quedaran cosas por hacer, como si no se hubieran atado todos los cabos, ni se hubiera hecho balance.

El proyecto, que ahora se veía obligado a concluir, era una *versión revisada* del discurso a la Madre tras su muerte, que en esta corregida y actualizada versión (¡ahora voy, enseguida!, ¡espérame!, ¡me llevo al perro!) describía la estructura inherente a esa indecisión de dar el paso, pero sin la jovial claridad y determinación del discurso anterior. ¿Acaso no tenía derecho a ser menos claro? ¡Esto quizá podía convertirse en la octava sinfonía de Sibelius!, ¡la que el viejo finés!, ¡ese borracho! ¡al que tanto admiraba!, ¡nunca había logrado terminar!

Pero no, la octava de Sibelius esta vez no, sino sólo la suya, invisible e inaudible para los demás.

Lo problemático con la suspendida muerte de los amigos parecía ser que algunos de ellos primero *habían claudicado ante la muerte con determinación*, para luego vacilar y acabar deteniéndose a media zancada, como tras un grave derrame cerebral: como si esa muerte decidida y valerosa hubiera sido, justo en sus casos, algo precipitado.

Los amigos, en más de un caso, resultaban difíciles de interpretar. En sus ojos, había un brillo opaco y vidrioso cuando, durante sus visitas de martes y viernes, intentaba entender sus balbuceantes súplicas. Los ojos les brillaban acuosos, e imploraban: ¡recapitula! Durante los últimos meses ya se

habían convertido en siete, todo un rebaño, y pronto se sumarían sin duda otros tres más, una suerte de bosquecillo de pinos que esperaba ser talado, bueno, pues, en fin... Él se mostraba sonriente y optimista para ocultar su impotencia y el terror que sentía al despedirse, temporalmente, de ellos.

¡Pero cómo lo miraban! Como si quisieran preguntarle algo. Sobre la muerte, sin duda. O sobre la vida, en breve agotada. Como si él fuera un experto, o en cualquier caso un asesor. ¡Qué descaro!

Antes habían escuchado sus consejos. ¿Por qué ahora no? Pero es que no podía recomendarles dar el último paso. No podía decir *¡dad el paso!*, *¡dadlo!* ¡Si no, lo daré yo!

Eso sería inhumano, quizá incluso una insensatez.

La noche anterior, había estado reelaborando su tratado sobre el amor entre el rey danés Cristián IV y Kirsten.

Había calado hondo en él. La curiosa historia de amor de Cristián por una mujer que afirmaba odiarlo, ¡y por eso! —¡era este *por eso* que él era demasiado inocente para comprender!— ella lo condujo, ¡con la ayuda del hierro candente, como Lisbeth!, hasta la aniquilación.

No obstante, algo, con gestos medidos y sonrisas tranquilas, y con conocimientos que le resultaban del todo inútiles, algo tenía que hacer.

Sabía que el texto, al que llamaba *la partitura* (¡como en la octava sinfonía!), bajo la ilusoria apariencia de corrección, debía incluir *un consejo para sus amigos moribundos*, una especie de respuesta a la súplica ingenua, casi agresiva, de sus acuosos y desconcertados ojos. Que al relatar la terrible vida del rey danés sería capaz de contestar a su pregunta: simplemente, *qué sentido tenía todo*.

Para que nada quedara en suspenso.

El amor, le decían, con sus frágiles y apenas audibles voces, nunca vamos a poder explicarlo. Pero ¿quieres intentarlo tú? A una la había amado. Ahora ella quizá, pese a su torcida y a veces babeante sonrisa, quería una respuesta. Estaba sentada delante de él, encogida, pero muy bella todavía, y las desamparadas preguntas quedaban suspendidas, mudas, en el aire entre los dos.

¿Quieres intentarlo? ¿Quieres intentarlo? Si no, ¿qué sentido tiene todo lo que intentamos en su momento? ¿Lo has olvidado?

¡Qué pesadez! Él siempre asentía con la cabeza. Y no, no lo había olvidado.

Si no, ¿por qué escribía?, ¿qué sentido tendría? Con creciente desesperación, le invadía la certeza de que también los martes y viernes venideros, después de visitar a los amigos, a eso de las tres, esa hora de parloteo desmoralizante durante la que se obligaba a permanecer a su lado, no se atrevería a comenzar la versión corregida, la que lo aclararía todo.

Había escrito una primera frase de la novela histórica que aclararía la relación entre la muerte y el deseo. Rezaba así: *Un poco más tarde, quizá a eso de las tres de la tarde, se llevó a cubierta al espía sueco desenmascarado y se le preparó para el ahorcamiento.* Debajo había anotado con lápiz: *Las novelas históricas a menudo impiden muchas oportunidades de amor verdadero.* El resto del folio en blanco.

Más no había. ¡Uno se queda perplejo! De repente todo se vino abajo: recibió el cuaderno quemado en febrero de 2011.

Al principio no se dio cuenta de que se trataba de una carta blanca. Era el mismo cuaderno sobre el que ya había escrito en una ocasión.

Se trataba del cuaderno en el que su padre, muerto desde hacía setenta y seis años, había anotado sus canciones de amor a la Madre. Cuando él murió, ella quemó el cuaderno. Así quedaron aclarados los hechos. Aclarados por la Madre. Y, por tanto, eran irrefutables. Ella no había querido que su marido escribiera poesía, puesto que constituía un pecado, y los versos amorosos pringaban como el sirope, y también podían pringar el recuerdo del Padre que subió al cielo, ¿no?

¿O era sólo *la suciedad de la vida* lo que la aterrorizaba?

Al fin y al cabo, el amor también podía considerarse parte de la suciedad de la vida. Uno se congelaba, quizá, y si se miraba la capa de hielo que cubría el rostro, quedaba evidenciado con una amenazadora claridad que *eso era el amor*. Y al igual que la congelación, el amor debía contarse como pecado, y puesto que dolía tanto lo era, quizá incluso un pecado capital, no quedaba del todo claro, pero la explicación de la Madre *iba en esa línea* y era, en cualquier caso, irrefutable. Y así quedó aclarado que ella había quemado el

cuaderno con los poemas del Padre, eliminando de este modo la única pista que él tenía para rastrear la historia de la poesía, que también era la suya propia, la de por qué llegó a ser quien era, y que seguramente contenía la clave de por qué casi murió allí en Islandia.

Lo único seguro era *que se había quemado*.

El cuaderno —quemado, por tanto— era lo único que documentaba que ese leñador, de nombre Elof, también había sido un artista —o al menos raro de alguna manera— y quizá poseía algo indescriptible cuya mera mención podría provocar la tembladera bíblica. Y que allí irrefutablemente se hallaba la explicación de que el niño, él mismo, había intentado matarse entregándose a la bebida, de tal forma que el propio Salvador tuvo que intervenir, ¡algo que el bebedor negaba!, y las pruebas se habían quemado, y así todo quedaba aclarado.

¿Por qué utilizaba tanto la palabra *aclarado*? ¿E *irrefutable*?

Luego, en febrero recibió el cuaderno quemado. Era, sin discusión, el auténtico. Imposible confusión alguna. El Padre había inscrito en él el nombre completo y la fecha, y también los poemas de amor, que en algunos casos rimaban, y pese a que el cuaderno, en parte, estaba dañado por el fuego, podían leerse los versos con facilidad. Resultaban perfectamente legibles ya que el fuego sólo había dañado una cuarta parte de las páginas, en el borde inferior.

Donde el fuego había *lamido con sus codiciosas llamas* el papel estaba marrón, pero más arriba se veía impoluto, blanco. ¡Como la barca del abuelo!

O sea, el fuego había dañado el borde inferior del cuaderno. Pero no de modo que una parte importante de los poemas se hubiera perdido; muy pronto, algún día de febrero de 2011, también quedó aclarado que era *precisamente ese cuaderno del Padre* sobre el que había hablado en dos de sus libros. ¿O eran tres? En cualquier caso, con una frecuencia extenuante. Y en aquellos libros (¡eran tres!) había acusado a la Madre de haberlo quemado, y así también en cierta manera le había recriminado que le hubiera inculcado la angustia del pecado ante lo literariamente creado, ante lo que quizá fuera fabulado.

Ésa sería la explicación.

La idea le obsesionaba cada vez más. Ésa sería la explicación de la angustia paralizante que sentía ante la posibilidad de *dar el paso del todo, hasta el final*. De entregarse al mundo del cuaderno, como si fuese una revista pecaminosa parecida a ese ejemplar de *Levande Livet* que encontró un día en el retrete de Renström a los once años; contenía un folletín sobre el amor, en el que, descubrió, se inventaban nuevos episodios cada semana. No dar el paso del todo, para ser sincero, le resultaba tranquilizador, especialmente si se trataba de asuntos más personales. En esos casos uno debía controlarse.

También a la orilla del río.

Sin embargo, ahora el cuaderno había llegado por correo. Abrió el paquete, hojeó la libreta con cuidado, y leyó. En el interior de la cubierta, el nombre del Padre, escrito de su puño y letra, una caligrafía ligeramente inclinada hacia delante. No cabía duda. Elof, escrito con *f*, Enkvist con *kv*, no con *qu* como escribía el apellido él; ¡quizá lo que le pasaba era que quería *darse aires!* *Qu* tenía un tono más sofisticado que *kv*. Durante un instante se sintió más avergonzado que antes de recibir el paquete, pero se sobrepuso y siguió leyendo.

Al terminar la lectura, se quedó sentado, inmóvil.

¿Qué había pasado? Durante las semanas siguientes se sintió paralizado, pero inquieto, y al final empezó a tomar cartas en el asunto. Disponía de un aparato telefónico. Y desde él llamó al remitente, que era una prima suya.

Ella no tenía respuesta alguna.

A la prima le habían enviado el cuaderno junto con un montón de papeles. Algunos de su madre, la hermana de Elof. Otros eran de un finado (¡el chico! ¡Siklund!) que en una ocasión casi logró reconducirlo a la fe, pero al final él escapó de las redes del Salvador; de momento basta hablar de eso. Siklund, dicho sea de paso, era hijo de un primo segundo suyo, o sea, primo tercero y por tanto sólo un pariente a medias, como mucho, y falleció el 26 de noviembre de 1977 en el manicomio, o sea, en un hospital psiquiátrico.

La mujer que le había enviado el cuaderno había insinuado que se sabía que él conocía muy bien al Chico. «Se trataba de la resurrección.»

Algo que, en efecto, era cierto, y documentado, y desagradable.

Ella, por tanto, no se molestó en describir con mucho detalle el destino de Siklund; cosa que él había plasmado en una obra de teatro, que había generado cierto escepticismo entre algunos de sus parientes. ¡Denigrar al pobre chico! Pues bien... Lo enviado era la herencia de Siklund. Además, ella había encontrado la necrología del Elof. Y la había adjuntado. El montón de papeles había pasado bastante tiempo olvidado en el desván en la casa estival de Albert Lindström (¡curioso!, ¿por qué allí?, ¡si él no era de la familia!).

Ella no sabía nada más.

El Chico era un capítulo aparte. Se había vuelto loco, de alguna manera, y él, por su parte, lo había visitado en numerosas ocasiones durante la época en la que vivió en Uppsala, antes de fugarse a Copenhague, a un nuevo matrimonio, de modo que era cierto que lo conocía bien. El asunto era desagradable. ¡Las visitas habían sido un fracaso! incluido el experimento más científico con el Chico y el gato.

¡Que Dios lo perdone! ¿Acaso no había tomado el nombre del pobre chaval para un personaje en uno de sus libros? ¡Nicanor! ¡Las licencias que se había tomado!, y nunca olvidaría que el Chico le dijo *¡me he metido en ti y en tus libros!*, pero después quiso salir de allí. Y cuando eso no fue posible le tocó compartir el destino del tío Aron. El hecho de que hubiera muerto ahogado era irrefutable, aunque no abriéndose un hueco en el hielo con una pica en la bahía de Burefjärden para luego meterse dentro. O sea, no en el agua, sino con una bolsa de plástico.

Fue la época del experimento teológico en el manicomio. En su momento hubiera querido pedir ayuda a un pariente lejano que se llamaba Martin Lönnebo, al fin y al cabo éste era obispo, pero no habría servido de nada.

De pronto, se detiene en seco, como un pez lota al recibir el mazazo en la cabeza. Una reflexión repentina por poco lo paraliza. ¿Por qué *casi* quemado?

En ese preciso momento fue como si algo en su interior se frenara en seco. ¡Durante muchos años, en público, había aceptado los hechos de las leyendas! ¡¡Los hechos!! ¡Es que el acto incendiario de la Madre había quedado esclarecido! ¡Grabado a fuego!, ¡como el hierro candente que marca

a un animal inocente!, ¡como un estridente violín sin tocar! ¡La leyenda reproducida en muchas de sus obras más elogiadas! ¿Y ahora resulta que es al revés? ¡Totalmente! Ahora cabe preguntarse: ¿cómo se podía, sin base factual, de pronto, imaginarse algo diametralmente contrario?

¡Inventar! ¡unos acontecimientos! ¡sin asumir la responsabilidad!

Una carta blanca le daría permiso. Pero ¿adónde lo conduciría?

Podía, por poner un ejemplo, imaginarse que algo pasó por la noche en la enfermería de Bureå durante las últimas horas de vida del Padre. Justo cuando agonizaba. Y entonces cabía la posibilidad de no sólo *dibujarlo con gran detalle, sino también, en cierta medida, colorearlo*, y atribuir ciertos sentimientos a la joven Madre, o sea, a su madre, la que acababa de tomar la mano del Padre y de sentir cómo se enfriaba, si es que la mano del moribundo se enfriaba con tal rapidez que la afligida viuda era capaz de experimentarlo, o sea, la recién enviudada. Luego, *el detallado dibujo* también podía incluir la habitación, y el vacío, quizá también el eco de la sala, por lo demás tan estéril y desnuda. ¡¡Entonces podía dejar que el tono elevado, *¡su propio tono elevado!*, irrumpiera!!! *El repentino alivio de liberarse de él penetró durante un instante su silencio y deformó el llanto convirtiéndolo en un berrido de desesperación, como el balido de un cordero sacrificado.*

Algo así, quizá.

Quizá con la inclusión de un médico consternado, ¡Hultman!, que se detiene en la puerta y luego, con gesto de resignación, constata el fallecimiento levantando los párpados, como es la costumbre, para *¡examinar los globos oculares del muerto!* O sea, todo eso, incluidos los violentos sollozos de la Madre..., *¡las posibilidades de descripción que ofrecía!*

Pero ¿lo iba a hacer? ¡No!

Pues el misterio no sólo era que el cuaderno se hubiera quemado, sino también que se hubiera salvado *del implacable abrazo de las llamas*, y que luego se hubiera extraviado. Sumaban dos o tres misterios, y no podía decidir



cuál resultaba más difícil de entender. Había que imaginarse, inventar casi, aunque se sintiera aversión hacia algo así. Mejor habría sido la certeza absoluta, pero eso parecía difícil, quizá imposible.

¡Naderías! Debía contentarse con *imaginárselo*.

Aconteció, pues, lo siguiente, esclarecido después por el testimonio de la Madre, ahora fallecida. El hombre, al que podemos llamar Elof, sufrió terribles dolores de estómago durante tres días y tres noches, aquejado de esa enfermedad denominada porfiria, que, sin embargo, se diagnosticó erróneamente como rotura del apéndice, y fue debilitándose para, al final, pese a las lágrimas y los cuidados de la esposa, dejar de respirar. Lisa y llanamente: murió.

Entonces, ella cogió el autobús para regresar a casa. Éste paró más abajo de la Casa Verde a eso de las 18.15 horas, a fin de que la mujer, que estaba llorando, bajase. El conductor, ¡era Marklin!, preguntó, según la leyenda, a pesar de su carácter arisco y motivado por la nieve profunda que cubría todo el camino hasta la casa, si no había alguien que pudiera *apiadarse de la mujer*. Sin embargo, subió sola a la Casa Verde avanzando con dificultad por la nieve en la oscuridad. Todo eso estaba firmemente corroborado por la leyenda, pero a partir de ese momento las cosas empezaban a complicarse.

Al niño (¡él mismo!), dicho sea de paso, lo habían dejado en casa de una tía. La tía Valborg. Más adelante hay que volver a hablar de ella. Pero de momento ya basta.

Tras el entierro, y después de que el fotógrafo Amandus Nygren hiciera la fotografía mortuoria en el ataúd y la Madre volviera al trabajo (es que el fallecido había sido leñador, pero durante la etapa final de su vida fue el marido de la maestra del pueblo), llegó el momento de ordenar las pertenencias personales del muerto. Ella halló el cuaderno, y lo leyó.

Según la leyenda, sufrió una profunda conmoción, pero también pensó que esos poemas de amor dirigidos a ella (¿¡sobre ella!?! ¿o sobre otra mujer? ¡¡¡Ay, esa fuente de preocupación!!!) eran de una naturaleza no sólo propia de la poesía, sino que también se asemejaban a la fabulación. O sea, *se salían del marco*. Quizá los poemas le parecían pringosos, como la melaza, rayando en meros desvaríos fantasiosos. Y cuando se sumaban la intensa emoción, la aflicción por la muerte de su esposo, la desesperación, el

desconcierto al ver los sentimientos del marido plasmados en palabras que *eran versos*, sí, quizá incluso poemas, y la desconfianza que sentía hacia todo aquello que eran invenciones fantasiosas, entonces su indignación creció hasta convertirse en determinación.

Abrió la puerta de la cocina económica de hierro —en la que el fuego flameaba de un modo que en circunstancias normales sólo se veía esas mañanas en las que el frío congelaba la orina del cubo de pis convirtiéndola en una redonda galleta amarilla, que el niño debía sacar fuera y tirar en la nieve (¡lo de sacar las galletas de pis era, sin embargo, algo que no empezaría a hacer hasta más tarde, cuando rondara los seis años de edad!), y ella tenía que infundir vida a sus rígidos miembros congelados y a los del niño, avivando el fuego como podía— y cogió el cuaderno y con un movimiento brusco lo echó en la cocina económica a fin de que los poemas del marido, Elof, fueran consumidos para siempre por las implacables pero purificadoras llamas.

Fue entonces cuando ocurrió lo terrible. Aquello que dio origen a un misterio aún más difícil de resolver que el primero, el de *la poesía prohibida*. Se quedó mirando el fuego fijamente hasta que, de repente, introdujo la mano, desnuda, y agarró la llameante libreta, y, pese al dolor abrasador, la rescató de la aniquilación.

Y setenta y seis años más tarde, el cuaderno llegó a sus manos. Él no dudó ni un instante. Un mensaje desde la otra orilla del río. De fácil interpretación: la poesía no constituía un pecado, pero el ardor del purgatorio resultaba necesario para forjar la verdad. Como se decía en el libro de los Proverbios.

Así, en la primavera de 2011 empezó, despacio, a leer los poemas de las hojas rescatadas, para de esa manera, por medio de ese mensaje póstumo, llegar a la verdad antes de que fuera demasiado tarde y antes de que los acuosos ojos de los amigos penetraran en su existencia recordándole la vida. *Que esto era todo lo que había*. Y con ello quizá poniéndole punto final. Leyó los poemas despacio, y con aliento contenido.

Ahora, dentro de poco.

Resultaba incuestionable que esto, la carta blanca, eran «textos», o sea, *palabras ordenadas unas tras otras*.

Constituía una especie de obituario, que hablaba de una vida, y de un amor. La Madre, o sea, la joven mujer que al final cambió de opinión y expuso su mano desnuda a las abrasadoras llamas, había pensado que lo escrito era algo pringoso, como el sirope de melaza, pero advirtió su error.

El niño —ahora de setenta y seis años de edad— se aferró de inmediato a esa nueva realidad. Era este amor —no pringoso como el sirope— sobre el que escribiría. ¡Mientras quedara tiempo! y mientras no le angustiasen los ojos mudos pero acuosos y acusatorios de los amigos que le avisaban que *dentro de poco a él también le caería el mazazo del ictus*.

Tiene miedo. ¿Cómo puede incorporar eso, o sea, el terror, al discurso de la Casa Parroquial? ¿O es el coro de voces de los compañeros a la orilla del río lo que le impide escribir esa novela de amor ante la que se arruga temeroso?

Ya en mayo de 2011 el cuaderno reencontrado empieza a resultarle intimidatorio, o irritante.

Lo que le aterra son *las nueve hojas arrancadas*. Más sobre eso más adelante.

Había partido de que todo era una imagen de la felicidad perfecta. Si no, ¿por qué la Madre había metido la mano, ¡desnuda!, en las abrasadoras llamas para rescatar los poemas?

Pero, en realidad, ¿cómo podía saber que los poemas de amor, en absoluto fragmentarios, iban dirigidos a la Madre? ¿Quizá se refirieran a otra persona? ¡No, ni pensarlo! ¡Ni pensarlo! Varias anotaciones en los diarios de la Madre indican, por el contrario, que ella —de repente— pudo experimentar un momento de intensa e inesperada alegría; una mañana se despierta a eso de las seis y alaba a Dios por *una revelación abrumadora*. Palabras que resultan de lo más elocuentes.

Debe de referirse al marido, o sea, al Padre; éste sin duda ha contado algo.

Siempre lo ha interpretado como que se produjo la redención del Padre, aquella noche, gracias a su fe en el Salvador. ¡Algo muy poderoso!, igual que un orgasmo, pero no en ese sentido, claro, sino algo más religioso y más digerible. ¡Pero algo nuevo!

Es que el Padre no siempre había tenido fe.

Al contrario, había insistido en declararse un hombre libre, de esa manera obstinada que le hacía a uno *temer un final infernal*. ¿Que quizá fuese el del bebedor?, ¡la maldición del hijo! ¿Acaso el Padre no había adquirido también una motocicleta con sidecar? ¿Y acaso no le habían llamado, despectivamente, *¡un conquistador!*?

De todas formas, su devoción religiosa no llegó hasta mucho más tarde, tal vez en la misma época que los versos o, probablemente, más tarde, quizá cuando la comezón literaria cesó, o se extinguió. Pero en algún momento el Padre se redimió *de repente*. Y no en el lecho de muerte, ¡instante en el que la redención podía dar una impresión insegura!, a lo mejor incluso forzosa, algo generado por el abrumador espanto a los tormentos eternos.

No, la auténtica angustia por el pecado debió de llegar mucho antes. O al menos antes. Puede que por la noche, y después despertó a su esposa para informarla de que había *encontrado a Dios*. Y ella experimentó una inmensa felicidad.

Pero ¿tal vez no era en absoluto la redención del marido ni su fe en el Salvador de lo que se trataba?

De pronto, el carácter de *carta blanca* del cuaderno podía desaparecer para ser sustituido por algo que se parecía a un amenazador tono de violonchelo. ¿Quizá como en la octava sinfonía de Sibelius, después del *ritardando* del segundo movimiento? ¡Que él ahora se dedicaba a restaurar con la ayuda del enorme músculo que era la fuerza de la imaginación! ¡No!, igual el mensaje más bien consistía en un tono disonante procedente del violín del Padre, el que adquirió en algún momento durante los últimos seis meses antes de morir. O sea, que el secreto residía en *la propia renuncia a tocar su violín recién comprado*, el que luego heredó el hijo. Y ahora poseía. Pero que seguía sin tocarse.

Y al que por eso llamaba, cariñosamente, pero con terror, la octava de Sibelius. Todo aquello que había desperdiciado de su talento. El violín sin tocar del Padre, el albatros colgado del cuello, y ahora el tiempo apremiaba, si es que había interpretado bien el murmullo acusatorio y amenazante de los amigos apopléjicos que se hallaban a orillas del río.

*¡La parábola del violín sin tocar!*

Las manos empiezan a temblarle con sólo pensar en esa exhortación. ¡Allí colgaba! encima de su escritorio, como un espía sueco recién ahorcado. Con la boca abierta en un grito mudo. ¡La fotografía mortuoria de un violín silencioso! Y que quizá seguiría sin ser tocado, pese a que él mismo había hecho un intento temerario en una ocasión, pero sólo para acabar fracasando estrepitosamente, momento en que le pareció percibir los ruidosos lamentos del Padre desde el otro lado del río.

Puede que todo lo que había pensado de sus padres fuera en cierto sentido como un violín mudo que, al intentar que sonara, únicamente producía una estridencia, y en eso a lo mejor consistía el secreto de los ojos acuosos de los amigos cuando durante su travesía por el río lo llamaban para que se uniera a ellos. Tal vez este violín silencioso era la señal de que se acabó, de que todo se acabó, como le pasó al pobre finés Sibelius en su lucha con el aguardiente y la octava sinfonía.

Pero si sólo levantara el arco, y con él no rozara las chirriantes cuerdas, quizá el secreto se revelaría.

El niño —ahora, en 2011, arrugado hasta un punto casi grotesco, vetusto, pero vivo bajo la horripilante superficie cutánea— advierte con terror que *se le han arrancado unas cuantas hojas al centro del cuaderno.*

Debió de ocurrir antes de que se quemara.

Muy extraño. O esas nueve hojas contenían poemas de amor para la Madre de tal intensidad que debían conservarse, o allí había otra cosa. Intentó imaginarse un curso de acontecimientos que explicara el comportamiento de la Madre; o sea, primero lectura, luego exclamación de asombro o rabia, después la extracción de las páginas más controvertidas, el prendimiento del fuego en la cocina económica, la incineración de las nueve páginas, ¡no,

páginas no, hojas!, luego el tiramiento al fuego del cuaderno entero, seguido por un instante de reflexión, tras el que tiene lugar la introducción de la mano, ¡desnuda!, en las abrasadoras llamas, la extracción del cuaderno y finalmente su conservación.

Y lo más desconcertante de todo: ¡el extravío del cuaderno! De modo que la hija de la tía, después del fallecimiento de ésta, pudo hallar el documento.

Que quizá constituyera una carta blanca. ¡Una carta blanca! Entonces, ¡sería libre de escribir lo que quisiera!

Sobre el Padre sólo existía la necrológica, publicada en *Norra Westerbotten*, recortada del periódico e introducida en el cuaderno.

¿La había redactado la abuela Lova? Al fin y al cabo, era la cronista del pueblo. En cualquier caso, la necrológica se la habían enviado al único hijo del muerto.

¿Para auxiliarlo y guiarlo? ¿O para amenazarlo?

*Junto al ataúd de Elof Enkvist.*

*Como un relámpago en un cielo claro nos llegó el aviso de Tu partida. Hace poco estabas entre nosotros, sano y fuerte, lleno de vigor y ardor juvenil. Y apareció la muerte, esa señora y ama que nos parece implacable, y sin piedad Te arrancó de entre nosotros. Nobles y honestas eran Tus aspiraciones. Poseías en abundancia el don del sentido del humor. Muchas fueron las veces cuando, con Tu sentido del humor, Tus juveniles y refrescantes bromas y Tu ánimo alegre, difundías simpatía y alegría a Tu alrededor. Pero también existía profundidad en Tu alma. Fuiste implacablemente sincero y crítico hacia Ti mismo, lo que llegó a caracterizar tus acciones. Buscabas la claridad. Buscabas la verdad. No eras amigo de hacer concesiones si se trataba de algo que Tú considerabas, tras ponderarlo seriamente, correcto y verdadero. Te mostraste íntegro y audaz en todas las situaciones. Ahora los días de Tu vida han tocado a su fin. Ya no estás entre nosotros. Ya no repartes la riqueza de Tu personalidad entre nosotros. Ya no nos llega Tu contagiosa alegría. Ya no nos animas con Tu entusiasmo y emoción. Los que hemos estado cerca de Ti, Tus amigos y compañeros,*

*siempre Te recordaremos como un amigo de verdad. Muy pocos fueron Tus días, según todo patrón terrenal. Inmenso es el vacío que dejas tras de Ti. No obstante, no Te lloramos con desesperación, algo que tampoco era Tu voluntad. Has ganado, en eso confiamos, algo mejor. Que descanses en paz hasta el día de la resurrección.*

Asombroso. «¡Ganado algo mejor!»

¿Y se supone que debería conformarse con eso? ¿Eso era todo? ¿Y ese contexto amenazador?

Nueve hojas arrancadas. ¿Realmente se había escrito algo en ellas? Un vacío sería una acusación injusta e infundada. Había buenos motivos para defenderse. Se sobrepone.

Le vienen a la memoria algunas de las palabras consoladoras que el Padre dejó escritas en la contraportada del cuaderno; la Madre no las ha visto, de haberlo hecho sin duda también la habría arrancado, ¡o habría quemado todo el cuaderno!

Pero qué tono más extraño. ¿Son realmente las palabras del Elof en el lecho de muerte? Podría tratarse de un versículo cogido al azar, o sea, una recomendación buscada de modo aleatorio en los apócrifos. Pero ¿qué dice? ¿Se trata de una incipiente apostasía, como la de la tía Valborg? «*La inmortalidad temporal del alma humana, es decir, su eterna existencia después de la muerte, no sólo no está garantizada de ninguna manera, sino que, sobre todo, esta suposición no nos proporciona lo que se ha querido alcanzar con ella. ¿Se resuelve algún misterio porque yo siga viviendo eternamente? ¿No es, pues, esa vida eterna, entonces, tan enigmática como la presente?»*

Vuelve a estar tranquilo. Los amigos a la orilla del río asienten con la cabeza animándolo. Va a incorporar esas palabras a su discurso en la Casa Parroquial. La vida era eso.

## La parábola de la aflicción de la prima segunda

Aún nada acerca de la mujer del suelo de pino sin nudos. En la Libreta de trabajo no encuentra más que anotaciones sobre el feto abortado del deseo, sobre la muerte y la sexualidad.

Imposibles de incorporar íntegramente al discurso de la Casa Parroquial. Por eso considera, aunque sin segundas intenciones, que los textos son estrangulados con el cordón umbilical, al igual que el hermano que nació muerto.

Había que reflexionar sobre aquellos que quedaron afligidos y enloquecieron, y aquellos que con valentía se alzaron a luchar por la libertad y se convirtieron en personas como la tía Valborg, un modelo, aunque en parte estaban destrozados.

Eso en cuanto a la lucha por la libertad y los modelos que se debían seguir.

De niño tenía pocos libros edificantes: o sea, esos libros que con firmeza pétrea te conducían a una redención en la fe, los que constituían el último obstáculo antes de llegar a la mujer del suelo de pino sin nudos y todo lo que acontecería más tarde, o sea, después de ella, pero antes de las catástrofes más recientes. Los escritos más habituales para redimirse en la fe eran Robinson Crusoe y la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, con esas terribles matanzas que lo excitaban y exaltaban de tal forma que en realidad nunca logró llegar hasta el Nuevo Testamento.

Es que el Nuevo Testamento era como la leche azul, la desnatada, aguado, devoto e indulgente. El Antiguo resultaba emocionante.

Pero luego estaba *Kim*, el libro edificante de Kipling.



Cómo ese libro había podido entrar en casa de la Madre escapaba a su comprensión. ¿Y si lo había robado en alguna biblioteca? ¡No! ¡Ni pensarlo! ¿Quizá acabó en sus manos por imprudencia cuando estudiaba en la Escuela de Magisterio en Umeå, durante esa época en la que iba a «guateques» — ¡según el diario, sin más detalles!— y entonces quizá, al ser una joven estudiante, su fe era menos rigurosa y más alegre? ¿Y la soledad aún no había avivado esa tibia convicción hasta convertirla en fervor?

El Salvador no aparecía ni una sola vez en *Kim*, ese edificante escrito sobre el espionaje y el misticismo oriental. Tampoco se manifestaba el mensaje de Cristo en sus páginas. ¡Pero ella lo había leído, y había marcado pasajes! Sin embargo, no alertó del peligro al hijo hasta que, demasiado tarde, se dio cuenta de que el pecado también podía ser contagioso allí y confinó el libro a la despensa, al estante superior.

Y así reprendió al escritor, Kipling, y eso que era universalmente considerado como más importante incluso que Bernhard Nordh.<sup>1</sup>

Leyó *Kim* tres veces antes de que el libro acabara bajo llave, tras el engaño de la fingida enfermedad (más sobre eso luego). Después, otras dos veces más. Con el tiempo, el ejemplar se quemó, quizá.

Hubo, de hecho, no pocos casos de incineraciones literarias en el transcurso de su vida.

*Kim* trataba de un niño que acompañaba, o más bien *guiaba*, para ser exactos, a un Lama indio en su búsqueda de la Iluminación espiritual. Aquel que alcanzara la Iluminación, lo entendería todo. Lo que era el sentido de todo, o sea de la vida. La Iluminación se escondía en algo que se llamaba la Rueda de las Cosas. Y el viejo Lama, que andaba cogido de la mano del niño, seguramente era la derecha, este hombre buscaba el Río de la Flecha. Y en el entorno había espías ingleses. Y el Lama se parecía al capitán Nemo, cuando éste en su vejez estuvo encerrado en el centro del volcán, un benefactor al que él luego (¡sin que nadie se lo pidiera!) había dado las gracias en un texto que escribió tras abandonar la bebida, ya basta.

Ya basta. Sus maníacas repeticiones casi ahogaban los alaridos de los amigos a la orilla del río.

Aunque al Lama se le veía extrañamente pasivo, era sobre todo el chico quien asumía el mando y los sacaba de apuros. Y por todas partes acechaban peligros. Pero en ningún momento dejaron de ir cogidos de la mano, y al final, el Padre, *o sea, el Lama* —no era un padre de verdad porque ése estaba muerto y bien muerto *ya cuando el niño tenía seis meses*— se sumergió en el Río de la Flecha. Y este río era algo así como el arroyo que discurría por el taller de cepillado de madera, más abajo de la Casa Verde, desde el Lago hasta el río Burälven, cerca de la Cooperativa, pero antes de la casa de los cíngaros. Y una vez sumergido el Lama en el Río de la Flecha, de repente, lo comprendió todo. No quedaba nada en suspenso.

Eso era lo grande. Era como un compañero de viaje para el chico, que sin embargo era quien lo apoyaba y quien se ocupaba de resolver los problemas y de salir de los peligros, como si Kim hubiera sido un padre, y durante todo el camino cogiera al Lama de la mano. Y al final éste se sumergió en el río, y entonces los dos comprendieron.

Eso era la Iluminación.

Nemo y el Lama. ¡Ni una palabra sobre el Salvador en ninguno de esos libros! Pocos niños vivían una infancia más segura.

En cierto modo, siente rabia.

Ese silencio, esas negaciones con la cabeza, no, nadie sabe, nadie quiere saber nada, venga, a otra cosa, que no. Si resulta que el Padre era tan reservado, en particular en lo referente al amor físico, y ni por motivos cronológicos ni espirituales podía considerársele culpable de la desgracia de la hija mayor de los Burman (¡sin duda fue Stefan!), el niño dice que, indiscutiblemente, de ahora en adelante, ¡si no le flaquearan las fuerzas!, estaría en su derecho *a reconstruir el contenido de las nueve hojas*. Eso, quizá, terminaría en una explicación esencial de la naturaleza del amor, aquello para lo que él mismo no estaba a la altura.

Sin embargo, siente rabia. Como es natural podía haber utilizado las fotografías, si es que la necrología lo irritaba tanto. Pero después de la fotografía mortuoria, evidentemente, no había más imágenes del difunto padre. Y las anteriores guardaban una extraña similitud. O el equipo de

estibadores en el puerto de Bureå, o la figura alegre y estirada en traje cheviot. ¿Dónde estaban las fotos que documentaban la existencia del loco? ¡Ese que todo el mundo *insinuaba* que existía!

Y que portaba las raíces del escritor o, en cualquier caso, del predicador, o en el peor de los casos, del aspirante a predicador que se estaba formando en Johannelund, hacia el sur, por las tierras de Estocolmo.

Por su parte, él se hallaba ahora en *la frontera*, y el tiempo apremiaba. Y ya en el discurso en la Casa Parroquial, en el que fiel a la verdad, pero de modo demasiado humorístico, había rendido cuentas de su vida —un repaso que era *impecablemente verdadero* hasta el mes de febrero de 1990—, ya en él había insinuado la misteriosa y sorprendente oscuridad. Lo inexplicable a finales de los años ochenta. La gélida luz del amanecer, todo lo *reprochable* que había dejado detrás de sí, pero que de repente surgió como una inexplicable niebla negra que cubrió *lo revisado*, que ahora quedaba por plasmar, ¡y esto pondría punto final!

Punto final. Aunque lo perseguía la inexplicable sensación de que las nueve hojas arrancadas eran las que contenían la Iluminación propiamente dicha. Como sumergirse en el Río de la Flecha. Y puesto que ahora, cerca de la frontera, los acuosos ojos de sus amigos lo rodeaban, con su insistente pregunta *¿qué sentido tiene todo?*, y lo invadía una responsabilidad hacia ellos, se apoderaba de él una rabia creciente por esa *inseguridad que sus padres le habían impuesto*.

Todo quedaba en suspenso.

Si es que siquiera eran los padres a quienes buscaba.

O sea, a sus padres. Es preso de una indignación casi fibrilante. ¿Acaso no había participado en un programa de televisión, ¡radiado *totalmente en abierto* en los aparatos televisores!, respecto a las confusiones que habían tenido lugar en su familia? ¡En el que se había manifestado en medio de la pantalla televisiva, en apariencia tranquilo, afirmando cosas, presentando ideas, todo con un tono engañosamente reposado y autoritario!

Pero sin ser capaz de contestar a la sencilla pregunta: dónde había nacido. ¡Y de quién!

Habría podido ser intercambiado con facilidad, si el parto hubiese tenido lugar en la enfermería de Bureå, donde una enfermera podría haber entrado con dos bebés recién nacidos en los brazos y despreocupadamente haberles dado a elegir a las extenuadas madres, o a veces ni siquiera eso. Simplemente se les *echaba* en el regazo un pequeño e inocente bulto.

Y, entonces, ¿qué herencia era la que le habría tocado en suerte?

¡O! ¿habría nacido en casa, donde de un modo más seguro habría podido ser arrancado del ávido útero de la Madre, y donde el Padre, con mayor seguridad, podría haber afirmado que esa mujer realmente era la madre del niño, y él, por consiguiente, el padre?

El padre del pequeño. Cuyo hermano, ¡con el mismo nombre que él!, ¡nacido muerto!, ¡dos años antes!, había sido arrancado del mismo útero materno. *Y quizá se tratara de él mismo.*

O. ¿Quién era él en realidad? ¿O en quién se había convertido?

El programa enviado a los aparatos televisores había sostenido que, ¡durante unos pocos años!, ¡los años investigados por el equipo televisivo!, ¡unos cinco niños habían sido intercambiados, sólo en esa pequeña enfermería! Y que ese número debía sin duda multiplicarse por centenares de otras pequeñas enfermería que había en esa época en Suecia, mil novecientos cuarenta años después del nacimiento, mucho mejor verificado, de Cristo. Que el número era tan grande que él también podía incluirse *entre los cambiados*. Casi con total seguridad. No era de extrañar que el trabajo de revisión requiriese muchos años.

En tal caso. Para que él pudiera considerarse *una edición revisada y corregida*.

Para sobreponerse a su inseguridad, y puesto que no puede permitirse, a diferencia de los bebedores, echar un trago, se hace preguntas incisivas. ¿Cuántas personas de su pasado se habían vuelto *orates*? O, al menos, en cualquier caso, podían considerarse *raras*.

El pueblo estaba lleno de escritores. Como si una enfermedad contagiosa hubiese recorrido el norte de Västerbotten. Eso podría posiblemente explicar el hecho de que él, una vez, en estado de beodez, y salvado sólo por sus

fuertes y bien entrenadas piernas, o sea, allí ¡en la oscuridad de la infinita y nevada llanura islandesa!, lograra *con la mano auxiliadora de Cristo* alcanzar la salvación.

Sin embargo, aquello de la mano auxiliadora no era verdad, había insistido obstinadamente. ¡Se había redimido él solo!

Pero ¿aquello que estaba escrito al lado? ¿Aquello que se había borrado, lo que no se había dicho en el acto de conmemoración en la Casa Parroquial? ¿Quiénes eran especiales, como el padre Elof, cuya naturaleza poética ya no se podía negar, y quiénes simplemente estaban orates?, ¿o un poco tocados de una manera que mejor podía describirse en los libros edificantes como ejemplos negativos? El hecho de que Margareta, la madre de su abuela, en 1886, después de haber perdido a seis hijos en el transcurso de tres meses por culpa del garrotillo (debe de haber sido la difteria, se pusieron azules y murieron), se volviera orate, eso era normal. Treinta y cuatro años pasó encerrada en el cuarto pequeño, y escribió palabras en las paredes hasta que le quitaron el lápiz. Entonces siguió garabateando palabras poéticas con la ayuda de un clavo de seis pulgadas. Más bien las grababa. Palabras garabateadas que resultaban difíciles de interpretar, igual que las palabras poéticas se consideraban difíciles cuando los poetas de Estocolmo plasmaban su jerigonza en el papel.

En cierta medida había que verla como la primera poeta de la familia. Fue el dolor por la pérdida lo que dio origen a sus poemas, eso estaba claro.

Más inquietante resultaba recordar que un tío suyo, Ansgar, ahora residente en Fahlmarksforsen, se volvió orate un tiempo.

Se puso a pegar tales gritos que se vieron obligados a encerrarlo en la casa de verano, para luego trasladarlo al manicomio de Umedalen, donde pasó unos seis meses. Pero después regresó y durante un tiempo permaneció callado y devoto, dedicándose a leer las *Meditaciones* de Rosenius<sup>2</sup> en el cuarto pequeño, ¡sin descanso! ¡Como si se cubriera con la devoción igual que alguien se tapa con una piel de oveja! luego, sin embargo, se repuso y recuperó su buen humor y después —esto le pasó a la edad de veintitrés años

— mostró ante todos lo que él denominó espíritu emprendedor, pero por lo general volvió a ser simpático y una persona bien considerada por todo el mundo.

O sea, naturaleza de poeta.

Sin embargo, la Madre, ante su niño inocente, o sea, *¡él, que ahora tenía setenta y seis años!*, había declarado lo siguiente.

*Ésta es ¡la parábola de la maldición grabada en la Madre con fuego!*

En la primavera de 1934, cuando llevaba el feto del niño Per Ola, y cuando, al mismo tiempo, ocurrió lo del tío, y se le encerró en el cuarto pequeño en la casa de verano, o sea, aún no lo habían trasladado al manicomio de Umedalen; durante ese período preliminar, se le ordenó a la madre, Maya, que no visitara a ese triste y desconcertado hermano de su marido.

Puesto que se había vuelto orate.

Y esta locura podía marcar, como un hierro candente, al feto en su tripa, o más bien útero, de modo que el inocente niño también enloqueciera, quizá incluso acabara convirtiéndose en escritor de historias fantásticas. Aquello podría herrarse en el feto. *Como se marca con hierro candente un animal*, le explicó la Madre al niño que casi se agachó para protegerse de la vívida imagen. Pero luego, de adulto, *¡la utilizó a menudo, y sin disimulo, como una señal de amor!*, *¡marcado como con hierro candente en un animal!*, o sea, no como una señal de que alguien se volvía orate. Sino obsesionado con el amor.

Uno se queda perplejo.

Por ese motivo la Madre no había visitado al hombre encerrado. La distancia, admitió en edad más avanzada, o sea, la distancia a vuelo de pájaro hasta donde se hallaba el orate, era de unos dos kilómetros, a través del bosque; la mayoría del tiempo resultaba imposible abrir pistas para esquiar, pero ya en mayo se podía echar mano de la bici Monark, con neumáticos de globo. Por consiguiente, no existía ningún riesgo.

*¡Sin embargo!*, ¿acaso no fue ella luego testigo de la partida de ese Ansgar en el Chevrolet? Él subió tranquilamente al asiento de atrás y sólo con una suave sonrisa dejó entrever que había reconocido a Maya, la cuñada, que estaba *ahí abajo donde la mesa lechera*.

¡Pero entonces ella lo había visto! ¡Y quizá aquello quedó marcado con fuego en el feto! ¡Condenación!

La fe era esa forma de aturdimiento que iba a salvar a los condenados que ansiaban el amor, y el cuerpo de la mujer. Era complicado hacer que todo cuadrara.

Hacía tiempo que sabía que estaba condenado. La señal más amedrentadora había sido la aflicción de la prima segunda de Istermyrliden.

Ya no hallaba ninguna alegría en su falta de angustia ante la muerte. O, en otras palabras, ya no tenía miedo a morir, pero se preguntaba qué era el haber vivido, y —es más— ¡por qué!

Desde el 8 de febrero de 1990, cuando por última vez se *había inebriado* —ésa era la expresión que siempre había empleado la Madre, pronunciada con aversión y alarma; alguien en Långviken se había inebriado, le habían dicho— desde ese día cuando se despertó del sopor etílico, como un feto en un tarro de cristal, sumergido en alcohol pero intentando alcanzar a rastras el borde, despacio, ¡a tientas!, o sea, cuando se despertó en el manicomio de Kongsdal y por las noches empezó a escribir sobre Nemo, el benefactor en el centro del volcán; desde ese momento consideraba cada día que seguía vivo como un regalo.

El aturdimiento de la fe ya no era necesario.

Después podía decir, por ejemplo, que *ahora por obra y gracia del Salvador, pero sobre todo por la mía, se me han concedido estos últimos años como un regalo*, y era verdad. En cierta medida había *conquistado*, si acaso, estos años del Salvador. Pero decirlo era un pequeño sacrilegio, bueno, en fin: después de la noche en Islandia, seis meses antes, había recibido este tiempo, puesto que se salvó gracias a la autorredención. Pero, claro, tampoco era algo que podía prolongar eternamente.

Mejor dicho: no tenía ningún interés en ponerle fin a todo él mismo. Ya no. De ahí *la indecisión a la orilla del río*.

Y una vez escrito el libro volcánico sobre Nemo, cuando ese asunto estaba despachado, y su humildad corría el riesgo de secarse como una vieja boñiga de vaca, entonces más bien lo había considerado como un PUNTO. Un terrible punto que lo alcanzó como un disparo. En pleno estómago. Y que anunciaba que ya estaba, que ya se habían acabado todas esas eternas confesiones, públicas, brutales, berreadas, anunciadas a los cuatro vientos. Y después ya no quedaba nada que añadir. Otra vida más, no.

Ése era el dolor que se sentía durante la breve parada a orillas del río.

Pero, entonces, ¿qué había sido la vida? Un montón de libros y obras de teatro. Y él, una piel de serpiente abandonada.

¿Era pues ese montón de libros lo que era la vida?

Se acordó, haciendo un gesto de rechazo con las manos, de la bellísima psicoanalista de Copenhague, de las nueve ocasiones en las que se había sometido a análisis.

Ella se fijó en lo que él había dicho sobre ser *abandonado*, y, con la obstinación de una mosca atrapada en el atrapamoscas de la vaqueriza, insistió en ese tema una y otra vez, pero al no ser creyente no le hizo la pregunta más obvia, cómo se sentía uno al ser abandonado, entre los condenados, o sea, después del segundo advenimiento de Cristo.

¡Sino que se limitó a perorar sobre la Madre!

Al final, él dejó la terapia, en parte porque ella era bella y él se había excitado, igual que le había pasado con quince años, allí en el césped en la granja de los Larsson. Pero cuando insinuó lo que le sucedía, o sea, cuando de forma casi imperceptible, aunque inequívoca, insinuó la excitación que le hacía sentir, ella hizo *un gesto de rechazo* con la mano, exactamente como se hace ante un niño que eleva las manos hacia el Salvador pero es rechazado, y él dejó la terapia.

Punto. Abandonado. Que se vaya a la mierda.

Entonces empezó a escribir sobre Kirsten y Cristián IV. Ya que no entendía su obsesión. Punto. Al final, seguramente acabaría por llevarse el misterio al otro lado de la frontera, junto con los compañeros de ojos acuosos que le imploraban que se uniera a ellos.



Nunca sería capaz de volver a inscribir las nueve hojas que faltaban. Que constituían el misterio de su vida y de la del Padre. Páginas arrancadas. Quizá después del punto que se puso en Kongsdal en febrero de 1990.

¿Podría realmente el caso de la prima segunda, aunque sólo fuera oriunda de Istermyrliden, incluirse en el discurso conmemorativo? ¿Había marcado ella su visión de la muerte, de la literatura y del deseo? ¿Y de la mujer?

¿O el acceso al *espacio más íntimo* se abrió gracias a la mujer del suelo de pino sin nudos allí en la granja de los Larsson?

La prima segunda iba al mismo colegio, un curso menos que él en la Escuela Superior Popular de Bureå. Él le *había echado miradas insistentes*, en parte porque, según lo que se rumoreaba, ella había crecido bajo el mismo tormentoso nubarrón de fe ardiente que él, y en parte porque tenía unos pechos que no podía tocar pese a que parecían invadirle todos los sentidos, o sea, penetraban y transgredían los límites de las leyes físicas.

El tormentoso nubarrón de fe y los pechos. Éstos eran los dos puntos en los que se fundamentaba su afinidad con la prima segunda.

¿Por qué se ríen? No lo hagan, entonces quizá él se calle, uno se ríe de una broma, no se ríe del deseo, el deseo manda, es como la añoranza del mar, el inmenso mar, el que es más grande que el lago Hornavan, que es lo más grande de todo. El terror que provoca un deseo igual de profundo que el lago Hornavan, pero alguien abre una puerta y el miedo ya no está; la persona que abre esa puerta al espacio más íntimo jamás será olvidada, no se ríen, guarden silencio.

No se ríen. De lo contrario, él lo dejará, lo quemará todo, lo arrancará, fiel a la costumbre, no se ríen.

¡Guarden silencio! ¡Ahora!

Así él continuará.

Eso de que alguien se convertía en escritor, o se volvía loco y lo encerraban en un manicomio, o se entregaba a la bebida, o se pasaba toda la eternidad hirviendo en aceite por haber negado al Salvador, eso podía considerarse lo

normal, desde un punto de vista bíblico, si es que uno lo quería ver así, cosa que muchos hacían.

Durante mucho tiempo evita abordar el caso de la prima segunda, quien por tanto en algún sentido pertenecía a la familia, aunque sólo fuese oriunda de Istermyrliden, ella que con el paso del tiempo se volvió loca pero que antes había confiado en él. Tenía pechos, pero él no los había tocado, ¡ni siquiera uno de ellos! por lo que pudo recordar más tarde. O lo que, en cualquier caso, negaba insistentemente.

Más sobre esto, quizá, luego.

Ya con tres años, se había convertido en una cristiana fervorosa; un fervor que durante la adolescencia aumentó hasta tal punto que una vez le confesó que notaba tal calor por dentro que el Salvador casi hervía en su interior y le preguntó si quería *sentirlo*.

¡¡¡Pero él sostiene que no *se atrevió!!!*

Sin embargo: pasó en el pasillo de la segunda planta de la escuela, media hora después de la última clase, y ella se hallaba a su lado, muy cerca, y él advirtió que estaba muy quieta, y de pronto ella levantó la vista y lo miró, sólo un instante, todavía inmóvil, jadeando, como un viejo caballo, aunque no se había movido nada.

Y él levantó la mano, para poder percibir el fervor, los dos atentos por si se oían pasos de alguien que se acercaba, pero no los hubo.

Y entonces.

Después él se marchó hacia el sur, a Uppsala, ella desapareció también, hubo otros espacios, otras puertas. El tiempo pasó.

Se enteró de lo ocurrido por Agnes Lundström.

Cuando esta prima segunda —a la que podríamos llamar Malin Nordmark, pero no era su verdadero nombre, aunque ahora está muerta, así que ya da lo mismo— alcanzó la edad de veintiséis años, y se echó novio, su madre, Tyra Nordmark, mediante indagaciones, descubrió que ese hombre, de veintiséis años de edad, había iniciado en su día la formación de

predicador en Johannelund, en Estocolmo, estudios que había interrumpido repentinamente por falta de fe en su Salvador, y que le habían visto salir a bailar en Bygdsiljum.

También había bebido en una ocasión, en el Día del Niño en Skellefteå.

La prima Malin, sin embargo, se había vuelto loca de alegría por el hombre, y éste no era mala persona para nada y fue a verla y pasearon por el bosque al norte de Strömsholm, y al regresar, a ella se la veía como atolondrada, de felicidad, lo que dio lugar a que muchos sumaran dos más dos.

Pero la madre se enteró de su apostasía, por lo que procedió a echar al novio de su hija de casa, cosa que a éste le impidió mantener tanto relaciones espirituales como carnales con esa prima segunda suya.

Entonces ella se sintió muy sola, y se volvió orate.

Al principio se manifestó en forma de una fuerte llantina, y luego en *¡calumnias lanzadas contra su madre!* Que era miembro activo de la congregación. A la prima segunda la confinaron doce años en el manicomio de Umedalen, donde permaneció tranquila, pero sin dejar de soltar disparates, llenos de odio, sobre la pobre madre, esa fervorosa e inocente creyente. Se aclaró que la tal Malin, en su lucha corporal contra su virginidad, o sea, *los frotamientos*, y en su amargura porque ésta no hubiera podido ser conquistada por el novio, *comenzó a inventarse pecados que anotaba y atribuía a su decente madre*, ¡como si esa madre fuera un pseudónimo de una fulana que leía revistas como *Levande Livet!* ¡Una doble personalidad! ¡o pseudónimo! según una idea del predicador danés Kierkegaard, quien en esa época dentro del movimiento evangélico de la provincia de Västerbotten era muy leído, se le consideraba *un espíritu ardiente en la fe en su Salvador*, pero implacable en su lucha contra la Iglesia, y *¡bien merecido se lo tenía!* como muchos pietistas decían.

Otros muchos, sin embargo, leían sobre todo a Rosenius, que también en Dinamarca era considerado el más grande, aunque provenía de Skellefteå.

Acaeció lo siguiente: él —que por tanto ahora tenía setenta y siete años pero en plenas facultades para recordar lo ocurrido, ¡todavía!, pese a los gritos de advertencia de los amigos a orillas del río— recibió una carta. Fue durante su estancia en Uppsala, en febrero de 1958, antes de emprender el

viaje a Södertälje y ver a la mujer de la casa de los Larsson, ¡más al respecto luego!, ¡pero los acontecimientos están relacionados!, ¡aunque no en suspenso! más al respecto luego.

Recibió una larga misiva de esta prima segunda de Istermyrliden, la que aquí llamamos Malin, en la que rendía cuentas sobre las «aventuras» de la madre y le imploraba insistentemente que acudiera a la justicia, que la liberara de «la cárcel», o sea, del manicomio de Umedalen, y procesara a la madre.

Se estremeció leyendo la carta con una tembladera casi bíblica, y no la quemó.

La madre de la prima, profundamente creyente, una cristiana severa, casi implacable en su devoción, *reprobaba* a menudo la conducta del prójimo. En su punto de mira se encontraban los que no profesaban un amor ferviente por el Salvador. El hecho de que su hija Malin hubiera enloquecido por culpa del novio prohibido era algo que lamentaba una y otra vez, pero decía que mejor era una hija orate en el cielo que una hija pecadora en el infierno. En sus reprobaciones, estableció asimismo normas para los creyentes fervorosos con las que los diferenciaba de aquellos que consideraba tibios de fe.

Y sucedió que estos reproches podían dirigirse incluso a la madre de él, Maya, que cantaba en el coro de la iglesia de Bureå, a veces de solista, puesto que en su día había albergado el deseo de ser cantante de ópera, carrera que no obstante había sido imposibilitada por su superior formación de maestra. El motivo de la reprobación era que él, o sea, el hijo, durante su estancia en Uppsala, según los rumores, había perdido la fe estudiando. También se enteró de que su madre ¡¡¡le tenía miedo a esta Tyra Nordmark de Istermyrliden pero que residía en Skärvägen!!!

¡Se quedó atónito! ¡¿Miedo?! ¿Su madre? ¿Una mujer que en la flor de la vida había gobernado un pueblo entero?

Según la carta de Malin (enviada a la dirección de Sysslomansgatan, 9, y luego reenviada a su dirección de entonces), la madre de esta mujer que estaba confinada en el manicomio, o sea, la muy activa feligresa Tyra Nordmark, la que inspiraba miedo tanto a su madre como al párroco Ollikainen, ¡había iniciado una relación sexual con su tío, veinticuatro años mayor, que era pastor de la iglesia en Arvidsjaur!

¡Eso ponía en la carta de la hija! ¡Enviada a una dirección equivocada, pero con servicio de reenvío en Uppsala!

Ese tío, según la misiva —que estaba llena de detalles lascivos pero redactada con una responsabilidad tan bíblica que al lector se le ponía la piel de gallina—, era medio impotente, por lo que nunca pudo realizarse ninguna penetración. No obstante, lo que había ocurrido se acercaba mucho a lo más prohibido, al pecado capital, cosa que excitaba.

El carácter de texto bíblico lascivo de la carta, marcado por una gran capacidad de identificación, se había incrementado de manera gradual, así es como evocaba el contenido de la misiva la primavera de 2011, pero había sido una lectura muy potente ya entonces, en los años cincuenta, de eso guardaba un nítido recuerdo.

La madre Tyra, según esa carta difamatoria, también mantenía alguna que otra relación más de carácter sexual, aunque éstas no ejercían la misma atracción en el lector. No había visitado, afirmaba la hija con rabia aunque ahora con un lenguaje menos bíblico y más armonioso, al moribundo tío en el sanatorio de Hällnäs, más que una sola vez.

En esa ocasión, el tío descansaba en una tumbona al aire libre, en la terraza (corría el mes de febrero), y le habló de lo mucho que pensaba en ella. Mostraba un aspecto pálido y miserable, y le pidió que lo acariciara, *para poder recordar tu mano, como me imagino que esa mano tuya me toca el pito cuando estoy solo y pienso en ti.*

¿Cómo podía saber la prima segunda lo que la madre o el pastor de Arvidsjaur habían dicho? ¿o pensado? ¡Poesía pura! ¡Eso bastaba como prueba!

Pero existían otras vaguedades, o ambigüedades, que creaban misterios tan difíciles de resolver como las nueve páginas desaparecidas del cuaderno.

La madre Tyra había procedido, según el texto de la carta, a tocarle al pastor de Arvidsjaur, ahora enterrado en Moskosel, el pito, pese a que el resto de los presentes en la terraza los estaban mirando. Fue bajo la manta negra. Él gemía casi imperceptiblemente, como un cachorrillo. La madre, siempre según la misiva, experimentó un poder casi embriagador, y gemía también.

Al hablar de amor, seguramente ella se refería a lo prohibido.

Cuando el amor llegó a su fin, con la enfermedad y la partida del tío, en resumidas cuentas, que se murió, afloró una sensación de desesperación en la madre Tyra, o sea, esa que más tarde echaría al aspirante a predicador que había querido *estar con* su hija, en un sentido puramente carnal; un desespero que sólo podía aliviarse de forma temporal mediante frotamientos. *¿Qué es la desesperación según los evangelistas?*, podía preguntarse ella. Es el hecho de no poder meter ya mi mano bajo la manta negra y acariciar su miembro.

Cuando alcanzaba la dicha celestial frotándose, éste era el mensaje de la parábola, sólo pensaba en el tío muerto, que había regresado al hogar de Cristo con cuarenta y seis años de edad, nada más. Ella pensaba en él con amor al frotarse. Pero sólo entonces. Por lo demás, pensaba en él con consternación.

Ésa era la lección sobre la que había que reflexionar.

La hija lo había descrito todo en esa carta que le envió.

¡Qué detalles más increíbles! uno se queda atónito. ¡Acaso no era esto el mismísimo sello distintivo de la literatura! difamaciones sin *fundamento* (como ese fundamento de piedra angular del que habla el obispo Giertz en el libro que solían obligarle a leer los domingos), ¡que ahora desenfrenadamente manaban a raudales de la furibunda mujer! ¡Casi una bruja!

El tío, creía saber la prima segunda confinada en el manicomio de Umedalen, se había obsesionado con la madre Tyra, que había sido como un imán, y él la limadura de hierro que entraba en su campo magnético.

Una parábola que no procedía de la Biblia, pero del mismo nivel.

Ella había *creado los patrones de movimiento* en él, le escribió Malin, esa casi anterior compañera de clase, cuando él se hallaba en Uppsala, y durante varias páginas redactadas a mano con lápiz continuó hablando de lo que ella *suponía* eran los sentimientos de su madre y su tío.

Al principio la madre Tyra daba por supuesto que ostentaba el poder. Antes de su muerte era como si el menor gesto que ella hacía provocara una respuesta en él, aunque él estuviese en el sanatorio de Hällnäs y ella se

encontrara en Oppstoppet, o sea, antes de mudarse a Skärvägen, al apartamento encima de los Lundström.

La distancia no importaba: seguían siendo, pese a todo, imán y limadura de hierro.

Después de que él muriese, y lo enterraran en el cementerio de Moskosel, era como si el poder se transformara en tristeza o responsabilidad.

¿Cómo podía eso resultar tan poderoso?

Eso de que, antes de que el pastor de Arvidsjaur muriera, ella tuviese un control tan absoluto sobre él.

En la carta, de eso se acordó durante la primavera de 2011, se habían cometido lapsus extraños.

¡De pronto el susodicho tío tenía *el nombre del novio proscrito!* En cierto sentido resultaba aterrador. *Ella se inscribía* en su madre Tyra, o sea, se sentía como ella y ¡ahora ésta añoraba *al novio expulsado!*

¡Aquello estaba invertido!

Quizá debido al fuerte deseo, que hizo que todo girara. ¿Quizá fuera verdad que la madre deseaba al novio proscrito? ¡Y lo llamaba pastor de Arvidsjaur!, como si ese novio *existiera dentro de su carne*, y la vigilara.

¡Como si la auténtica naturaleza del amor fuera que uno se introdujera en otra persona comiéndole el interior poco a poco hasta llenarla por completo!

Cuando él murió, escribió ella, fue quizá como si de súbito se hubiera producido un cortocircuito. Todo se tornó triste. Cada pensamiento sobre el pecado se convirtió en algo *nítido*, de repente era como si estuviera grabado con un clavo de seis pulgadas que sus pecados la arrojarían al fuego eterno, o más bien que la freirían en aceite hirviendo, no siempre lo sentía igual, pero todo el tiempo aquello la conmocionaba, aunque de un modo indoloro, y *la hacía sentirse viva*.

Esto último era lo más extraño. Era como si esto —o sea, el pecado capital— la hiciera sentirse viva.

Pero sea como sea: el tío murió, y el recuerdo se tornó diferente.

Leyó la carta en febrero de 1958 en su cuarto de la residencia estudiantil de Uppsala, Studentvägen, 6, quinta planta, leyó la terrible epístola remitida desde el manicomio, una y otra vez, casi preso de la tembladera bíblica, de detallado que era el texto. Y luego se preguntó: *¿por qué me manda la carta a mí?*

La misiva era turbadoramente prolija en detalles, pero de alguna oculta manera lo señalaba *directamente a él*.

Era así como las cosas habían sido. Casi se le había olvidado. Antes de que la mujer del suelo de pino sin nudos le preguntara si quería una gaseosa.

¿Podía ser tan sencillo?

Se aprendió la carta casi de memoria. ¿Se trataba de un escrito que lo inculpaba?

El cuerpo lascivo de ella (¿de la madre o de la hija?) había controlado el universo entero, o sea, al pastor de Arvidsjaur, quizá al novio, y de repente el conmutador giró. El universo se quedó como atolondrado, sin control. El centro ya no estaba. Ella ya no tenía ningún poder, o si era el tío o el novio repudiado quien había cortado la corriente eléctrica, eso quedaba poco claro, pero el universo se hallaba sumido en el caos, y a eso no siguió más que tristeza. Tristeza tristeza tristeza.

Lo más grande de todo es el amor, pero si luego la gente se moría a diestro y siniestro, y con ello se les desconectaba, entonces, ¿qué era la vida?

Ella se quedó como aturdida de fe, y la llevaron al manicomio.

Claro que estaba un poco confundido preguntándose lo que había pasado en realidad.

Era una carta extraña.

O sea, ella estaba allí en el manicomio de Umedalen, sentada en su silla, con los ojos cerrados, escribiendo e inventando, y se imaginaba cómo había sido para su madre, ahora una devota redimida y ferviente: cómo el agujero de sirope (expresión que utilizaba después de enfermar) de la madre controlaba el universo, que era el tío de Arvidsjaur, *¿o el novio repudiado?*, eso resultaba poco claro. Este último vivía ahora en la fe en su Salvador, algo



difícil de digerir. Bien podría haber *visto la luz* ya en Johannelund, ¡pero ahora!, ¡demasiado tarde!, se había convertido en creyente y, al unísono, contraído matrimonio.

Con alguien cuyo nombre la prima se negaba a pronunciar.

Al final había entendido —tras leer la misiva en su residencia estudiantil en Uppsala, y resistiéndose a quemar en el baño esas hojas manuscritas— por qué había sido el destinatario. Era *él* con quien ella soñaba: el novio era él.

Había enviado una carta a su amado, aquel que una vez la había tocado.

Se le había olvidado por dónde había empezado. ¡Los modelos! cierto, la prima segunda de Istermyrliden, a quien, sin embargo, sería difícil incorporar al discurso revisado y corregido para la Casa Parroquial.

¡Pero cuánto había aprendido de ella!

La hija que enloqueció. Vendida a Cristo. Es necesario aclarar. Es necesario decir las cosas como son y no, como aquí, dar vueltas en torno a un centro donde se hallaba Jesucristo, como si éste hiciera de pivote. Así lo vivió la prima, como si estuviera encadenada a Cristo, pero anduviera a su alrededor, en círculos, impulsada por el deseo. Y se volvió loca. Pero él, por su parte, había leído sus descripciones vibrantes de fiebre bíblica de cómo las cosas *deberían haber sido*, sus sueños sobre el tío de la madre de Arvidsjaur y, ya que en aquella ocasión no se habían oído pasos por el pasillo, le había tocado los pechos. ¿De qué sirve mentir?

En París pensó en ella, pero la confundió con el chico Siklund. Eso estaba aclarado en la Libreta de trabajo. «*Es de noche. Será una mañana gélida. ¿Por qué las cosas han salido así?*»

Se llamaba Malin *según lo que se decía*.

Durante todo el tiempo que la había conocido, había tenido miedo. Ella era una araña, con pechos. Los demasiado devotos son arañas que quedan atrapados en su propia telaraña. Como las moscas en la vaqueriza, en el pegajoso papel atrapamoscas. Miles de alas moribundas. Ella no conseguía

soltarse. Quizá a él le pasaba lo mismo, que eso del amor era de alguna manera como experimentar *una abrasadora redención*. Y, entonces, ¿qué se debía hacer para liberarse?

¿Qué era lo que fallaba? En él.

Que alguien se apiade de los condenados en el páramo de Burheden.

Pensándolo bien, la había tocado una vez.

Más vale confesarlo. Fue antes de que ella enloqueciera. En esa ocasión no enloqueció. Al parecer murió con fe en su Salvador, o sea, la prima segunda a la que había tocado, concretamente, el pecho izquierdo, Malin se llamaba. Lo del Salvador, se decía, en cualquier caso, en el obituario en el *Norran*.

Texto que, sin embargo, omitió que en el manicomio la obligaron a arrodillarse, tras lo cual se redimió, recuperó la alegría y logró que la dieran de alta.

Él concluye: no soy culpable.

En una ocasión muchos años más tarde le contó a la Madre lo que pensaba de Tyra, esa enjuiciadora de la comunidad. Esa implacable devota de abrasadoras convicciones, con todas sus reglas. Y dijo con su voz más calmada, tenía entonces más de cincuenta años, que, si existe un infierno, esa Tyra Nordmark arderá sin duda en él, ella que agarrando al Salvador con la mano derecha cual palo le propinó tal paliza a la hija que la mandó al manicomio.

O se la arrojará al aceite hirviente, en caso de que exista un infierno, claro.

Y su madre, perpleja, casi paralizada, lo miró fijamente y preguntó *pero cómo puedes decir semejantes cosas sobre Tyra, que es una mujer profundamente creyente...*, y él la interrumpió, tras lo que se enzarzaron en una discusión durante un rato.

Y luego ella se quedó como pensativa toda la tarde. Como si hubiese empezado a cavilar. Es cierto que a veces le reñía y se mortificaba, tanto que sus manos temblaban, por el hecho de que su hijo quizá hubiera *perdido la fe*

*estudiando*, pero, en cierto modo, pese a todo, ella lo respetaba. Permaneció muy callada y se la veía sumida en cavilaciones.

De esta manera, la prima segunda de Istermyrliden se había convertido en un modelo, si es que uno quería verlo así. O sea: primero la prima segunda que quedó destrozada, luego la detallada misiva difamatoria que provocó en él escalofríos que le recorrieron todo el cuerpo a pesar de sus firmes convicciones, luego la empleada de la oficina de Correos de Brattby, luego la culminación con la mujer del suelo de pino sin nudos.

Más claro el agua. *Así fue creado él.* ¿Se le había olvidado algo?

¡No!

¿No?

Nunca jamás habría actuado su propia madre como esa Tyra Nordmark, aunque las dos eran fervientes devotas, pensándolo bien, pensándolo bien, pensándolo bien.

Más tarde comprendió que la lucha por la liberación había empezado mucho antes.

Al principio él, a los siete meses de edad, desde el fondo de la habitación, a través de la ventana, había podido distinguir algo torcido, que ella había llamado árbol, o arce, o árbol de la felicidad; lo peor era que, si se acercaba gateando, el árbol desaparecía, era por culpa del ángulo, y lo que veía se tornaba todo azul, y a veces un pájaro despacio, volando hacia atrás en una tormenta silenciosa, cruzaba el campo de visión de la ventana, y el pájaro lo contemplaba, de modo reconfortante, pero sin responder a sus vehementes gritos.

Eso era lo normal. La Madre sólo respondía con ademanes evasivos y gorgoritos a sus súplicas de que interpretara las misteriosas señales susurradas. Él aún no sabía que allí fuera existía un contexto que no requería gritos ni alaridos.

Con gestos de protesta, le imploraba que lo ayudara, o al menos que se lo confirmara, sólo unas palabras: ¿tú vales?

Nada, aún. Las señales mudas.

Pero ¿y si las nueve hojas ocultaban algún secreto? ¿Y si el Padre estaba furioso por eso?

Y él, por su parte, ¿por qué mantenía en secreto a la mujer del suelo de pino sin nudos? ¿Aquello que quizá era más grande que el milagro de la fe, aunque todos los que *habían visto la luz* lo negaban con vehemencia? En alguna parte tiene que haber existido un misterioso y decisivo punto en su vida, como si hubiese llegado a un oscuro apartadero ferroviario donde unas ruidosas agujas desviaban con violencia hasta una vía muerta casi cubierta por completo de maleza el saco de patatas que era la fe, mientras a él lo *conducían* a la vía que se llamaba Vida, y era allí donde se hallaba la esencia de todo.

Pero, entonces, ¿por qué esas noches gélidas de París?

Recupera la calma, dentro de poco estará cerca, debe buscar las nueve hojas arrancadas y quemarlas, sin leerlas, de la misma manera que la mujer del suelo de pino sin nudos debe permanecer desconocida.

Sí, era allí en lo no quemado pero pronto destruido donde residía el secreto de lo que se había quedado en suspenso.

### 3

## La parábola de la tía corajuda

Cada vez mayores dificultades con la revisión del discurso de la Casa Parroquial.

Ha decidido incorporar a la mujer del suelo de pino sin nudos, pero los amigos moribundos, mascullando al unísono, parecen negar la necesidad de realizar esa inserción en el discurso.

Él responde por escrito y atestigua que, a modo de ejemplo, los había que se acordaban del día y hora en que *vieron la luz*, o sea, el preciso instante de su redención. ¿Acaso no sería su testimonio sobre alguien que *vio la luz*, no en el amor celestial, sino en el terrenal, el incondicional, y que desde ese momento siempre recuerda el día y la hora, no sería eso igual de significativo? ¿Y ese testimonio acaso no podría denominarse como *la parábola de una novela de amor*? ¿Y que ese acontecimiento no se prolongó, sino que sólo existió en ese preciso instante? ¡Sólo en ese preciso instante!

Entonces las protestas cesaron, aunque con incredulidad, durante un momento, y entre odio.

¡Esos escollos! ¡En el camino! Quizá fuera ése el problema de Sibelius. No se atrevió. No se debió a la bebida.

En noviembre de 2011 su hijo le enseña una fotografía de Elof, una foto en blanco y negro.

Hecha probablemente a principios de los años treinta. Su hijo le enseña la foto en su teléfono móvil.

La ha visto muchas veces, la tiene en su estudio, colgada en la pared al lado del silencioso violín, pero su hijo, que se inclina sobre la mesa del restaurante con el móvil en la mano, parece ansioso por mostrársela.

Lo que ve en la pantalla es la bien conocida fotografía. Pero algo está mal. La imagen de hace más de setenta años, de repente, imperceptible pero inequívocamente, da la impresión de cobrar vida, como si fuera el rostro del fotograma de una película.

Siente una punzada en el pecho.

El hombre de la foto, que es su padre muerto, Elof, se mueve. Los ojos parpadean despacio, casi con astucia, y en los labios se perfila una sonrisa. Es terrible. Resulta obvio que el hombre de la fotografía está vivo, o, mejor dicho, que *ha vuelto a la vida*. ¿Qué has hecho?, le pregunta a su hijo, es espeluznante. ¿Espeluznante?, pregunta el hijo, ¿por qué? Bueno, dice, supongo que asusta un poco. ¡Es que parece que Elof intentara decir algo! Los ojos parpadean, pícaros, el rostro se cubre de una nueva gravedad, y la boca se mueve de nuevo para formar una palabra, ¿qué dice?

¿Qué has hecho?, le pregunta a su hijo. Es muy fácil, puedo hacerlo con cualquier foto, con una tuya también. Para que parezca que dices algo. Como él. ¿Y qué diría? Pues no sé, algo. Por cierto, ¿en qué andas ahora?, le pregunta su hijo con cautela. En nada en especial, escribo un poco. Ya, ¿es que nos preguntamos cómo estás? Bien. Bien. Sólo me he impresionado un poco al verlo, dice restándole importancia mientras su hijo vuelve a acomodarse en la silla y se mete el móvil en el bolsillo, ¡daba la impresión de que estaba desesperado por hacerse entender! Sí, es divertido, pero no es nada difícil. ¿No quieres que lo haga con una foto tuya? ¿Con movimientos aún más claros, como si dijeras algo de verdad?

No. No lo hagas. Estoy bien así.

En el diario de la Madre, concluido en marzo de 1935, habla en términos enigmáticos sobre *la intensa vida emocional* del Padre. ¿Había una explicación allí? ¡Pero nunca nunca llegó a tomarse ni una sola cerveza!

¿No era él, por su parte, más que un pseudónimo? ¿Se podía vivir así, construyendo una vida basada en las nueve hojas arrancadas del cuaderno de su padre?

¿No existía ninguna explicación?

El niño y su madre compartieron la misma fe durante mucho tiempo. Después siguieron credos diferentes. Entonces él la dejó en paz con sus convicciones, que eran muy sólidas, pero que sin duda habrían podido modificarse algo si él lo hubiera intentado. Pero ella se habría angustiado y le habría causado mucho sufrimiento al rezar.

Por eso nunca intentó alterar la fe de su madre. Aunque ella cambió bastante, de todos modos; se volvió meditabunda. Lo advirtió cuando discutieron sobre la prima segunda que enloqueció.

Como que se ablandó un poco.

Durante el último año, por lo demás, tras un par de ataques apopléjicos que a temporadas la silenciaron del todo, a la Madre se la veía *bastante contenta aunque discapacitada*. Sin embargo, se recuperó, practicó el habla, y pudo incluso pronunciar un discurso escrito de su puño y letra en la Casa Parroquial de Bureå con el título «Algunos recuerdos de mi época como maestra en Hjoggböle». Más tarde él leyó el discurso, y se quedó anonadado.

Esa claridad, y sencillez. ¿Era posible, a pesar de todo, conseguirlo al final, siendo una persona apopléjica de ochenta y ocho años?

En tal caso a él le quedaban muchos años por delante.

Durante las últimas tres décadas no habían tenido discrepancias religiosas.

Ella rendía cuentas del *estado de las cosas*, y de su firme fe en el Salvador Jesucristo, y él asentía conforme. Ella lo interpretaba como una señal de que su hijo se había redimido en secreto, o sea, que se había reencontrado con el Salvador, y se alegraba.

Si ella estaba contenta, él también. Es que él tampoco era joven.

La fe se le había descascarillado ya a los diecinueve años, y cuando soplabla el viento gélido estaba, en cualquier caso, solo, y entonces nada podía ayudarlo. Aunque ahora era capaz de pensar con sensatez, de poco le servía. Luego todo resultó más confuso, pero eso fue después de Islandia, y después del mes de febrero de 1990. Afirmar que se había salvado del alcohol era una cosa. Pero ¿y las preguntas de por qué había ocurrido? Como para echarse a temblar, desde luego. Chirriaba y disonaba igual que la octava de Sibelius que él ahora se dedicaba a reconstruir.

La última semana de vida de la Madre, se quedó con ella en su pequeño estudio de la residencia de ancianos. Ella ya no se comunicaba, entraba y salía de una ligera inconsciencia, de modo que él limpiaba y recogía, pasaba las noches en un colchón en el suelo, y un día encontró un montón de giros postales en la mesa. Se habían ido acumulando. No se habían pagado. Unos veinte impresos.

Los repasó.

Se trataba de peticiones de donativos para una multitud de causas cristianas de gran urgencia.

Sintió brotar dentro de sí, tal y como era de esperar, una rabia racional no desprovista, sin embargo, de un cierto sentido del humor. La industria religiosa había conquistado la dirección postal de la Madre. Todas y cada una de las pequeñas sectas parecían considerarla como la base económica de sus actividades. Se perfilaba una industria basada en la voluntad de sacrificio; financiada por la pequeña pensión de la Madre y otras ancianas apopléjicas como ella. Ya sabía que nunca se había contentado con dar el diezmo, convencida como estaba de que hacía falta mucho más.

Aquí tenía las pruebas.

Despotricó al hojear los papeles. La Asociación Misionera de las Maestras, vale, eso sí lo podía entender. Pero parecía que todas y cada una de las sectas, incluidas las más ortodoxas del estamento eclesiástico oficial, habían conseguido dar con este filón, o sea, su apopléjica madre en el pueblo de Bureå. La misión interior y exterior. Los Gedeones, ¿eso qué era? O la asociación Biblias para el Este, que enviaban biblias a los comunistas para salvar sus almas.

¿Y la Misión de Israel?

Se lo había preguntado en una ocasión. Ella afirmó que en una respuesta a una oración había descubierto que era necesario convertir a los judíos a la fe del Salvador Jesucristo. Y no atendía a razones ante cualquier objeción al respecto.

Pero ¿La Atalaya? ¿Los Testigos de Jehová? ¿Realmente las brumas de la vejez habían hecho que ella lo olvidara?



Los Testigos de Jehová, siendo él un niño, los habían llenado a él y a su madre de temor, o, en cualquier caso, de aversión. Evangelizaban incluso en Viernes Santo cuando Cristo colgaba en la cruz y a la Madre ni siquiera se le ocurría hacer punto, actividad que debía considerarse como trabajo. En su afán por evangelizar no respetaban ni siquiera el luto. Se acordaba perfectamente de que su madre echaba el cerrojo y luego subían al desván donde se escondían apretados y unidos por la repulsión hasta que los misioneros cesaban de golpear la puerta. Como sin duda el día del juicio final golpearían en vano las puertas del cielo.

Pero las solicitudes de donativos hablaban otro idioma. ¿Qué debía hacer? La razón le decía: quémalas. Por otra parte: ¿para qué le servía esa racionalidad? A su madre, la fe la había ayudado a sobrevivir a una incomprensible soledad, y moriría arropada por la fe en su Salvador.

¿Era eso irracional?

La Madre yacía en la cama respirando fatigosamente. ¿Qué significaban esos leves ruidos? ¿Se hallaba cerca de la frontera y quería comunicarle algo?

Al final cogió todos los giros postales, para los Testigos de Jehová, para Biblias para el Este, para la conversión de los judíos a la fe de Cristo, un buen manojo de raicillas irracionales arraigadas en una vida que pronto terminaría, y que también en cierto sentido era la de él.

Y se fue al banco y los pagó todos.

La sospecha del olor de un rastro para el perro desconcertado.

El perro olisquea hacia atrás. Por todas partes rastro de vida sensata y racional, a veces, sin embargo, el suyo propio. ¡El perro se queda petrificado!, como paralizado por el terror, y cambia de dirección. Luego la sensatez de nuevo. Entonces el perro sabe que está a salvo, pero tiene miedo.

Se despertó, en plena huida irracional, el 22 de marzo de 1989, sobre las cuatro y cuarto, en la habitual y gris niebla matinal, inseguro de si acaso la muerte ya había tenido lugar, y, por tanto, le estaban haciendo una fotografía mortuoria que se enviaría hacia el norte.

¡Y se acordó de la tía Valborg! ¡Que ella se atreviera! Ese coraje. Si el amor por Cristo —el que supuestamente era la puerta de entrada al amor terrenal—, si ese amor exigía la sumisión, entonces la parábola de la tía Valborg era una alternativa.

Mejor eso que todas estas gélidas explicaciones.

Fue el 22 de junio cuando la tía Valborg llegó a Hjoggböle. La familia, con todos los primos, se había reunido en la casa de verano de Verner, que era la más grande, para poder despedirse de la tía, que iba a morir dentro de poco.

La tía Valborg había perdido a su marido, por culpa de la pulmonía, y no se había vuelto a casar y había vivido con *su muchacho*, *su hijo*, toda la vida. Formaba parte de la familia, eso era algo que todos los del pueblo sentían y en el pueblo la gente se mantenía unida: al hacer la matanza los parientes, a decir verdad, le entregaban de vez en cuando una buena pieza de las costillas. No es que pasara hambre, pero era importante para todos demostrar con la carne que se ayudaban unos a otros.

Pasaba lo mismo con la otra viuda de la familia, o sea, con la Madre, la madre del niño. A ella también le daban carne como un símbolo. Piezas diferentes, sobre todo panceta.

Eran las dos viudas de la familia.

La tía Valborg era quien se había ocupado del chaval de Maya la noche en que murió el Elof, de lo que se ha hablado con anterioridad, algo por tanto ya documentado, basta ya de eso. Tras el repentino fallecimiento de su marido, la tía Valborg había tenido que dedicarse sobre todo a limpiar a fin de ganarse la vida para ella y su hijo, y después se mudó a la portería de la casa de oración en Sjöbotten, donde había una habitación, lo que tampoco estaba tan mal. Pero luego llegó la historia de los bebés intercambiados, eso de que a la tía Vilma en un descuido le habían confundido a su recién nacido con otro en la enfermería de Bureå, ¡de modo que el auténtico niño de la familia Enquist, legítimo hijo del pueblo de Hjoggböle, vivía en casa ajena en el ilegítimo pueblo de Sjöbotten! ¡Cosa que este pueblo ponía en tela de juicio! La mayoría pensaba que realizar *un intercambio*, o sea, una devolución mutua, sería innecesario. Y el ambiente de los pueblos se enfrió

considerablemente en torno a la tía Valborg, ya que ella fue la primera persona que advirtió que debía haberse producido una equivocación con los pequeños. Y lo había comentado con Vilma, quien a su vez llevó el asunto a la policía, y a los juzgados, lo que, en opinión de muchos, fue *innecesario*. Así que ella se vio obligada —¡era el gélido viento bíblico!— a mudarse a Småland, una comarca que se hallaba muy al sur, más allá de Estocolmo y luego un poco a la derecha.

Ya basta. Allí en la comarca de Småland la invadió el cáncer y se puso amarilla.

Entonces, escribió una carta que envió al norte, a Hjoggböle, para contarles que dentro de poco sería llamada al cielo, aunque ella no se expresaba en esos términos. A él, o sea, al hijo de Elof, no le dejaron leer la misiva, seguramente porque aún lo consideraban un crío. Había una parquedad inquietante en el escrito, pero está claro: si uno se hallaba a orillas del río respirando hondo, entonces no era muy fácil redactar cartas, ni epístolas de otro tipo.

Uno se quedaría allí pensando: ¡ahora! en cualquier momento.

Basta. Basta ya de hablar de eso.

Al final la reunión pudo celebrarse en la casa de verano de Verner, y la tía Valborg se mostró bastante callada y amarilla. La tía Valborg había sido la que durante el primer año después del fallecimiento de su hermano Elof se había ocupado del *chico*, o sea, el que *presenta este testimonio escrito ante todos* y que ahora tiene setenta y siete años, ella se había encargado de cuidarlo, casi como si fuera una criada y no la cuñada de la Madre. Aquello se hizo así porque la Madre tenía un trabajo a jornada completa en el colegio de Hjoggböle Este, una escuela B2, o sea, cuatro cursos se sentaban juntos en la sala grande, y los niños pequeños ocupaban la pequeña. La tía Valborg, durante los años posteriores a la súbita muerte de su marido, estuvo bastante callada, aguantando, consiguiendo pese a todo que el dinero alcanzara para darles de comer a ella y al hijo, o sea, a su hijo, que era, también él, bastante pequeño y larguirucho y casi flaco.

¡Pero eso de la mudanza!

Una habitación aquí y otra acullá. Y como obras de misericordia. ¡Y cuando llegó el cáncer! Se puso amarilla, pero antes fue como si la piel se le tornara gris ceniza, pero sobre todo desde dentro.

Basta. Cuando la reunión allí en casa de Verner había llegado a media mañana, el niño —o sea, el que ahora anota todo esto en edad adulta, y cerca ya de la frontera, y fiel a la verdad ofrece testimonio ante todos— vio cómo el tío Birger, que había entrado en la familia por matrimonio y que participaba de manera activa en la Asociación del Lazo Azul y que vivía en el pueblo de al lado, llamaba a la tía Valborg con un implorante gesto de manos. Y se fue con ella a una habitación contigua, llamada el salón principal y que nunca se usaba, y que era, dicho sea de paso, un cuarto muy pequeño; pero se le olvidó cerrar la puerta. De modo que él —o sea, el niño al que muchos años antes la tía Valborg había cuidado durante el día, el que da testimonio de estos acontecimientos y que ahora es mucho mayor, pero que entonces, cuando acontecieron, no era más que un crío— se quedó acorralado detrás del aparador.

Y así pudo, sin ser visto, presenciar la conversación entre los dos.

El tío Birger explicó que deseaba conversar con ella acerca de su relación con Jesucristo. Quizá no se expresó justo así, más bien algo como: *Valborg, ¿cómo es en realidad tu relación con el Salvador Jesucristo?* Y añadió unas palabras que realmente significaban que ella se hallaba en la frontera. Y que estaba preocupado.

Entonces la tía Valborg le clavó una mirada derechita al ojo, o sea, a los dos ojos, y *¡si los rayos pudieran hablar!* El tío Birger medía seis pies y dos pulgadas y pesaba cerca de noventa y seis kilos, de modo que ella lo miraba como hacia arriba y en diagonal, directo al ojo suyo, pero aun así por increíble que pudiera parecer lo hacía sin nerviosismo ni temblequeo alguno, más bien se mostraba decidida y reprobadora. *¡¡¿Cómo que mi relación con el Salvador?!!*, dijo, o espetó, en cualquier caso, sin calor en la voz, más bien desafiante. Y tenía, como se ha expuesto con anterioridad, bastante amarillo el rostro y había perdido al menos quince kilos de peso, por culpa del cáncer; pero el tío Birger, impávido, le repitió la pregunta a su cuñada, una mujer, por tanto, bastante menuda y frágil.

Explicó que se lo preguntaba más que nada por consideración a su alma inmortal, ya que ella, en una carta dirigida a la familia Verner, había dicho, testificado, ella misma, que dentro de poco sería llamada a la casa del Señor, y en lo que concernía precisamente a eso no pensaba que hubiera desacuerdo posible. ¡Pero!, se apresuró a añadir, como solía decir Maya, *con angustia y gran inquietud mis hermanos de fe de la familia Enquist y yo hemos rezado por ti*, y en especial había consultado con Maya, quien en varias ocasiones durante las últimas semanas había rezado de preocupación por Valborg; y aquí, al mencionarse el nombre de la Madre, al niño que escuchaba le recorrió como una especie de descarga eléctrica de angustia, que le llevó a pegar un respingo, *y a los dos nos ha invadido la percepción de que la llama de tu fe se ha ido enfriando, quizá incluso se ha apagado, y quizá pudiéramos apaciguar mi preocupación si nos pusiéramos de rodillas aquí en el suelo de este pequeño cuarto* (¡no empleaba la palabra salón ya que todo se desarrollaba dentro de su propia casa!) *para confesar al unísono nuestra fe en el Salvador Jesucristo, y así puedas partir en paz al cielo amparada por la fe en tu Salvador.*

Después de esto no continuó hablando, sino que con lágrimas en los ojos se limitó a esperar la respuesta de la tía.

Ella contestó lo siguiente.

Dijo que al morir su marido, después de que la pulmonía lo arrancara súbitamente de su lado, ella, presa de desesperación, se encomendó al Salvador, y bien era cierto que escuchó su silencio pero lo interpretó como que Jesucristo estaba ocupado con las miserias del mundo y por eso no podía hacer caso a las quejas, sin duda molestas, de una pobre viuda. Y luego se trasladó al desván de la casa de Kalle Normark. Y comida no le faltó, y agradecida estaba por la ayuda recibida de la familia, pero le parecía que un silencio extraño se había instalado allí donde vivía encerrada con el hijo. La limpieza que hacía en Östra Fahlmark le pasaba factura a la espalda, al igual que la de Österböl, y después se mudó a Sjöbotten, ese pueblo ajeno, y a la habitación encima de la sala de oración, y luego pasó lo de las difamaciones por la historia del intercambio de los niños, que la obligó a mudarse a la comarca de Småland, un lugar tan lejano que incluso Bastuträsk podría parecer cercano y familiar.

Pero fuera donde fuera, arrastrando al crío con ella, era como si hubiese estado rodeada de un gran silencio; y se trataba del mutismo persistente de Jesucristo. Se hallara donde se hallara en su soledad y desesperación, lo único de lo que estaba segura era de que Jesucristo cerraba el pico; y con esas últimas y precipitadas palabras, o sea, eso de que *Jesucristo cerraba el pico*, el tío Birger se sobresaltó y su boca se abrió como formando un grito de angustia. Pero no salió ninguna palabra en esa intervención del hombre, sino sólo unos movimientos mudos de los labios, como un débil lamento, o quejido, similar al de un perro; y ella continuó y dijo que durante toda su vida le había preguntado al tal Jesucristo si su fe en él no merecía que levantase al menos el dedo meñique y en su misericordia se apiadara de la viuda y del hijo de la viuda para darles unos pocos momentos de alegría celestial también en esta tierra.

Pero nada.

Allí en su cuarto de oración, o sea, en la cocina, en la comarca de Småland, tan alejada de Sjön Hjoggböle que se había sentido como el cielo helado de una noche de invierno, tan sola que no quería hablar de ello, al final decidió ajustar las cuentas con *el Callado en persona* de una vez por todas. Explicó que se había arrodillado y se había dirigido al propio Salvador. Con insistencia. Preguntó, al igual que Job, cuánto tiempo duraría aquello. Y si él era vengativo, o el amor en persona. ¡¿Qué iba a ser?!!

Y entonces ella tuvo la certeza.

En ese instante, al llegar a ese punto en el largo discurso dirigido a su cuñado, éste, o sea, el profundamente creyente tío Birger, se iluminó como por una luz interior, o pegó un salto espiritual, y le preguntó:

—Así que has alcanzado la certeza. ¡Me das una gran alegría! ¿Realmente recibiste la certeza?

—¡La certeza! —repuso la tía—. Desde luego que sí.

—Pero, bueno, qué bien, entonces puedo llamar a Maya mañana y asegurarle que estás en paz con el Salvador. Y que has alcanzado la certeza.

—¡Que no! —replicó la tía Valborg con su voz más ronca—. En ese momento de oración tuve la certeza de que eso del Salvador *no es para mí*.

El tío Birger se quedó de piedra, y le preguntó qué quería decir con eso. Ella se limitó a contestar que ya no se consideraba creyente. Todo eso no era para ella.

¿Por qué?, preguntó el tío Birger. Porque él no se preocupa por mí, replicó la tía. ¡Nada más que silencio había obtenido de parte de ese que pretende ser el amor! Según su experiencia, el Salvador estaba ocupado con otras personas. Por muy sentidas que fueran sus oraciones y lamentos.

Al oír esas palabras, el chaval oyente se echó a temblar. Todavía, en mayo de 2011, lo recuerda. Tuvo miedo, eso era indiscutible.

¿Cómo puedes decir una cosa así?, inquirió el tío Birger. Alguna vez, una sola vez en toda mi vida, espetó la tía Valborg con la voz hueca por el cáncer, *debería haberme llegado un mensaje de él*. Algo. Por muy pequeño que fuera.

Pero nada.

Entonces, el tío Birger, casi zarandeado por la angustia, hizo un gesto hacia el cielo y descubrió al oyente al que inmediatamente, con una breve regañina, echó del salón.

Por lo que el testimonio se quedó como truncado.

Al día siguiente, tras despedirse de la familia con un apretón de manos, la tía Valborg se marchó. De un amarillo grisáceo había sido su tez a su llegada; al partir se la veía aún más amarilla. Así la recordaban. Once meses más tarde murió, en un lugar que al parecer se llamaba Lindesberg. En el obituario ponía, quizá, *amparada en la fe en su Salvador, o en la convicción de*, como cuando murió Elof, pero esta necrología de Valborg no se ha conservado, de modo que no se sabe.

Su hijo tenía en aquel momento quince años y no sabía qué hacer, o sea, en Lindesberg, por lo que el tío Ansgar, que ahora era casi el más responsable hacia los desamparados, es que era empresario, cogió la furgoneta y condujo hasta el pueblo de Lindesberg para recoger el féretro de la tía Valborg, y se llevó asimismo al hijo.

Ella quería ser enterrada allí arriba.

Es la única tierra en la que me quiero sumergir, en medio de esta gran soledad, escribió, y que así sea. Podéis enterrarme en el cementerio de Bureå, preferentemente hacia la parte sur, junto al muro de piedra que construyeron Elof y Hannes Lundström de Yttervik. Pero, si allí no hay sitio, podéis echarme al mar donde puedo buscar al tío Aron, que tampoco obtuvo respuesta cuando pidió perdón al Salvador por lo que había hecho con Eeva-Lisa, y se puso a la espalda la mochila llena de patatas y en plena noche se metió en el agujero que había abierto con la pica en el hielo de la bahía de Burefjärden.

Era verano, junio, a eso de las cinco de la tarde, cuando partieron de Lindesberg. El féretro, que casi no cabía en la furgoneta, se asomaba metiéndose entre el tío Ansgar y el chico que iba sentado en el asiento del copiloto. El viaje se hizo bastante largo, pues el coche no corría mucho. Hacía calor y empezaba a notarse un olor dulce procedente de la tía. Tuvieron que abrir todas las ventanillas. En la flor de la vida había tenido rosetas en las mejillas, luego se volvió gris, y al final amarilla. Cuando aguardaba en la frontera le había dado un testimonio al tío Birger y, también, sin saberlo, al hijo de la cuñada que escuchaba oculto detrás del aparador.

En realidad, lo que le había comunicado al mozalbete, el que ahora en el año 2012 espera a la orilla del río sintiendo el aliento de Dios en el cogote, es que *estoy convencida de que sólo existe el vacío*. Eso era lo que en cierto sentido le había dicho al chico. Eso fue lo que aconteció cuando la tía Valborg se hallaba en la frontera, y la cruzó, después de haber obtenido la certeza.

Vacío y negro. No cabía esperar nada más. Eso era lo que le había susurrado al tío Birger.

Y ella lo sabía. Junto a la frontera, allí donde se hallaba.

Él lo había escuchado todo escondido detrás del aparador, a la izquierda de la puerta en el salón principal de la casa de los Verner, una habitación que nunca se usaba excepto el día de Navidad.



¡Imposible entenderlo! Pero al echar la vista atrás, o sea, cuando él mismo se encontraba a la fuga y el olor de su propio rastro le espantaba una y otra vez, el testimonio de la tía Valborg que escuchó escondido detrás del aparador del salón era lo que más a menudo afloraba a su memoria.

La tía Valborg dijo que el Salvador le había fallado, que se callaba, que nunca se había preocupado por ella. Y el tío Birger empezó a llorar pensando en los tormentos eternos que sufriría la tía Valborg. Quizá aceite hirviendo, algo que el chico, observador clandestino, podía asegurar que causaba un dolor salvaje, ya que en una ocasión lo había sufrido en su mano derecha, sí, auténticos dolores diabólicos, y además para toda la eternidad. Después, a la tía Valborg la invadió de repente un gran enfado, rayando en la maldad, y, aunque su peso se había encogido hasta el nivel de unos cuarenta y dos kilos, y se la veía muy demacrada, miró al tío Birger derecho a su oscuro ojo, a los dos ojos, y le espetó que, como ya había dicho, todo eso del Salvador Jesucristo, que eso no creía que existiera. Pero si se diera el caso de que el Salvador existiese de verdad, entonces se trataría de una persona tan malvada que ella por su parte no querría tener nada que ver con él.

¡Así, tal cual! *No conseguiréis que me arrodille.*

Y eso pese a hallarse junto al río, tan cerca que casi podía echar una mirada de curiosidad al otro lado, como antes de las bodas, cuando la novia se prepara y los chavales del pueblo echan miradas clandestinas por la ventana, pero no había visto nada allí cerca de la frontera. En toda su vida no había visto ni asomo del Salvador. Y allí en el salón —sin desviar la mirada de la enorme figura del tío Birger, coronada por su cabeza ¡con esos dos ojos llenos de lágrimas!— lo que en realidad dijo fue que *nunca conseguirá que me arrodille.* Y no se refería al tío Birger.

¡Qué coraje!

Escondido detrás del aparador pudo presenciar la inconcebible valentía de la moribunda apóstata, y nunca antes había pensado en la tía Valborg como una heroína, no, nunca. Pero en ese momento por primera vez comprendió que la apostasía era posible. A pesar de que la tía estaba amarilla. Y de que no pesaba ni la mitad que el enorme tío Birger.

El padre, el Elof, su propio padre, se convirtió durante los últimos años de su vida, y pudo así dormir tranquilo en la fe de su Salvador. Algo que se confirmaba de pleno en la necrología en el *Norran*. ¡Pero las nueve hojas arrancadas del cuaderno! Y si allí hubiera algo parecido al vertiginoso coraje de la tía Valborg cerca de la frontera, ¡y si el Padre allí hubiera descrito y redactado una apostasía!

¿Estuvo él también cerca de la negación de la fe? ¿Comprendió que en la otra orilla del río no había nada? ¿Y lo escribió en el cuaderno? ¿Como un mensaje?

¿Quizá fue él quien arrancó las nueve hojas? ¡Cerca de la frontera!, ¡a la orilla del río! ¡Al contemplar con horror los eternos tormentos, quizá se retractó! ¿No tuvo el valor?

¿O fue la devota esposa la que se echó encima de las nueve hojas con la apostasía? ¿Sosteniéndolas, con las manos desnudas, para quemarlas?

¿Y sabía él en realidad lo que había pasado con la negación de la fe por parte de la tía Valborg los últimos once meses previos a su muerte? ¿Existiría una hoja arrancada también en su cuaderno? ¿Se reencontró con el Salvador por pavor, ella también?

Le tranquiliza no saber. No obstante: existía una anotación, hecha a mano, con lápiz, con letra algo temblorosa, escrita por el Padre moribundo en el interior de la cubierta del libro de salmos.

*«Per Ola, sé cristiano.»*

No se podía ignorar. *Como un mazazo en la cabeza de la lota.*

O más bien: la tapa del ataúd cayó y se cerró, y nunca sería libre, nunca como la tía Valborg, y así, lastrado con sus expectativas, entraría en la vida eterna como si llevara a la espalda una mochila llena de patatas, y en la mano una pica, igual que el tío Aron, aquella noche en el hielo de la bahía de Burefjärden cuando abrió un agujero y se arrojó dentro, el otro héroe de su infancia, junto a la tía Valborg.

Un viernes de septiembre de 2011, una reunión de veinticinco minutos con el grupo de amigos moribundos a la orilla del río.

Un ambiente raro. Todos se muestran recelosos con él. ¿No parecen los amigos extrañamente vitales? ¿Hay algo que no ha entendido bien?

¿La muerte se ha aplazado?

Nada de ojos acuosos, sólo frialdad, ¡¡¡todo aplazado!!! Ninguno de ellos *había entendido sus lamentos*.

¿Estaba en realidad solo, completamente solo, a la orilla del río?

Espera.

Dentro de poco llegará el silencio total.

La tía Valborg lo había cuidado tras la muerte del Padre. Dos sirvientas bíblicas se habían ocupado del niño cuando era pequeño, una era la tía Vilma, a la que le intercambiaron el hijo, la otra, la tía Valborg, la corajuda.

¿Debía incluir también a Eeva-Lisa? ¿Podía dejar la marca de las dos o tres sirvientas bíblicas en las nueve hojas arrancadas?

Coge el violín sin tocar de la pared y levanta el viejo arco y lo sostiene a un pie aproximadamente del puente. La revisión del discurso solemne de la Casa Parroquial se detiene.

Puente. ¿Se llama puente?

Espera. Espera.

## La parábola de la mujer en el suelo de pino sin nudos

Ella, la ineludible, se acercaba.

Tenía una noción, aunque borrosa, de ese espacio más íntimo en el que se hallaba la mujer, la primera. Le recordaba a su visión del segundo advenimiento de Jesucristo, aunque no como una pesadilla; ésa en la que el Salvador se llevaría a la mitad de la muchedumbre al cielo, pero dejaría al resto viviendo en pecado hasta el día del juicio final.

De alguna manera en perfección secreta; pues allí se hallaba la mujer. Así lo concebía.

Ese espacio más íntimo, el prohibido acceso a lo fantástico, se había acercado furtivamente, para luego crecer desbordando todos los límites, como las fantasías sobre la señora de la oficina de Correos en Brattby. Ese espacio íntimo era el refugio secreto de los pecadores, a modo de trinchera en el bosque, aunque de un color rojo cálido. Las imágenes de lo secreto se enmarañaban, y quizá debía ser así. El espacio íntimo también palpitaba, y tenía una puerta, y quizá la puerta se abriría de par en par, y entonces...

Hace mucho tiempo. Confunde las cosas. ¿Se acuerda realmente de cómo empezó?

Además, había prometido no hablar nunca de aquello.

De repente lagunas en su cabeza, como si algo estuviese a punto de suceder, el pecado ya no lo lastraba con ese saco de patatas a su espalda, ¡era libre!

Se parecía a viajar atravesando las nubes, y de pronto se abría una grieta, veía formaciones que no reconocía, después volvía a entrar en otra nube. ¿Igual que aquella vez cuando estaba a bordo de ese Cessna, tras haber despegado en Roskilde, y el avión de repente empezó a perder altura, brusca

e incontroladamente, para acabar rectificando el rumbo a unos veinte metros de tierra y, mientras caían, sintió una inmensa euforia por hallarse tan cerca de la muerte?, ¡esa risa de felicidad! (su amigo el piloto se había girado para mirarlo con gesto de rabia o de marcada desconfianza); y luego nuevas formaciones, aberturas.

¿Era eso lo que se entendía por la examinación revisada y corregida?

Uno era libre, la cabeza vacía, como arrasada por un incendio en la pradera, y todo tornaba, aunque sólo casi idéntico, merecedor de ser examinado de nuevo, ¿cual un antiguo amor que regresa convertido en un completo extraño? Apopléjico, sonriendo, todo borrado.

¿Fue amor?, ¿lo fue?, ¿lo tuvimos?, ¿me reconoces?, como un apretón de manos amistoso e inquisitivo, ¿sí?

Casi se le había olvidado cómo fue pasar la época más difícil. Se había despertado a las 5.45 en Copenhague en mayo de 1989, el sueño, pesado y etílico, se resistía a soltarlo, se pasó el dedo por la hinchada piel de su rostro: aparentemente seguía vivo.

Había vuelto a sentir el aliento jadeante de Dios en el cogote.

Se levantó. Fuera, sobre el lago Sortedam, flotaba todavía una extraña niebla; la oscuridad iba remitiendo, pero persistía una especie de capa gris suspendida en el aire, planeando a unos cinco metros de la superficie del agua absolutamente limpia y tranquila, como el mercurio. Los pájaros dormían, refugiados en sí mismos y en sus sueños. ¿Podían los pájaros soñar? No lograba divisar la otra orilla. Sólo una inmóvil superficie acuosa, como si se encontrara a orillas de un mar.

Una última frontera. ¿En la orilla del río? No se lo merecía. Había desperdiciado su talento. Y los pájaros, refugiados en sus sueños.

De repente un movimiento; un pájaro que levantaba el vuelo. No oía nada, sólo veía cómo batía las puntas de las alas contra la superficie del agua, se liberaba: despegaba y ascendía en diagonal. Ocurría de manera tan leve, tan ingrávida... Veía cómo despegaba y alzaba el vuelo hacia el techo gris de la bruma matinal y desaparecía.

Y no había oído ni un solo ruido.

Justo así, igual de leve e ingrávida, podría haber sido la muerte del Padre, cuando abandonó a la que vigilaba. Entrando en silencio en la niebla de un gris gélido. Completamente quieto. Sin tristeza por todo lo que había podido hacer. Quizá escribir. Ahora sólo unas hojas arrancadas de un cuaderno. Y él, por su parte, allí estaba tumbado en mayo de 1989, en el seno de la oscuridad más profunda, a la espera de su turno en el campo de Dios, escuchando apagarse poco a poco el ruido del aliento de Dios en la nuca.

Hecho un ovillo bajo la piel de oveja de su abuela.

Logró recordar, durante algún que otro minuto, mientras salía del sueño etílico, algo relacionado con la piel de oveja de su abuela. ¿Fue justo antes de la mujer de la granja de los Larsson? Y acto seguido el sueño se esfumaba, y sólo quedaba el habitual terror ante la parábola del talento desperdiciado para siempre.

¿Qué había existido antes? Debía de haber vivido una vida anterior. ¡Eso es lo normal, se supone, lo de tener una vida anterior! ¿Al menos en algún momento debía de haber tenido seis años y *haber recorrido descalzo los prados?*

¿Zumbido de abejorros? ¿Libélulas? ¿Un zorro cruzado? ¿que cuenta la última parábola? Y él se había sentado en las rodillas del abuelo P. W. y a sus espaldas el padre Elof, muerto pero aun así *junto a ellos y presente*. Envolviéndolos con los brazos como si fueran las alas de un ángel, y dentro del cercado que había detrás del retrete estaba el zorro sentado, sonriente y tranquilo.

Y entonces, a petición general, el zorro cruzado tomó la palabra y contó la parábola de la mujer en el suelo de pino sin nudos.

Había un camino peatonal entre la casa y el lago Sortedam, en Copenhague, un sendero de arena.

Había examinado los granos de arena, en ese sendero, desde la ventana, todos los días durante diez años.

La ventana constituía el punto desde el que, año tras año, había contemplado el relato sobre la muerte y el deseo. ¡Pero ya no contaba los granos de arena con la misma alegría! ¡Es que eso era la representación de la

eternidad! ¡y el infierno! ¡contar los granos de arena! Además, el sendero de arena se veía siempre igual, una semana tras otra. Y un siglo tras otro. Por él había paseado Kierkegaard todos los días el año 1848, desde que *lo invadió el terror ante el amor* y dejó a su novia Regine.

Kierkegaard no supo sobreponerse lo suficiente, sino que la fiebre ante el amor lo atrapó. ¡Si sólo hubiera podido confirmarse en la iglesia de Bureå! ¡Y aprender la contrición!

Regine fue la primera y última mujer de su vida. Le aterraba aquello tan difícil de digerir del *Amor*: ¡no ser nunca capaz de entenderlo!, ¡que fuera algo tan radical!, ¡que quizá incluso el amor llegara a apresarlo! La palabra Amor era algo tan *irrefutable*... Y decidió volverse *raro y repulsivo* hasta el punto de convertirse en alguien insoportable. ¡No lavarse jamás! ¡Oler mal! y llevar ropa andrajosa, ¿quizá estar siempre borracho? Era una escapatoria, ¡una escapatoria!

Transformarse en un monstruo. Para que Regine quedara felizmente liberada del peculiar amor que sentía por él. Y alabase al Salvador Jesucristo por haberse podido quitar de encima al tal Søren Kierkegaard.

Así, cuando la dejara, él se libraría del sentimiento de culpa.

Seguramente era la culpa lo que era lo irrefutable. ¿Y si él se transformara en un pseudónimo de carácter monstruoso, no se volvería la culpa soportable entonces?

Pero no sucedió así, no.

Allí delante, en Sortedam Dossering, 25, hacía ciento cincuenta años, Søren Kierkegaard tiraba a duras penas tras la ruptura con Regine, avanzaba trastabillando y con piernas temblorosas.

Regine sabía por dónde acostumbraba a pasear. Y salía a su encuentro. Y se cruzaron, cuarenta y siete veces en dieciocho meses, anotó Kierkegaard. Y en cada ocasión, Regine giraba levemente la cabeza hacia él, y él hacia ella, y luego le mostraba una pequeña sonrisa; y él ya sabía que estaba casada, y que no debería encontrarse con su antiguo novio que la había traicionado, ¡con tanta crueldad! ¡todo Copenhague estaba al tanto! Y que

nunca podrían intercambiar ni una sola palabra. Pero ¿acaso ella no lo había marcado como se marca a un animal con hierro candente? *¡Eso fue lo que le pasó a Søren Kierkegaard con la primera mujer!*

¡Regine! *¡Hierro candente!*

Andaban despacio, por el sendero de arena, y sus caminos se cruzaban, y luego el rápido giro de cabeza, y quizá una sonrisa, y los dos sabían que eso era lo prohibido. Resultaba enormemente excitante. Suponía rozar la frontera de aquella zona en la que la culpa y el deseo se entrelazaban. Después se alejaban el uno del otro, y Regine sentía persistir en su bajo vientre esa excitación prohibida, consciente de que lo había marcado con fuego. Y regresaba a casa, al marido que no sospechaba nada, y el calor palpitante permanecía *entre sus castas piernas*, y Søren sabía que era así, y que ella sabía que él lo sabía, y él escribiría sobre eso, ¡aunque de forma oculta, de forma oculta!

El coito perfecto, el olor a carne quemada. Y cada día anotaba y repetía sus palabras, atrapado él también por el atrapamoscas de la imaginación, siempre lo mismo, nunca lograba avanzar. El atrapamoscas estaba lleno de los gritos y susurros de las palabras moribundas. Cada palabra poseía dos alas, las dos impotentes; las palabras morían pegadas la una a la otra, así eran las palabras de amor, moscas moribundas pegadas unas a otras, y llegó el otoño y el invierno y al final el rebosante atrapamoscas colgaba quieto, ya no se oían los silbantes gritos de socorro; él había quedado atrapado en su silencio y en el de las moscas. El amor de Regine, mudo, al igual que el de Søren.

Se sobrepone. Un día Regine ha de detenerse ante él y decirle:

—Pero debes prometerme una cosa. No contarle nunca esto a nadie. A nadie, nunca jamás.

Y él respondería:

—Lo prometo.

—¿Seguro? —diría ella entonces.

—Seguro.

Pero quizá escribirlo un día. Lo prohibido era, en cierto sentido, lo único que debía escribirse. Las moscas pegadas vuelven sus agonizantes ojos hacia él, y susurran: ¿era eso el amor? ¿Nunca vamos a poder desprendernos de él?



Se habían reunido en el jardín delante de la granja de los Larsson, al sol, el mes de mayo de 2011. Los primos y los hijos de los primos y él y su hijo Mats. Ellos dos habían llegado en el avión de las nueve.

Una extraña sensación de inocencia flotaba en el ambiente.

Sólo había dos casas cerca del lago Bursjön: Gammelstället, la de su familia, donde la abuela Johanna había gobernado, y la de los Larsson. Estaban en el lindero del bosque, con un prado más abajo, cerca de Bursjön. Cuando vio el lago, la imagen real coincidía con la representación que había creado al escribir sobre él.

Atemorizaba un poco.

Lo que escribía se convertía en una pantalla de proyección que ocultaba, o posibilitaba decir la verdad.

Se pronunciaba «Bujön», el lago donde una noche de agosto el Hombre del barco apareció para llevarse a Håkan, como si aquel forastero que se acercaba remando al anochecer fuera el *Holandés Errante*. El que vino para llevarse a Håkan; cosa que tuvo como consecuencia que él, por su parte, nunca admitiera que Håkan había muerto. Que *Håkan simplemente murió allí en lo más profundo del lago*.

Como el tío Aron; pero basta ya de eso.

Y él enfermó ese verano, de preocupación, o quizá de angustia, cuando todos sin razón ni fundamento alguno creían que Håkan se había ahogado por su culpa.

Sea como sea: ambiente de inocencia en el jardín delante de la casa de los Larsson.

Puede que fuera culpabilidad.

Había algo inquietante con Gammelstället y la condición de *granjeros prósperos de Västerbotten* de la familia, en relación con la *pequeña* casa de los Larsson: o sea, por un lado, una granja grande a la que se insistía en llamar Gammelstället, por otro, una modesta, bastante anodina y desvencijada, en la que los Larsson habían vivido.

Situada a unos ciento veinte metros, hacia el norte.

No es que los Larsson tuvieran nada de malo, pero los niños de esa granja se mostraban tímidos y reacios a jugar con los de Gammelstället, que eran propietarios de seis vacas y dos caballos, *Tindra* y *Stella*; ahora bien, ¿no sería correcto llamar al tío John granjero próspero! ¡Aunque, por otra parte, tener seis vacas tampoco era muy habitual!, cosa que había que reconocer, con mucho respeto, y *sólo Dios sabe de qué vivían los Larsson*; sin embargo, sesenta años más tarde, a uno de los nietos de los Larsson le dio por escribir novelas de misterio, tres en total, justo antes de morir, y al parecer se vendieron muy bien, por medio mundo, ¡no, por todo el mundo! Pero en la época en la que él mismo era niño y pasaba los veranos en Gammelstället no había podido jugar mucho con *el padre del que luego en los años noventa empezó a escribir libros, aunque, bueno, sólo fueran de crímenes y misterio*. El padre que por lo que recordaba se llamaba Erland.

Había algo delicado en el tema de si Gammelstället estaba ocupado por un *granjero próspero* o no. Pero la palabra no era correcta. Se había empleado una denominación errónea. ¡Uno no era, de ninguna manera, superior, sólo porque el tío John tuviera dos caballos! Se trataba más que nada de una sensación; además, la abuela Johanna era bastante estricta, aunque nunca con él. Pero eso de mantenerse apartados...

Quizá eran los Larsson los que se apartaban de los demás. Le hacía pensar a uno, desde luego.

A menudo uno podía sentir culpa nada más que por unas cuantas obviedades, o sea, más bien una culpa bíblica. En el fondo, técnicamente era razonable menospreciar la casa de los Larsson puesto que era muy pequeña. O sea, *medida en superficie de suelo*. Que los de Gammelstället —duros trabajadores— no se relacionaran no resultaba, por otra parte, nada extraño, ni constituía motivo de lástima. ¡Pero *el hijo de ese compañero de juegos* en la casa de los Larsson! Sus tres libros se vendieron bien. Por todo el mundo. Todavía, en el año 2011, aunque él *ya había ascendido a los cielos*.

Aunque no quedaba claro si había sido creyente o no.

No obstante, la gente seguía comprando sus tres libros, eso era lo extraño, pero quizá nada sobre lo que hacer un mundo, al no tratarse más que de libros sobre crímenes.

Y luego la familia Larsson se mudó, y el tío John compró la granja por cuatro mil coronas, porque, si no, podrían haberla ocupado los quinquis. La casa, pues, quedó bajo la *égida* de Gammelstället, por decirlo de alguna manera.

Pero un poco peculiar sí que resultaba eso de las dos casas aisladas en el lindero del bosque cerca del lago Bursjön, y los dos niños que se hicieron escritores.

¿Algo contagioso?

Ahora era mayo de 2011 y hora de tomar café y tarta con los primos; tras el fallecimiento de Ivan habían sido sobre todo Mona, y su hija Kristina, quienes se habían ocupado de renovar la granja de los Larsson. Y la habían dejado muy bonita.

Se había convertido en una especie de casa de verano para Gammelstället.

Realmente había quedado muy bonita.

De verdad.

Pero ¿qué *juicio* era el que debía repetirse? ¿¿Qué era aquello que flotaba en el ambiente, sobre todo para él, esa calurosa tarde estival mientras tomaban tarta en el jardín delante de la casa??

¿Por qué volvía a sentir culpabilidad, o más bien inquietud, ahora que esa otra familia que habitaba la granja de los Larsson se había ido, y la suya se había *hecho cargo* de la casa? ¡No había nada raro en ello, en absoluto!, ¡¡¡pero todos esos recuerdos!!!, aunque nadie hablaba de lo que había ocurrido aquella noche en la balsa de troncos con Håkan, ni de lo del *Holandés Errante*; y ahora al cabo de sesenta años el sol brillaba sobre el lago, y si Maya hubiese estado seguramente habría dividido a todos en un coro de tres voces, y él habría cantado la segunda voz en *Plácido descansa el lago*.

De repente se dio cuenta de lo que pasaba. No eran los Larsson.

Era la mujer de Estocolmo. O sea, la que había alquilado la casa.

Debía de haber sido en torno a la una del mediodía el segundo domingo de julio de 1949, poco después de que acabara la misa en la radio, que había escuchado, una hora de quietud mientras el milagro de la redención sonaba en el aparato.

Después fue libre de hacer lo que se le antojara.

La abuela Johanna y él habían escuchado, juntos, él sobre todo porque quería hacerle compañía, porque le parecía que era *como muy acogedor* estar con ella cuando escuchaban la palabra de Dios. Por lo demás, había bastante vacío delante del aparato radiofónico mientras emitía la palabra de Dios en Gammelstället, ya que nadie más aparte de su abuela, y en alguna medida él mismo, era muy creyente. Ella más. Luego él, dado el calor que hacía, se encaminó al lago para bañarse, y atajó por el pasto delante de la casa de los Larsson.

Los Larsson, durante su *época de propiedad* de la finca, antes de la venta, no habían tenido ni una sola vaca, de modo que, en algún sentido, era una equivocación decir pasto. No debería llamarse ni media pastura. Para que quede claro.

Entonces la divisó.

Sucedió, por tanto, después de que el tío John le comprara la casa a los Larsson. Y una mujer de Estocolmo la arrendó. Durante un mes.

Después, al recordarlo todo, era como si la palabra *libre* se le hubiera aparecido cuando, desde el este, si se tiene en cuenta que la casa de los Larsson se sitúa en una línea de norte a sur, se acercaba a ella. Era como si estuviera tumbada *de forma libre* en una manta en el césped leyendo mientras tomaba el sol.

Había algo desinhibido en ella que hizo que él no se disculpara de inmediato, ¡como manda la costumbre!, para, con la cara vuelta, encaminarse más al suroeste a fin de no molestarla. Quizá mientras pronunciaba unas amables palabras de disculpa. Pero con una pequeña y natural sonrisa ella se giró hacia él, tumbada boca abajo y con el sujetador desabrochado, aparte de éste sólo llevaba unas bragas amarillas, y, con unas sencillas palabras, rebajó la tensión tras la entrada inesperada o, al menos, imprevista.

—Ah, pero si eres tú —dijo sin más.

—Sí —respondió con igual sencillez.

¿Fue así como empezó todo? Han pasado muchos años. ¿Cambiaría aquello su vida?

Es que han pasado muchos años. No era la primera vez que hablaba con esa mujer.

Habían intercambiado algunas palabras de vez en cuando, más bien preguntas y respuestas quizá, y ahora cuando ella volvió su cuerpo hacia la izquierda, en su dirección, para decirle *Ah, pero si eres tú* y él respondió *Sí*, pudo ver de costado, con total claridad, el izquierdo de sus pechos desnudos. Ralentizó su marcha hasta que, al final, se quedó como paralizado, aunque seguro de que no se reflejaba en su semblante. Y dijo algo (así, con el tiempo, no es capaz de atestiguar con certeza cómo le salieron las palabras, pero comentó algo acerca del calor que hacía, y que iba camino del lago a bañarse), y entonces ella tranquilamente apartó el libro, y él vio de inmediato que la novela que estaba leyendo era *La gente de montaña*, de Bernhard Nordh.

Si es que lo había visto bien. Lo que pronto pudo confirmarse gracias a su pregunta y la consiguiente respuesta por parte de ella.

Ella dijo ser de Estocolmo, concretamente de Södertälje, un barrio a las afueras de Estocolmo, explicó, pero él ya había estado una vez en la ciudad de Södertälje cuando su madre había asistido allí a una reunión estival de la Asociación Misionera de las Maestras, y sabía que se trataba de una ciudad, *por derecho propio*, pero no quiso decírselo, porque *el ambiente estaba tan bendecido* que no quería arruinarlo.

Ella tenía el pelo castaño, y unos ojos en los que se había fijado ya desde el primer momento, y no quedaba muy claro por qué pasaba el verano allí sola en la casa de los Larsson, pero quizá acabara de divorciarse.

Él sabía que la había mirado antes.

Estaba bastante rellenita y era bonita, sin que pudiera considerarse una exageración. Resultaba muy difícil determinar su edad, quizá en torno a los cincuenta, pensó, ¡pero se conservaba muy bien!, ¡de verdad!, aunque es cierto que cualquier intento de determinar la edad de alguien siempre es difícil.

Era bastante bonita y hablaba fino. O sea, no con el habla de Skellefteå.

*Hablar fino* era como se llamaba al sueco, o sea, no al dialecto. Ella hablaba fino por razones naturales, ya que era, por decirlo de alguna manera, extranjera, o sea, del sur: su acento sonaba bastante suave y redondo, y él se la había quedado mirando algunas veces con curiosidad. Aunque no mucha. Pero ocurre con ciertas mujeres, se decía a sí mismo, que hay algo *irradiante* que no se puede determinar ni fijar en la lengua, aunque esas mujeres, evidentemente, son muy guapas. Durante un instante visualizó la imagen de la señora de la oficina de Correos de Brattby, la mujer de la calle Vännäsvägen, 12, pero fue una visión muy breve, más parecida a un recuerdo. Porque cuando ella levantó el tronco y *él pudo ver uno de sus pechos* le recorrió por todo el cuerpo como una descarga, como el bastonazo que te llevas cuando te quedas dormido en misa, y se sintió paralizado, pero, no obstante, con una sensación de *nadar en bienaventuranza*, o algo así.

Lo de las palabras era difícil.

El hecho de que casi le diera un patatús al ver el pecho izquierdo hizo que todas las denominaciones le parecieran torpes, o sea, las palabras cogidas de los idiomas aprendidos, los normales, como el bíblico, o el *habla fina*, o sea, no el habla campesina, ese dialecto al que te obligaban a renunciar en el colegio, excepto en los recreos cuando nadie te oía; y que se recuperó en cuanto aquellos mandamientos lingüísticos desaparecieron.

¡Pero eso de que volviera su cuerpo hacia él! ¡*con semejante naturalidad!*

Además, ocurrió así de repente, por lo que las palabras bonitas en su cabeza adquirieron en cierto sentido el carácter de las palabras del salmista del libro de los Proverbios, ¿o era el Cantar de los Cantares?, sin que pudiera hacer nada para impedirlo.

*Bienaventuranza*, por tanto, fue lo que pensó.

Dado que era bastante tímido, hasta ese momento (exceptuando a la prima segunda de Istermyrliden, episodio ya confesado) sólo había tocado el pecho femenino en una ocasión, el de Gerd Fahlman de Yttervik, el derecho. Entonces, esa Gerd Fahlman se había detenido en seco, como alcanzada por un rayo, y él se había preguntado por qué. Pero ya basta.

¿Qué estás leyendo?, preguntó, aunque lo había visto. ¡Bernhard Nordh! respondió ella sin más, mirándolo *de forma libre*. ¡He leído *En la sombra del monte de Marsfjäll!*, dijo él, pero ése no, añadió mientras señalaba el libro con la mano derecha, y entonces ella con un movimiento ágil y natural se acomodó el sujetador, aunque sin abrochárselo por detrás.

Era increíble que ella, que seguramente había cumplido los cincuenta, tuviera unos pechos tan redondos y bien formados, al menos a su juicio, basado en su única referencia, Gerd Fahlman de Yttervik, cuyo pecho derecho sin embargo no había podido tocar más que desde fuera, o sea, por encima de la blusa. Pero ahora éstos estaban desnudos.

Luego se pasaron un cuarto de hora hablando de Bernhard Nordh.

Ella se mostraba muy espontánea y dijo algunas cosas muy buenas sobre Bernhard Nordh, y él le preguntó lo que hacía, o sea, en invierno. Al principio, se quedó como callada y se rio por lo bajini, y contestó que trabajaba de ayudante de un médico, más bien de asesora, explicó; aconsejaba a los que necesitaban *asistencia*, pero también tenía formación en contabilidad, ¿no era eso muy poco habitual?, inquirió él. Pero ella no quiso precisar más lo que hacía, sino que pasó a hacerle preguntas a él. *Cuánto mides*, empezó, y él se lo dijo, *¡pareces estar en buena forma!*, *¡aunque eres de constitución bastante larguirucha!* Larguirucha, repitió él, bueno, no sé, *pero estás en muy buena forma, eso se ve, tienes un cuerpo muy atlético, eso está claro*, a lo que no supo qué responder.

Mientras hablaban de la obra de Bernhard Nordh, con toda tranquilidad él se había sentado junto a la manta, pero no encima. Lo hizo a petición suya. Lo invitó a sentarse mientras entre risitas le preguntó lo de la estatura y el peso y le dijo eso de que era *larguirucho*, y que aun así parecía en buena forma, y le preguntó cuántos años tenía. Había reconocido que quince, y ella calló unos segundos antes de decir que tenía cincuenta y uno.

Y eso fue como otra señal de su *naturalidad*, y se habían echado a reír al unísono.

¿Cómo te llamas?, quiso saber él tras un silencio bastante largo y casi incómodo. Y ella respondió: Ellen. Luego ella le preguntó, o sea, después de la ilustrativa conversación sobre Bernhard Nordh, si tenía novia; él lo negó con insistencia. ¿No hay ninguna chica que te tenga enamorado?, añadió ella,

y él negó con la cabeza. *¿Nunca la ha habido?*, dijo ella a continuación. Y él, al cabo de un instante de silencio, confirmó eso también. Nunca la había habido.

—Nunca la ha habido —repitió ella en voz tan baja que casi era un susurro; pero él, gracias al silencio natural del campo que los rodeaba, únicamente interrumpido por algún que otro sonido de pájaro, *canto de pájaro* quizá podría llamarse, oyó lo que había dicho. Nunca la ha habido.

Pero, como no era ninguna pregunta, no dijo nada.

—¿Y cuándo cumpléis los dieciséis? —preguntó.

—En septiembre —respondió tras un momento de duda.

Luego los silencios entre las preguntas y las respuestas se alargaron, cosa que en parte se debía a que ella lo había estado mirando con tanta naturalidad, hablándole entre esos labios suyos en un tono como si en cierta medida se hubiese sentido triste o desconcertada. Durante unos segundos él consideró retomar la conversación sobre la obra literaria de Bernhard Nordh; pero como ella, debido al intenso calor procedente del sol vespertino, había dejado caer el sujetador al suelo, esa audacia, o tristeza, junto con las altas temperaturas, lo turbaron, y puesto que no era capaz de dejar que sus ojos se desviarán de los pechos ahora completamente desnudos, ya no sabía qué hacer ni decir.

—Hace mucho calor —dijo ella tras un largo silencio—. ¿Quieres tomar un poco de gaseosa dentro de casa?

—¿Tienes gaseosa dentro? —preguntó él.

—Sí —contestó ella.

Hacía mucho calor en el jardín delante de la casa de los Larsson justo aquel día de julio de 1949. Sin duda sería posible demostrarlo.

Él podía sentir con total nitidez el calor. Allí dentro ella tenía, en efecto, una botella de gaseosa que le estaba ofreciendo. Preso de su desconcierto, aprovechó la ocasión para contarle que en los partidos del primer equipo de fútbol de Bureå se entregaba una gaseosa a todos los jugadores en el descanso, mientras que en el segundo equipo, donde él jugaba ahora, había que compartir una entre dos jugadores, y que existía esa costumbre desde



hacía muchos años, incluso muchos antes de que él empezara a jugar. Informó de que era portero, pero, en cualquier caso, le gustaba mucho la gaseosa, y que en el equipo júnior, donde también jugaba de portero, se compartía una botella en el descanso, algo que ya veían como si fuera natural, y que él...

—¿Quieres una gaseosa o no? —le interrumpió ella casi con vehemencia o reproche.

Él sopesó la pregunta.

—Quiero una gaseosa —respondió al final.

—Muy bien —dijo ella.

Entraron en la casa de los Larsson. Ella iba delante, y él no cerró la puerta.

—Cierra —pidió ella—. No dejes que se meta el calor.

Él cerró, pero sin decir nada.

El cubo del agua estaba al lado de la cocina económica.

Ella se acercó primero al cubo y al beber del cucharón el agua casi le corría por los senos, por el izquierdo al menos, luego se dirigió a la despensa y buscó durante un rato hasta dar con la gaseosa abajo del todo, al fondo a la izquierda; sin duda debía de tener toda la comida de primera necesidad en la despensa, sobre todo patatas, no cocinaba más que para ella ya que vivía sola, pero efectivamente tenía una botella de gaseosa, aunque no había sido fácil encontrarla, al fondo, a la izquierda.

—Casi habías perdido la esperanza, ¿verdad? —dijo ella y se sentó a su lado en el sofá de madera.

—No, una promesa es una promesa.

—¿El qué? —replicó ella.

—Que tenías una gaseosa para mí —respondió él.

Ella le preguntó cómo era que sabía tanto de Bernhard Nordh, y él, en pocas palabras, se lo explicó, y ella seguía sin llevar más que los pantalones cortos y el sujetador desabrochado, por el calor. Lo miraba todo el tiempo con esa pequeña y bonita sonrisa, o quizá sólo se trataba de melancolía, y él

empezó a reflexionar sobre por qué ella que hacía tan sólo un momento se había mostrado tan alegre ahora parecía apesadumbrada, pero aun así amable, y justo entonces, o quizá algún que otro minuto después, ella preguntó:

—¿Te ha gustado la gaseosa?

—Sí —dijo—, mejor que la que te dan en el vestuario, aunque no tan fría.

Reflexionó un rato sobre lo que acababa de decir, le había sonado un poco raro, debido a la ligera tensión que se respiraba, o porque se sentía un poco rígido, quizá debería explicarse, pero en ese mismo instante ella intervino con una pregunta y luego se le olvidó.

—¿Te puede hacer una pregunta? Aunque no hace falta que respondas si no quieres.

Ella, como si hubiese tomado carrerilla tras dudarle mucho, y ahora que eso de la gaseosa ya se había resuelto, le preguntó si alguna vez había estado con una mujer, o sea, si se había acostado a su lado para mantener relaciones con ella, a lo que él respondió negativamente. ¿Nunca? Que no, ¿estás loca?, respondió él con una pequeña sonrisa, pero sin sentir ni una pizca de vergüenza, pues ella lo había preguntado con mucha prudencia. Y entonces, justo en ese momento, ella dijo *pues estamos casi igual*, porque hace más de siete años que yo tampoco y una casi olvida cómo era. *No me digas*, respondió él, bueno, *yo no lo sé, claro, porque no tengo con qué compararlo*, pero ella lo animó riéndose y dijo que *yo que tú, siendo tan alto y bien entrenado, con ese cuerpo de atleta que tienes, no me preocuparía, todo llegará*. Pero no sabrás cómo se hace, añadió. ¿No tendrás problemas con el prepucio?

—¿El prepucio?

—Sí, ¿sabes lo que es?

—Sí.

—¿Y no tienes problemas?

—¿Qué problemas? —replicó perplejo.

Ella le explicó que en su trabajo en el campo de la medicina, como experta contable en el Departamento de Contabilidad del hospital de Södertälje, y como asesora y ayudante, había oído hablar de hombres jóvenes

que tenían problemas para echar hacia atrás el prepucio, especialmente en caso de erección, aunque era una cosa muy sencilla de solucionar si se quería.

—No —dijo—. No en la actualidad. Aunque nunca se sabe, claro.

—Antes de ponerlo a prueba, claro —añadió pensativa—. De ponerlo a prueba durante el propio acto.

Se instaló un silencio muy extraño, y ella se levantó y se acercó al cubo de agua, cogió el cucharón y bebió. Después se encaminó a la ventana y miró las moscas para a continuación volver una vez más al cubo de agua, donde cogió de nuevo el cucharón, pero lo dejó enseguida en su sitio sin beber nada. Acto seguido atravesó la habitación y se detuvo delante de él y levantó la vista contemplándolo con gran desconcierto o casi a punto de llorar, como si estuviese desesperada. Y luego fue como si casi se sobrepusiera, y dijo:

—Levántate y seré tu asesora.

—Asesora —repitió él casi sin voz, pues el calor parecía haber acabado con ella—. ¿Vas a ser mi asesora?

—¿No quieres saber qué es? —preguntó tras una pausa muy larga durante la que sólo se oyeron las moscas contra el cristal de la ventana, ni siquiera los pájaros—. Es un benefactor. ¿Quieres?

Quizá no pasó más que un segundo. ¿O quizá fue un minuto? Ya no lo recuerda. Han pasado tantos años.

—Vale —asintió.

Y se puso de pie.

Con mucha suavidad y casi con humildad, ella dijo que quería ver, y le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones, y sólo al cabo de unos momentos, durante los que él apenas se atrevió a respirar, con una sonrisa tierna a la vez que tranquilizadora, le tocó el miembro y dijo que eso, lo de sentir dolor al echar hacia atrás el prepucio, que era normal, pero que quizá no fuera así para él, *a pesar de que no había estado con una mujer* y eso.

Ella murmuró algo que él no llegó a entender, y mucho más tarde, sesenta años más tarde, cuando se hallaba a la orilla del río y *quería recordarlo*, quería recordarlo casi con desesperación, no fue capaz de

rememorar lo que se dijo; pero ella le había tocado el pene con suavidad, sólo con las puntas de los dedos.

Las palabras del salmista iban y venían; ¿no era algo sobre la *bienaventuranza*? Aquello le aturdió por completo, pero aún más las puntas de los dedos. Es que en el pueblo había un ejemplo histórico, la hija mayor de los Burman que mantuvo relaciones carnales (fue con Stefan) y cayó en desgracia, ¡y eso fue un incomprensible castigo del cielo precisamente porque ella ya había sido redimida! En el pueblo se hablaba a menudo de *caer en desgracia* y de *pecar*, aunque más que nada en murmullos.

Ella lo tocaba con las puntas de los dedos.

Ocurrió el año después de que la tía Valborg regresara a casa para anunciarles que iba a morir, de cáncer, pero luego en el salón, mirándole derecho en los ojos a Birger, tuvo la osadía de decirle que, como el Salvador no se había preocupado por ella cuando había estado en apuros, ella tampoco iba a hacerle caso al Salvador, *¡increíble que se atreviera!* Aquello era algo que, por lo perturbador que le resultó el testimonio de la tía, caía ahora como un relámpago en la cocina de la casa de los Larsson. ¡Un relámpago! Esa audaz demostración de su postura, realizada ante Birger y el Salvador y, en cierta medida, ante él mismo, escondido detrás del aparador, gracias a su gran coraje, había activado algo en su interior: *¡que había cosas que eran posibles!* Pero cuando el Jueves Santo, unos seis meses después, se negó a acompañar a la Madre a la sagrada eucaristía del Señor, y la Madre tuvo que partir sola, entre lágrimas, ¡tardó poco en capitular ante la angustia del pecado! Tras, quizá, unos cuarenta minutos de reflexión y de angustia religiosa *se rindió*. Y cogió su bici, era de la marca Rex —la Madre tenía una Monark con neumáticos de globo—, y la noche del Jueves Santo recorrió los siete kilómetros hasta la iglesia en un tiempo récord, diecinueve minutos y treinta y cinco segundos, estableciendo así una nueva marca personal.

Y así se unió al rebaño de los redimidos. Aunque en secreto dudaba.

En esa ocasión, pese a todo, era como si por un lado *hubiese capitulado ante la fuerza de la conciencia del pecado* —¡pues comulgó!, ¡la bondad venció en su interior!, ¡seguía redimido!, ¡y los ojos de la Madre se llenaron

de lágrimas de alivio! ¡y entonaron al unísono el salmo *Ay, la cabeza herida de sangre!*—, pero *por otro* como si ya casi hubiese empezado a posicionarse del lado de la tía Valborg y a decir que *¡nones!, ¡nones!*

La lucha por la libertad había que perderla una y otra vez, pero sin abandonarla jamás, entendió.

Reinaba un silencio absoluto en la cocina de la casa de los Larsson, aparte de las moscas.

—¿Realmente nunca has estado con nadie de tu edad? —le susurró ella.

Él lo negó. Los dos se hallaban de pie, y ella le pidió que se quitara la camisa, *creo que es mejor porque noto que estás casi temblando*, susurró, ¿te ayudo?

Sí, dijo él.

Ella actuaba con mucho cuidado y en silencio y su mano, era la derecha, se movía muy suavemente por el miembro, sobre todo con las puntas de los dedos, y ella pudo constatar, con bastante objetividad, que él no tenía ningún tipo de problema con el prepucio, se podía echar hacia atrás incluso estando erecto. Se la veía muy *concentrada* en lo del prepucio, pero es que era algo natural, concluyó él tras haberlo pensado con detenimiento, teniendo en cuenta que en el invierno trabajaba de asesora en el hospital, aunque sobre todo en el Departamento de Contabilidad, y por lo demás a punto estuvo de marearse mientras ella seguía tocándole el miembro, que ahora se había endurecido notablemente. Y cuando le quitó la camisa de los domingos, casi se desmaya.

—Creo que es mejor que yo también me desnude —comentó ella.

—¿Por qué? —preguntó él casi alterado.

—Bueno, así es como más igual —respondió.

—Claro, tienes razón —dijo él.

Durante unos segundos, *le pasó por la mente* algo sobre la hija mayor de los Burman, la que cayó en desgracia tras pecar y mantener relaciones carnales (fue Stefan), pero se desvaneció. No llegó a ser más que una idea muy vaga, que le vino de refilón a la cabeza durante un breve instante, y ella no cesaba de murmurar de modo suave y confuso sobre lo del prepucio.

Parecía una cosa importante para ella. Y luego se calló un rato antes de levantar la vista y mirarlo con sus ojos marrones casi angustiados, como llorosos, quizá suplicantes, aunque diferentes a cuando uno rezaba, y le preguntó de nuevo si realmente no lo había probado nunca con alguien de su edad; pero él lo siguió negando, lo cual era la verdad. Y en ese momento *lo del pecado y la hija mayor de los Burman* (y Stefan) apareció de nuevo en su mente, que quizá estuviera cometiendo un pecado, pero seguro que no era un pecado capital, aunque era cierto que durante el último año no había participado en la sagrada eucaristía del Señor con la misma convicción que antes. Esa protesta no se debía a ningún afán de renegación, sino a las dudas, o más bien a la angustia; indudablemente, lo que estaba pasando en esos momentos no podía contarse como un pecado capital. Pero, no obstante, ¡indudablemente! tenía que ver con el pecado (aunque un pecado algo menos grave si uno lo comparaba con el incurable pecado capital).

Era como si todos esos pensamientos al mismo tiempo existieran y no existieran en la cocina de los Larsson; y le susurró algo en esa línea. Aunque no con tanta claridad como para que ella pudiera ofenderse. Estaba ya completamente desnuda a su lado, había dejado caer también las bragas, pero él no se atrevió a mirar hacia abajo. Ella negó con la cabeza y le tranquilizó diciéndole que no había ninguna intención pecaminosa en sus preguntas y consejos, sólo quería saber si tenía experiencia, o si eso del dolor al echar hacia atrás el prepucio, o sea, no ahora, sino antes cuando era más joven, no se trataba más bien de un problema práctico que muchos de su edad, los *de la joven generación*, no eran capaces de resolver por sí solos.

Todo lo murmuraba de forma un poco confusa.

Costaba seguirle el razonamiento, pero parecía querer indicar que ella lo entendía a él. Tenía, como anteriormente había señalado, cincuenta y un años, y había visto más mundo, o sea, *poseía la experiencia vital*. Y lo miraba a los ojos, de un modo muy extraño, como si estuviera asustada y a la vez casi alterada, o desesperada, y tenía los ojos brillantes, como si hubiese querido preguntar algo de máxima importancia, pero no se hubiera atrevido.

Todo el rato, como distraída, le había estado masajeando el miembro, ahora muy tieso, con las puntas de los dedos, era la mano derecha, mientras repetía las palabras *la vida misma y la experiencia vital*.

—Bueno, sí, claro —respondió él, sintiéndose inseguro y a la par contento, casi feliz, ya que la cocina de la casa de los Larsson se había llenado del sol vespertino y las moscas zumbaban en la ventana. Y hacía tanto calor que ella, debido precisamente a ese calor, se dejó caer despacio hacia el suelo, o sea, al suelo de las tablas de pino, sin nudos, posiblemente de corte radial.

—Puedes echarte a mi lado un momento —susurró, y él advirtió que se esforzaba en hablarle con algo parecido a un ligero deje de Skellefteå, quizá para tranquilizarlo, y eso que era de Estocolmo, o más bien, incluso de un poco más al sur.

—Puedes acariciarme si quieres —dijo ella tras llevar un rato tumbados en el suelo de madera en la cocina de la casa de los Larsson mirando el techo.

—Sí, claro —contestó él un poco avergonzado.

—Vamos, si quieres. Quiero decir que como tú me has dejado que yo te la ponga tan dura, creo que sería lo más justo.

—Claro, por supuesto —respondió él y advirtió que su voz temblaba un poco, cosa que igual se debía a que la mano de ella, ahora la izquierda, había vuelto a buscar su miembro, que todavía estaba muy tieso.

—Bueno, se ve que el prepucio puede echarse hacia atrás, aunque la tengo tiesa —dijo con voz casi tranquila.

—Dura —susurró ella—. Tiesa, no. Dura.

Recorrió el cuerpo de ella con mirada cautelosa.

Ella cerró los ojos. Y él la acarició. Fue fantástico. Bienaventuranza más bien, trató de encontrar palabras, pero no se le ocurrieron más que las del salmista, y como no quería, en un momento así, involucrar al salmista, dejó de pensar en las palabras y simplemente siguió acariciándola.

Durante un instante se atrevió a contemplar su rostro. En él había algo así como quietud, o incluso bienaventuranza, casi como lo expresado por el salmista en sus momentos más clarificadores, aunque ella había cerrado los dos ojos. Parecía casi dormida, pero él sentía cómo los dedos de su mano correteaban y saltaban sobre su miembro, por lo que, evidentemente, no podía estar durmiendo. Tras un rato se atrevió a preguntar: *¿estás dormida?*,

pero los labios de ella se separaron un poco para formar un pequeño susurro, y quedó claro que no dormía pero que se encontraba a gusto. *¿Y tú?*, añadió ella. *También*, replicó él. Y en eso notó cómo la mano se cerraba en torno a su miembro agarrándolo casi con fuerza. Acto seguido, ella volvió a aquello en lo que antes, con un interés tan extraño, se había detenido tanto, o sea, el prepucio. Que se podía echar hacia atrás sin dolor. *¿No te duele?*, preguntó.

Él se lo confirmó, no le dolía nada.

Seguramente fue así como se sintió Jesucristo cuando María le untó los pies con aceites perfumados, y los masajeó, y Marta daba vueltas limpiando y recogiendo al tiempo que despotricaba contra María por no ayudarla ni con la limpieza ni con la comida. Pero María siguió masajeando y acariciando los pies del Salvador sin más. Le recorrió la cabeza como un relámpago: esa *parábola bíblica* con Marta y María la había sacado a colación la Madre una y otra vez con actitud crítica en conversaciones con él. Ella se había puesto del lado de Marta, mientras que él siempre se había posicionado de parte de María, aunque nunca lo había reconocido, ya que quería evitar conflictos, o al menos disputas teológicas, en especial con la Madre; pero ahora resultaba muy fácil imaginarse las puntas de los dedos de María correteando entre los pies del Salvador. Y esa parábola bíblica de difícil interpretación casi apartó de su mente la parábola de la hija mayor de los Burman que cayó en desgracia (fue Stefan): las imágenes se cruzaban en su cabeza, como relámpagos. Pero sobre todo era el cuerpo de ella allí en el suelo de madera lo que se asemejaba a algo del Cantar de los Cantares, aunque sin las molestas palabras del salmista, el suelo era de madera de pino sin nudos, tan brillante y pulido tras siglos de pisadas que era como si los dos cuerpos desnudos estuvieran acostados sobre plumones de Eider.

Ésa era la expresión, *¡plumones de Eider!*

Era como si los pies de la familia Larsson hubieran extraído plumones de Eider del pino sin nudos al haberlo pisado y desgastado durante siglos, pero cuando contempló el cuerpo de ella, que se estremecía un poco, apenas capaz de permanecer quieto, aunque él lo acariciaba con el mayor cuidado posible, eran más bien las palabras del salmista las que ella encarnaba.



*Bienaventuranza*, por ejemplo. Quizá María también fuera un modelo. Y si se unía ese cuerpo que él estaba examinando con las palabras del salmista y con el ejemplo de María masajeando los pies del Salvador, así como con los pequeños y rápidos saltitos con las puntas de los dedos, entonces aquello apartaba en gran medida la preocupación por la condenación eterna.

Justo en ese momento ella abrió los párpados y le dirigió una mirada muy extraña, como deseosa de que él lo estuviera pasando bien. Al mismo tiempo había un brillo en sus ojos, como si le preocupara un poco lo que él opinara; pero el rostro, aun así, irradiaba algo frágil, o sólo ansioso.

—Si quieres —dijo ella casi con ternura en la voz, o en tono suplicante, en cualquier caso, con cierta inquietud—, si quieres, lo mejor sería que probaras con algún que otro centímetro, porque entonces sabrás seguro si el dolor del prepucio se ha ido para siempre.

—¿Lo sabré seguro entonces? —preguntó él tras reflexionar unos segundos.

—Creo que sí —respondió ella—. Unos dos centímetros, quizá.

Ella se acomodó en el suelo de madera y empezó a canturrear murmurando de esa manera espontánea que para él probaba que lo que hacían era algo muy natural, y pudo observar que, a pesar de eso, ella continuaba, con pequeños movimientos casi distraídos, masajeando con las puntas de los dedos el glande de su miembro donde ahora el prepucio permanecía todo el tiempo echado hacia atrás; y luego subió la pierna derecha un poco para ofrecerle un ángulo que le permitiera acercarse desde el lateral.

—Me dirás si te duele, ¿verdad? —dijo—. Querido —añadió—, es que no quiero que te hagas daño, pero es mejor que lo intentes conmigo, ¿me prometes que me pondrás sobre aviso si te duele?

De nuevo se dio cuenta de que ella, a pesar de ser de Estocolmo, o más bien del sur de Estocolmo, para ser exacto, de repente había introducido como un tono que recordaba al habla de Skellefteå, pero se dijo que seguramente era porque quería tranquilizarlo, puesto que él volvía a tiritar, o quizá incluso a *estremecerse*.

—Sí, yo te *pongo sobre aviso* —respondió, y entonces ella tiró de su miembro, con el glande delante, hasta la abertura y con un ligero movimiento hizo que él entrara un poquito, pero no más que unos dos centímetros quizá.

—Ahora si te mueves un poquito —susurró ella, tan bajo que el zumbido de las moscas de la ventana casi le ahogaba la voz— lo sabrás.

—¿Qué es lo que sabré? —preguntó él.

—Si te duele.

Era esto con lo que había soñado, y sabía que esto que estaba pasándole en el suelo de madera en la cocina de la casa de los Larsson nunca lo había vivido antes. Esto era el Cantar de los Cantares, y la eternidad, y el tiempo, quizá todo el tiempo, y nunca lo viviría con mayor intensidad, pero así por lo menos había podido experimentar *el no va más*, si es que uno quería verlo de esa forma.

Esto era *la famosa vida* de la que todo el mundo hablaba, exactamente esto.

Y ella había dicho *dos centímetros* y había llevado su miembro, con el glande primero, dos centímetros dentro de eso tan cálido que era el propio sentido de la vida. Así lo sentía. Había algo de lo más extraño en todo ello. En medio de ese caos, y el zumbido de las moscas, y el suelo de pino sin nudos en la cocina de los Larsson, y los restos de la conversación sobre la obra literaria de Bernhard Nordh, en medio de todo eso no conseguía hacer que las cosas cuadraran, y en esa delicada situación le invadió la idea de que *¡esto era ver la luz!, ¡como esos que se redimían súbita y violentamente!, ¡era esto lo que suponía ver la luz y redimirse!*, aunque al mismo tiempo era preso del desconcierto. Es que por todas partes resonaban las alarmas, *¡pecado!, ¡caer en desgracia!, ¿era así como se había sentido la hija mayor de Burman (y Stefan)?, ¡y no comulgar como pecador!* Las alarmas retumbaban ensordecedoras, *¡casi tan alto como el zumbido de las moscas en la ventana!, ¡casi tan alto como el zumbido de las moscas en la ventana!* *¡Y al mismo tiempo esos dos centímetros eran algo tan indescriptible!, ¡algo tan indescriptible!*, nunca se habría imaginado que esos dos centímetros dentro del sentido de la vida pudieran ser tan indescriptibles.

Ella había cerrado los dos ojos y había quitado la mano del miembro y había abierto los dos labios allí abajo, o sea, no los labios de la boca, como si formara la V de la señal de la victoria, y se reía por lo bajini, aunque no de él. Estaba casi seguro de que ella no pensaba en el pecado, o en alarmas, ni

siquiera en María y cómo masajeaba los pies de Cristo. Parecía encontrarse muy bien y se reía por lo bajini, y de pronto abrió los ojos y lo miró directamente a la cara y dijo:

—No te muevas.

—¿Está bien así, con dos centímetros más o menos? —preguntó él, ya que no se le ocurrió otra cosa. Aunque estaba contento de que ella hubiera dicho algo, porque así se silenciaron las campanas de alarma de la iglesia, por decirlo de alguna manera, y sólo quedaban los dos centímetros del *sentido de la vida*.

—Bien —respondió ella—. Muy bien.

Luego ella empezó a moverse un poco, muy poco, casi de forma imperceptible, pero él advirtió que era difícil respetar la regla de los dos centímetros, y ella parecía haberse quedado sin aliento y había vuelto a cerrar los ojos.

—Ponte encima —dijo de repente, como si se le hubiese ocurrido algo.

—¿Cómo? —preguntó él.

Ella se lo mostró. Y le puso las dos manos, tan bonitas, en la espalda y lo empujó hacia dentro muy despacio, y él se dio cuenta de que ya no se trataba de los dos centímetros de la puerta al sentido de la vida, sino directamente al interior del sentido de la vida, como en el pleno centro, al fondo, y dentro del sentido de todo, esto era el sentido de la vida, casi más maravilloso que experimentar la redención, y de pronto ella lo volvió a sacar, casi por completo, y él se sintió al borde de la angustia por no poder recuperar ni siquiera los dos centímetros allí en la puerta de la vida, le produjo una ausencia abrumadora, de verdad, de verdad, pero luego ella lo llevó dentro de nuevo. Y tras *un rato casi incansablemente largo* entrando y saliendo, ella inclinó su cabeza hacia atrás, con los dos ojos cerrados, jadeando cada vez más al tiempo que parecía como que lo bombeara, como si contrajera todo su cuerpo bajo el de él, y dijo algo confuso que al principio él no entendió y al cabo de sólo algún que otro minuto, como mucho, quizá tan sólo unos segundos, abrió los ojos, respiró aliviada mientras clavaba la mirada en el techo de los Larsson, y dijo que *ahora puedes correrte si quieres*.

Y sí quería.

Advirtió que él había como gemido, debido a aquello que ella le *dejó hacer*, muy bajo, pero aun así había ahogado el atronador ruido de las moscas de la ventana de la cocina allí en la casa de los Larsson.

Y en ese momento comprendió, por primera vez, lo que había intuido antes: que en realidad eso era el sentido de la vida. Había visto la luz. La vida era esto.

Sería un domingo. No lo recuerda con seguridad. Es que ha pasado mucho tiempo.

Ella se vistió, se acercó al cubo de agua para beber del cucharón mientras charlaba con total naturalidad.

Él se disponía a marcharse.

—Es que hacía mucho tiempo —dijo ella dándole la espalda y sin mirarlo—. Se me había olvidado cómo era. Ha estado muy bien. Gracias.

—Muchas gracias a ti —contestó él.

Ella lo miró con una pequeña sonrisa en los labios, como si hubiera dicho lo que había que decir.

—Pero debes prometerme una cosa —dijo ella—. Y es que nunca se lo contarás a nadie. Nunca jamás. A nadie.

—Te lo prometo.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Seguro.

Y luego se marchó.

Pero es que han pasado muchos años. Así que ya da lo mismo.

## La parábola del espacio más íntimo

Quizá se trataba de una alucinación, le resultó difícil saber qué era, ¿se había metido desde el principio por el camino de la fe errónea sin ser consciente? ¿o no había ido por el buen camino hasta ahora? ¿De qué reniega? ¿Por qué ese tono irónico y burlón?; ¿era la tía que abjuró de la fe el verdadero modelo del chico?

Así entró en él la revelación. Pero ¿seguro que no podría deberse sólo a la mujer del suelo de pino sin nudos?

¿Lo que en realidad le pasaba era que, temblando y con los escalofríos de la fe recorriéndole el cuerpo, había dado los primeros pasos hacia el camino de la autorredención? ¿O estaba regresando al indiferente Salvador?

Quien, mudo, con mirada vigilante, abría sus brazos ávidamente como para abrazarlo, ¿y destruirlo?

Más tarde siempre había considerado la sexualidad como la apertura de la puerta al espacio más íntimo de otra persona. Había otras puertas, pero ésta era la más íntima, y la decisiva. Él abrió, ella abrió, luego entraron el uno en el otro, en un encuentro quizá breve, podría ser bonito o una equivocación, pero suponía acceder *al espacio más íntimo*.

Se entraba el uno en el otro y después ya nada era como antes.

A veces se le llamaba ejercicio de poder. Nunca lo había entendido. ¿Cómo se puede ejercer poder accediendo dos personas juntas al espacio más íntimo? Todo lo contrario, el poder se anulaba, y quedaba un espacio completamente desprotegido. Se trataba del único momento en el que se podía estar desprotegido sin tener miedo. Después se abandonaba el espacio más íntimo, pensando que ahora la puerta se había vuelto a cerrar, pero

siempre pervivía el recuerdo de cómo fue. *Allí se había estado juntos*, y había reinado una calma perfecta. Se había accedido, igual que Kim y su Lama se sumergieron en el Río de la Flecha. ¿No era así?

Él había accedido a ella. Al principio dos centímetros, más como un gesto tranquilizador. Luego muy cerca del secreto. Luego en él.

¿Por qué le exigían que lo entendiera? ¿Cómo se va a comprender aquello que es incomprensible? El secreto del Río de la Flecha era que ése era el espacio más íntimo en el que uno se sumergía. Y, entonces, todo se consumaba. Así lo había entendido. ¡Quince años, y lo vio! Está claro que se avergonzaba por no haberlo comprendido.

¿Kim? ¿Kim?, ¿no era así?

El espacio más íntimo había estado revestido de suaves membranas cuyo color nadie recordaba muy bien, es que estaba muy oscuro allí dentro, pero seguramente había un color, eso dependía un poco de cómo hubiera ido. Uno podía imaginárselo. Lo mejor quizá sería imaginarse un rojo suave: no rojo claro, sino rojo suave. Los herrnhutianos eran los únicos que lo habían entendido bien, lo que la experiencia sexual o religiosa suponía, la caliente y amable sangre, bailar en la herida, jugando como niños. Tenían ritos que confirmaban todo eso, como las nupcias: contraer matrimonio en la habitación apartada, desnudos, solos, abrazándose, sentados. Estaba prohibido *describir* cómo era cuando accedían al espacio más íntimo, con las membranas, y el color cálido.

*La descripción* resultaría mortal para la sacralidad del espacio más íntimo. ¡*Se podía decir sacralidad!* No suponía una blasfemia. ¡Los autorredimidos en Burheden dieron su permiso! ¡Y él lo había experimentado! ¡Y sobre aquello que había experimentado tenía carta blanca para no describirlo! ¡Pero había visto la luz! ¡Pese a tener sólo quince años!, ¡y entonces tenía derecho a librarse de la necesidad de comprender!

Si te dabas tiempo a escuchar las membranas y los movimientos suaves en el sagrado espacio más íntimo, podías intuir *cómo era*. Y librate de describir esa experiencia de fe. Eso de las denominaciones no tendría que existir. Sabía que más o menos así debía de ser. ¡Y pensar que el niño lo había intuido, aunque sólo fuera un niño!

Y que luego se le había olvidado, durante tantos años.

Y de pronto *se acordó*, justo cuando la ambulancia había cogido velocidad y él despegaba, como un albatros, encima del desierto de hielo. Si volaba alto, podía pensar con calma, por primera vez.

Ahora, dentro de poco, pensaría entonces.

En octubre de 2011, de repente, hemorragias severas.

Clava la mirada en el techo de la ambulancia, ¿iba en serio esta vez? Son las tripas enquistadas las que al final le propinan el golpe definitivo, a la edad de setenta y siete años. Qué cómico, pues ha estado a punto muchas veces. Dos operaciones de corazón. Las tripas, el agujero que los necios auxiliares no encontraron. ¡No hasta ahora!, ¡octubre de 2011!

¡Y todo lo que le quedaba por hacer! ¡Como al Elof!

¿Era de verdad el único de la familia en *adorar* todas esas cómicas peculiaridades corporales? ¡Especialmente las tripas! Pues, era sobre todo de esa *curiosidad* de lo que se ocupaban en su familia.

Con temor, por decirlo de alguna manera. Murmurando que las rarezas eran naturales, como las tripas, por ejemplo. Y no se trataba de locura.

¡Aquello que era *diferente* sólo se había disfrazado! ¡De Arte!

El abuelo, Per Walfrid, poseía —¡por poner sólo un ejemplo!, ¡anteriormente mencionado!, ¿cuándo terminará esa empeñada insistencia? — un criadero de zorros junto a la herrería del pueblo, y una vez ganó el primer premio de un concurso en Estocolmo, al llevar en el tren *La Flecha del Norte* a un zorro cruzado de inusual belleza a una exposición de animales de piel, donde recibió un trofeo de manos de la reina. Más bonito que la medalla real *Litteris et artibus* que él tenía.

Todos en el pueblo consideraron el acontecimiento con el victorioso zorro cruzado como un milagro, o sea, una obra de arte, y se conmovieron. Era una parábola y un augurio que atenuaría lo inexplicable del hecho de que *el artista elegido de la familia*, el Elof, muriera de improviso, cataplún, y antes de haber podido empezar el trabajo de las parábolas siquiera.

En la cercanía de la muerte, los ritos resultaban tranquilizadores.

La historia del zorro cruzado, la primera parábola enteramente bíblica del pueblo, resultaba poderosa y tranquilizadora.

¡El abuelo P. W. fue el primero!

Había algo grande y enigmático en eso de ser *el primero*. ¡Igual que la mujer de la granja de los Larsson!, a ella también se la podía considerar como una obra de arte, si uno quería. Y eso quería él. Había algo grande en el hecho de ser *el primero*. ¡Pero que el abuelo P. W., el herrero del pueblo, fuera el artista que creó una obra de arte que recibió un premio en Estocolmo...!

El artículo, con la foto de P. W. sosteniendo en los brazos al zorro cruzado que clavaba su mirada salvaje en la cámara, se publicó en el diario *Stockholms-Tidningen*, página 12, y fue recortado con las tijeras de esquileo y colgado tras un cristal en la pared de la cocina, donde todo el mundo podía verlo. Para hacer sitio, P. W. quitó el cuadro de siempre con Jesucristo y el *Venid a mí*, que colgaba allí antes, y lo puso en el dormitorio encima de la cama.

Luego empezaron a hablar en el pueblo de que a P. W. Enkvist se le habían subido los humos a la cabeza, cosa que llevó a Lova, la abuela, a cambiar los cuadros de sitio.

Esa historia al nieto le había encantado y la había oído hasta la saciedad, y ya de adulto la había incluido en un par de sus libros más elogiados, devolviendo así, tanto espiritual como corporalmente, la fotografía a un lugar visible para el público.

La historia del zorro cruzado era para él una parábola bíblica. Más poderosa e impactante que las insípidas y desnatadas parábolas del Nuevo Testamento, como la del hijo pródigo, por ejemplo. Ésa no hacía más que mortificar, y chirriaba, en especial cuando se escapó del centro de rehabilitación, o sea, del segundo manicomio para borrachos, el de Islandia, y a modo de respuesta le dieron con esa parábola en plena cara, pues todo el mundo insinuaba que pronto sufriría una seria recaída. Se convirtió en una suerte de lucha entre parábolas, no como en la Biblia, donde se supone que sólo hay que dejarse llevar asintiendo con la cabeza, aunque la del hijo pródigo resultaba un poco problemática, especialmente si se estaba borracho.



La parábola del viaje del zorro cruzado era *una cosa más impactante*.

Ya a la edad de cuatro años le había insistido al abuelo para que le contara esa leyenda, *documentada* con fotografías de periódico, sobre el viaje del zorro cruzado desde el pueblo de Hjoggböle hasta Estocolmo. Y el nieto se había regocijado porque el abuelo P. W. había conseguido así fama nacional. ¡Y lo que más le alegraba ante todos los testigos era que ese zorro cruzado hubiera elegido regresar a casa!

¡*Cuenta la histolia del zollo!*, le suplicaba al abuelo, quien con el nieto en las rodillas, año tras año, obediente, repetía la historia del viaje a Estocolmo, hasta que a finales de los años cuarenta el *ictus* lo golpeó y la leyenda quedó reducida a balbuceos.

El nieto se encariñó sobre todo con el *regreso del zorro cruzado*. ¡El exitoso zorro se mostraba humilde y retornó al pueblo! P. W. había inculcado, con especial empeño, en la mente del niño, el hecho de que ¡el zorro ganador *había retornado!* Eso de ¡los estocolmienses! ¡y la Reina! *no* podía compararse a la vuelta con los suyos. Después de haber *contado la histolia del zollo*, el abuelo y el nieto solían salir al aire libre, a fin de contemplar, detrás del retrete, la obra de arte que no se había sacrificado para convertirse en piel, sino que seguía circulando por ahí vivito y coleando como la casi bíblica «parábola del zorro cruzado».

A veces, el abuelo entonaba un trozo de algún salmo, a menudo el bastante sombrío, pero fácil de cantar, *Ay, cabeza herida y sangrante*, que sabían que atraería al zorro, y ¡efectivamente! Al principio el animal los observaba quieto, sentado dentro del cercado que había detrás del retrete, pero, cuando el abuelo entonó al unísono «Ay, ca...», con voz plañidera, que era la apropiada para el «Ay, ca...», el animal se acercó y les dirigió una mirada escrutadora. Y entonces, de repente, comprendió lo que el zorro quería de él.

El que había hecho el gran viaje, el zorro de P. W., quería transmitirle un mensaje. El Elof murió, de improviso, cataplún, y ya no era el poeta elegido ni el predicador. Ahora le tocaba a Per Ola.

Él era el elegido. Un poco como Jesucristo, en realidad. Y eso era grande. Y así quedó condenado Per Ola.

¿No resultaba, por cierto, amedrentadora la celeridad con la que en los primeros años del siglo xxi llegó a parecerse a los viejos de la familia, mucho después de que éstos hubieran ascendido a los cielos?

¿Qué eran esos genes que lo gobernaban? ¿O había alguien, más allá de las galaxias, donde sólo llegaba Flash Gordon, que lo dirigía a él, y a ellos, como si la vida fuese un trineo tirado por perros? ¿Era libre en realidad?

Le ocurría, ya de viejo, que se quedaba mucho tiempo delante del espejo observando cómo su labio inferior se asemejaba cada vez más a ese tembloroso labio que su querida tía Elsa había tenido antes de morir. Llegó a los noventa y dos años. El tembloroso labio inferior le pertenecía a ella, pero ahora era suyo.

¿Qué había pasado?

Parecía compuesto por fragmentos de cuerpos que había en la familia. Como el monstruo de Frankenstein, pero sin que se viera por dónde iban las coseduras.

¿De dónde le venía la idea? ¡Que él era el zorro cruzado! ¡Y debía *portar el mensaje!*

No era de extrañar que el labio inferior le temblara. En la Libreta de trabajo son recurrentes las anotaciones acerca de *la culpa por lo escrito pero sobre todo por lo no escrito, lo que no podía ponerse por escrito*. A eso pertenecía la parábola sobre la redención in extremis de Siklund por medio de la muerte del gato y su posterior resurrección.

El hecho de que él escribiera, o predicara, tal y como lo había expresado el zorro cruzado, o sea, al principio de forma muy mundana durante muchos años, pero después de modo encubierto, orientado hacia lo espiritual, aunque fingiese una actitud burlona para no tener que avergonzarse; el hecho de que escribiera no sólo significaba que transmitía un mensaje, como si fuese un zorro cruzado elegido, alcanzado, a su pesar, por la llamada de Jesucristo para divulgar obras de arte entre los paganos.

También se trataba de *la responsabilidad*. Por lo excluido.

Aquello estalló con la mayor de las virulencias un día de otoño de 1977 cuando se enteró de que Siklund se había quitado la vida, ahogándose con una bolsa de plástico en el manicomio. Y diez años más tarde usó esa

parábola como una súplica a gritos para lograr su redención de la bebida, ¡aunque en vano!, ¡y lleno de vergüenza!

No fue la única vez. Pero sí la peor. Las otras veces sólo daban que pensar.

¡Aunque sumándolo todo! ¡Entonces, en verdad, uno no tenía más remedio que sobreponerse!

En su día escribió una pieza de teatro sobre el legendario líder comunista danés, Aksel Larsen, que acabó siendo un traidor, y cómo *la convicción de éste se fue desmoronando*. Cómo el fundamentalismo comunista se derrumbó, desde dentro. Al final, a Larsen no le quedó otra que refugiarse en la anticuada palabra «conciencia». ¿Y tuvo el coraje de hacerlo? ¡No! La cáscara fundamentalista, que él, por su parte, conocía tan bien de la casa de oración del pueblo, había servido de coraza; ahora estaba libre y desnudo, y se sentía solo. Y soplaba un viento bastante frío.

Él mismo dirigió la obra para la televisión. ¡Qué maravilla poder trabajar en equipo! muy lejos del habitual aislamiento al que se exponía un predicador del norte cuando escribía. Los actores Josephson, Granhagen y Wollter fueron en el sentido bíblico tan auténticos ante sus trozos de texto como si, ¡de verdad!, *hubieran visto la luz* y recibido la gracia divina. Una época bendecida con ensayos y rodaje.

Al principio tuvo miedo de la responsabilidad que suponía dirigir, como un intercesor, y espiritualmente hablando se había puesto a temblar, más tarde fue capaz de sobreponerse.

Todo habría sido *de lo más positivo* si no hubiera recibido, cuando los aparatos televisores irradiaron la obra, de un hombre en Norsjö, calle Tallstigen, 12, si la memoria no le fallaba, una carta que elogiaba la representación. Que hablaba de lo mucho que había significado para él, y de cómo había cambiado su vida.

Fue como el bastonazo que te llevas cuando te quedas dormido en misa. El hombre *se había entregado en espíritu a ese Enquist*.

Supuso un mazazo. ¡Para Enquist!

El hombre vivía en un pequeño pueblo y pertenecía a los Testigos de Jehová. No sólo él, sino también su mujer y sus hijos. Y los Testigos de Jehová eran una congregación bastante estricta, y con gran fortaleza de fe. Nada se cuestionaba, y no se abandonaba la comunidad impunemente. Y el hombre que escribió aquella carta había visto esa obra de teatro sobre el colapso del fundamentalismo comunista, y había empezado a cavilar sobre su propio credo, y sobre la congregación, y el fundamentalismo que reinaba en ella. ¿No se trataba de un comportamiento sectario que prescindía de la razón?

Y de la conciencia.

¿Debería ese hombre anteponer ahora su conciencia? ¿A su convicción religiosa ya establecida? Además, era bien conocido que el autor de la pieza dramática había formado parte del movimiento evangélico del despertar religioso en su juventud, y había sido un devoto creyente: un hombre, por tanto, que no había sido mudo en su fe. Sino más bien de una fe desbordante. Y había pasado algún que otro mes después de que el aparato televisivo irradiara la obra, y el hombre de Norsjö, entre oraciones y suspiros, había deliberado, y se había armado de valor para contarle a la congregación que había visto una pieza sobre el fundamentalismo y la conciencia, y que la había escrito el unánimemente respetado escritor. Y que ahora su conciencia le había llevado a reflexionar.

La razón le había dictado que hasta ese momento había vivido en una secta, pero ahora quería decir no, se acabó. Y lo expulsaron, tanto de la congregación como de la familia. Esposa, padres e hijos. Y se vio obligado a abandonar su casa, prácticamente sin un céntimo en el bolsillo.

Ahora vivía solo. En Estocolmo.

Toda su vida se había hecho añicos, pero estaba en paz con su conciencia.

Aunque se sentía un poco solo. Pero todo se debía a esa obra dramática que lo había impresionado tanto, y quería dar las gracias por haber sido iluminado. Y por haber conseguido estar en paz con su conciencia. Aunque lo cierto era que su vida privada le resultaba algo solitaria. Había abandonado la fe, y todos los que antes lo habían querido lo habían abandonado. Se había, por decirlo de alguna manera, entregado a la razón.

A ese escritor tan unánimemente respetado le había costado dormir la noche siguiente. Uno tiene una responsabilidad sobre lo que escribe, ésa es la teoría abrazada por todos en general. Pero, además, tenía una responsabilidad sobre *la vida de otra persona*, una existencia que ahora se vivía... ¡en pureza! Pero entre añicos. El hombre de Norsjö, probablemente de la calle Tallstigen, 12, dirección que debía de ser la de antes de mudarse, había asumido las consecuencias de una obra teatral. ¡Que encima, era la suya!

Él había predicado. Sin duda. Y un hombre de la congregación de Norsjö se había entregado. ¿No era así como debía ser? Aunque, en realidad, ¿no había *tumbado de un empujón* al hombre de Tallstigen, 12, dirección anterior a la mudanza? ¿Haciéndole infeliz? ¿Sincero, pero destrozado? ¿Habría habido acaso una respuesta a esa pregunta si, por su parte, hubiese concluido la formación prevista de predicador dentro de la Fundación Evangélica en Johannelund, carrera que, dicho sea de paso, nunca llegó a empezar?

Como no estaba seguro de qué decir, y se sentía incómodo ante esta nueva responsabilidad, no contestó a la carta.

Pero ¿no era eso lo que suponía *hacer literatura*? ¿Y que había llevado a la Madre a estar a punto de quemar el cuaderno? ¡Y el hombre de los Testigos de Jehová se había entregado a la razón, a petición de ese Enquist, quien yacía en la ambulancia, jadeando como un perro viejo mientras intentaba convencer al Salvador de *que lo devolviera a la vida*! ¡Uno se queda atónito!

Pero peor fue lo del chico Siklund en el manicomio. El gato que murió, y resucitó, y luego el Chico murió y ascendió a los cielos, y *el milagro fue posible*. Cuando escribía sobre eso había pensado, de hecho, ¡que el milagro era posible! ¡También para él! Como una cuba, con manos temblorosas, había rezado pidiendo un milagro. ¡Y en la obra de teatro quiso profesar esa fe!

Afirmando que la resurrección también era posible para el borrachuzo en París.

Es que cuando escribía estaba borracho y desesperado. Y entonces el Salvador era el único refugio. Y terminó *La hora del lince*, y volvió a redimirse. Como un pobrecillo se acurrucó a los pies de Jesucristo pidiendo clemencia. Aunque a aquel balbuceo religioso se le denominaba teatro.

¡Pero qué pequeño se sentía allí donde reptaba!

Y después llegó Islandia. Pero mucho tiempo antes ocurrió lo de la resurrección del gato, y el milagro. Cosa que sin duda lo avergonzaba, ya que era imposible. Pero, aun así. Y, por fin, alguien que quería contarle el secreto de la Rueda, el Río de la Flecha.

Y la Iluminación, que era el secreto del gato.

Los ataques se sucedían ahora con más frecuencia, sangraba, y de pronto cesaban, y luego el corazón, y luego otra hemorragia en el estómago.

¿Diagnóstico? ¿No debería ya de una vez por todas dejar de dar la murga con lo mismo?

Si el examen de conciencia se llevaba demasiado lejos, uno se volvía orate, como san Agustín. Pero seguramente sería lícito imaginarse la muerte del Padre, *sólo como un ejemplo*. Es que tiene que haber sitio para la misericordia también para con los pobres poetas, como el borracho de Sibelius, por ejemplo, ¡esos que no sabían *con seguridad* el secreto sobre sí mismos, pero que *angustiados se permitían intuirlo! y escribirlo*, pero ya basta.

Había algo en el propio proceso de la muerte, o sea, en el del Padre, no en el de los amigos, que lo desconcertaba. Puede que se debiera a las palabras del obituario, el que se publicó en el *Norran*, de que su padre «había ganado lo mejor».

¡Pues en tal caso! ¡Fuera las lamentaciones! ¡Sin duda simplemente se armó de coraje y murió! Y, por tanto, no era más que una pesadilla cuando el Padre, en la foto del teléfono móvil, desamparado, como alguien afectado por un ictus, había intentado pronunciar *palabras y consejos para el hijo*.

Lo apropiado era más bien ese constante ¡Naderías! que Carlos XII pronunciaba cuando perdía una batalla, o cuando el edecán cayó del caballo con el estómago atravesado por las balas. En esa palabra, sacada del conocido libro *Los Carolinos*<sup>3</sup> que había leído y releído muchas veces en su juventud, buscaba refugio en momentos de nerviosismo; momentos en los que uno debía pensar ¡Naderías! Pero ¿qué había pensado el Padre? Aparte de lo que

se decía en el *Norran*; además, no se sabía con certeza quién había redactado esas palabras finales, pero podría haber sido la abuela Lova, la cronista del pueblo.

Acabó por gustarle el obituario sobre el Padre. Era puro. No tenía nada de forzado, algo que abundaba en la Libreta de trabajo, esos constantes, aunque temblorosos, *pensamientos alegres*.

Pero a menudo oía, en su propia angustia de fe, el chirriante tono del violín sin tocar. Y en la partitura de su propia octava sinfonía, sólo se veían desesperados signos de exclamación, y algún que otro ¡Naderías!

Tiene miedo. Eso es todo.

Sin embargo, sólo en una ambulancia moderna, extraordinariamente equipada, conectada vía satélite con el Departamento de Cardiología en Karlstad, uno puede ordenar sus pensamientos en torno a la vida, la muerte, y el deseo sexual.

Fue en la provincia de Värmland donde sintió la atracción.

¿Acaso no acababa de escribir una epístola sobre el movimiento pentecostal y la comunidad herrnhutiana? No obstante, sin reconocer siquiera con una palabra ante la congregación y todos los testigos lo que le había atraído de esas devotas sectas: ¡es decir, la sexualidad! ¡El deseo! Y por eso, en toda su falsedad, cuando aquello ya había pasado, se había sentido extrañamente vacío y extenuado. Pero esa fatiga espiritual, que no procedía de la boca superior del esófago ni de los crecientes trombos en el corazón, que cada vez le funcionaba con mayor lentitud, debía tener otra explicación. ¿No tenía Sibelius una respuesta? Cuando el compositor se disponía a redactar las notas prohibidas se quedó como paralizado, casi desfallecido, y consiguió salvar su vida únicamente gracias al consumo del maravilloso aguardiente, ¡y luego se lo reprocharon!

¡Uno se queda perplejo!

Aunque... ¿no podía haberse contentado, como la Madre, con orquestar *Calmado descansa el lago*, donde la segunda voz ya estaba ensayada? ¿En lugar de aproximarse a la muerte con la octava sinfonía hecha añicos, con las

pobres notas atrapadas en esos pantalones caídos que llevaba arrastrando en torno a los pies?

¿Precipitado y estúpido? ¡No! Había respondido: ¡¡¡*Nones!!!*

Ése era el mensaje de Sibelius. La octava sinfonía debía explicar la naturaleza del amor. ¿Acaso él mismo no había explicado, *de forma casi científica*, la vida sentimental del monstruo bicéfalo Pasqual Pinon, y el enfado de su mujer, María, cuando le fue infiel? ¡Y ella, a modo de venganza por su infidelidad! ¡Como símbolo de la desesperación y la normalidad del matrimonio! ¿acaso ella —que era la cabeza superior que salía de la frente de su marido y que no podía hablar, sino sólo mover los labios enmudecida, como si fuera la imagen de un teléfono móvil— no había entonado *una canción maliciosa*?

¿Era ésa la representación del amor? Pero ¿cuál? ¿La lenta y suave desesperación, como la segunda voz de *Calmando descansa el lago*, como la mujer de la casa de los Larsson, o los chirriantes gritos de súplica de las notas descartadas en los pantalones caídos de Sibelius?

El tiempo apremiaba. Naderías. No te rindas. ¡*Nones!*

Ésa era la actitud en los momentos estridentes. Los movimientos de la boca en el teléfono móvil mudos pero explícitos.

¿Culpa del violín? ¿o, en cualquier caso, del arco?

Había, se decía a sí mismo, *parajes de gran belleza natural* en Värmland, junto a la frontera con Noruega.

Todos los días daba la vuelta al lago en bicicleta, y eran diez kilómetros, ¡comprobado! Jadeaba con violencia, pero advertía un eco dentro de su jadeante cabeza que le resultaba inusitado, que no reconocía; como un tranquilo chirrido, quizá procedente del silencioso violín paternal pero que ahora sonaba solo; no *resonaba como lo podía hacer una trompeta*, más bien se trataba de una fricción algo ansiosa. Intentó verlo como *un mensaje del Padre*, porque ¿qué otra cosa podría ser?

Algunas noches en vela, aquel sonido lo colmaba de una extraña y eufórica excitación, pero sólo algunas noches.



Por lo demás, los síntomas eran clarísimos. Le dolía la zona del corazón, pero no se dejó engañar, sino que su propio análisis apuntaba al esófago superior. ¿Acaso su tercera novela, ¡irradiada al público ya a la edad de veintisiete años!, no había acarreado hemorragias en el estómago e intervenciones quirúrgicas conforme a la técnica Billroth 2? ¡Y la operación transcurrió perfectamente! ¡Un paradón impresionante! ¿Acaso no había tenido toda la familia problemas con el estómago? ¿Acaso no existía la expresión «las tripas enquistianas»? ¿Acaso los campesinos västerbotnianos de su familia no habían fallecido de dolores estomacales durante siglos, debilidades heredadas en las barrigas que hacían que algunos directamente, como disparados por un cañón, ascendiesen a los cielos, mientras otros seguían ahí, heridos de bala como cornejas chillonas, pero vivos? ¿Acaso no estaba la enfermedad, más bien intelectual, de *la porfiria* profundamente arraigada en los genes de la familia? Y todos habían llevado la enfermiza tripa enquistiana como una medalla, como algo fuera de lo común. Sus tripas los elevaban a todos *arriba y más allá*, y a veces los había convocado a algo bendito, *fuera de lo común*, aunque con humildad.

Él era uno de ellos. Veía las cosas con perspicacia. No se trataba de ninguna dolencia cardíaca. Era el estómago lo que constituía la maldición familiar, no el corazón.

Fueron una primavera y un verano extraños. Le daba la impresión de que el calor le cubría con una quesera que le dificultaba la respiración; montaba en bicicleta todos los días, se cronometraba. Los tiempos empeoraron poco a poco, pero no se dejó intimidar: era como si un proceso de decadencia natural lo llevara hacia el centro de los secretos de la tripa enquistiana. Se sentía unido a ella. Pronto todo se consumaría. Dentro de poco se fundiría con sus raíces y sus antepasados, sus estómagos, quizá como superviviente, posiblemente como muerto, pero le daba igual.

El estómago suponía el regreso. Hasta que no se hubiera fundido con las tripas enquistianas, o sea, hasta no haberse sumergido en el Río de la Flecha, no podría comprender la naturaleza del amor.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía entero. El dolor era algo lógico. Podía detenerse jadeando en mitad de las cuestas, al cabo de un tiempo al principio de ellas, mientras notaba cómo el dolor cedía poco a poco

y se distribuía por el cuerpo, lo cual hacía que subiera la cuesta cada vez más despacio, andando, empujando la bici, y según pasaban los días, la preocupación que mostraban sus allegados le resultaba cada vez más irritante, más ajena a la realidad. Y es que el estómago era su problema, no el corazón; y cuando lo ingresaron a la fuerza durante diez días en el hospital de Karlstad, su análisis era aún más clarividente. Se imaginaba, en su estado cada vez más onírico, apático, que iba a encontrarse con ¡el doctor Hultman!, ¡el asesino del Padre!, ¡y así poder decirle unas cuantas cosas! Era con una sensación de triunfo que advertía, durante la ronda médica diaria, los semblantes desconcertados e indolentes de los médicos cuando les presentaba sus perspicaces análisis (¡el esfínter esofágico!, ¡el esfínter esofágico!): los dolores eran reales, el diagnóstico emitido admirable, ¿acaso no era escritor?, ¿casi poeta?

Y, por tanto, podía hacer caso omiso del trombo de casi cuatro centímetros que luego apareció en su corazón.

Los médicos se habían quedado hechizados por su perspicacia. Pero ¿no veían su deseo secreto de simplemente morir?

¿De escabullirse con tranquilidad?

Los que leían sus libros le escribían a veces, porque creían que él *comprendía* algo. Le pedían ayuda, sin más. ¡Señor, apiádese de mí! ¡dar consejos! ¿él?

Pero, si uno predicaba, tenía que contar, no obstante, con ese malentendido.

Pero ¿no había un tono de guía espiritual en lo que escribía? Distante a la vez que seductor. ¡Y soberbio! Su prédica era humilde, pero, no obstante, vasta como un océano pantanoso, profunda como el lago Hornavan, consumada como la octava de Sibelius, tan ingeniosamente patinada como el edificio de la estación de tren de Bastuträsk antes de su cierre definitivo: su lenguaje se descomponía poco a poco, las palabras se reproducían por sí mismas, ¿acaso no era eso una confirmación? ¡Quema! ¡Quema!

Por lo general, decía que no. Redactaba respuestas breves, esforzándose por ser amable. Este escritor, escribía, no comprende nada de nada, y ahora ando a vueltas con una gran obra, aunque no una novela de amor, que ocupa

mi tiempo y no quiero. Pronunciarme.

Todo se reducía a ese *no quiero*.

Mientras algo lo mantuviera ocupado, iba tirando. Pero durante la mayor parte de los años ochenta estuvo, sobre todo, borracho como una cuba. En aquella época le fallaban las respuestas. Así es como recordaba haberse lanzado de cabeza a esa demencial historia con la mujer a la que luego llamaría Lisbeth. Después encubrió y revisó lo sucedido. Introduciendo el amor en una fantasiosa obra de teatro.

¡Otra vez más!

¿Por qué le tenían que enredar? Además, casi siempre estaba bebido. Y se pasaba la mayoría del tiempo durmiendo. Los predicadores, había comprendido, tenían derecho a dormir. El sueño eterno. Aquella vez en 1977 empezó con la llamada telefónica de Lisbeth, y él escuchó y se quedó extrañamente alterado como si aquello fuese un asunto que le concernía, y se vieron.

Aquello con el Chico, Siklund, era raro. Ya sabía, faltaría más, que ese Siklund había entrado en sus libros de una manera absolutamente enfermiza, considerándose casi un personaje, prestando incluso su nombre de pila. Además, era primo tercero. Y que la tal Lisbeth, con la que había tenido una relación en Uppsala, ahora consideraba a Siklund como parte de su tesis doctoral, y que había una conexión.

Cuando pensaba en Lisbeth, siempre lo hacía *sin la menor esperanza*. Hacía muchos años que la conocía, como *una llama del deseo que nunca se apaga*: precisamente así de chirriantes, y falsas, le salían las metáforas. Siempre que pensaba en ella, las imágenes se descomponían, se quedaban en tonterías. «¡La llama del deseo que nunca se apaga!» ¡Un lenguaje que se descomponía! era como un cáncer en la escritura. Uno se ponía amarillo y se encogía y moría. Eso pasaba con el lenguaje del deseo; lo invadía una auténtica desesperación al leer lo que convulsivamente había garabateado, y como protesta quería rendirse. Así fue, todo volvió con ella, aunque no se veían nunca, y nunca habían hecho el amor en el sentido del *espacio más íntimo*.

¡Nunca como los herrnhutianos!

Maquinalmente insiste en sus tentativas de escribir una novela de amor.

Durante mucho tiempo pensó que había dado con una explicación de la estructura más profunda del amor en el ejemplo de Søren Kierkegaard y su Regine. Hasta que ese Kierkegaard no se convirtió en un monstruo *al que la amada detestaba*, no pudo ser libre y *escribir con veracidad* sobre su amor por ella.

Ése era el síndrome de Kierkegaard. Estaba hechizado por el pensamiento.

Enfermizo. El carácter que tenía la Libreta de trabajo de cubo de excrementos colocado en ese basurero que en su día fue el islote de Granholmen resultaba cada vez más cómico. El síndrome de Kierkegaard no suponía ni una excusa medianamente creíble. Fragmentos de papel redactados a mano y hechos gurruchos.

A años luz de la mujer en el suelo de pino sin nudos.

Él se dice que después de la idea de *O lo uno o lo otro* la cosa se descarrila, más allá de la razón del señor atrapamoscas. Søren y Regine ahora separados, como hermanos siameses después de una operación. Tras la partición en dos, Regine, cuando se cruzaban en el sendero de arena delante de Sortedam Dosserring, 25, siempre se inclinaba hacia él y en voz baja le susurraba *We are running out of time!!!*

¿Se puede explicar el amor de esa manera?

Søren se dio cuenta de que se refería al marido. ¡Ojalá se muriera!, susurraba ella. Y Søren sabía que ella odiaba a su marido con tanta intensidad y con ademanes tan conjuradores y plegarias tan sinceras que era un milagro que éste aún siguiera con vida. Y al propio Søren sólo le quedaba imaginarse su amor después de la muerte del marido, llamado a los cielos por el odio de Regine; que el amor entre Regine y él fuera luego tan vertiginosamente puro que ella en realidad hubiera merecido la recompensa.

O sea, que el marido se desplomara muerto y bien muerto. La recompensa.

Regine al menos se la merecía. La fuerza suplicatoria en su odio asesino, la intensa invocación del Salvador, la sinceridad de sus reclamos al cruzarse con Søren en Sortedam Dosserring, todo eso al final llevaría a que se atendieran sus ruegos, de modo que el marido, aquel babeante resto de lo que

había sido una persona, se desplomara para siempre en la orilla ulterior del río, y las lágrimas de Regine podrían brotar, alabando al Salvador. Los dos amantes aún vivos serían por fin libres. Kierkegaard había proclamado y había irradiado que eso era el amor.

Pero, entonces, el marido murió. ¡Y nada! ¡nada! quedaba del amor. ¡Vacío! ¡En blanco! ¡Pero Regine, aun así, lo sujetaba fuerte y entonaba una canción maliciosa! ¡como si estuviera encima de su cabeza, cual segunda cabeza de un monstruo bicéfalo, un matrimonio de absoluta normalidad en estado de muerte aparente, de modo que el cálido espacio más íntimo permaneciera cerrado, y como si el amor estuviera marcado en él, como con un hierro candente en un animal! ¡Y eso puso por escrito! ¡A eso lo llamaría novela de amor! ¡Qué vergüenza!

Y él repite. El amor no se puede comprender nunca. Pero ¿quiénes seríamos si no lo intentáramos?

¿Y cuántos años le quedarían allí junto a la orilla del río?

Pierde el control.

Los problemas aparecen con diferentes disfraces. ¡Hemorragias enormes! ¡Las tripas! ¡Una mujer llamada Lisbeth! ¡Regine!

Tiene miedo, de eso no cabe duda.

En las mañanas gélidas de los años ochenta, da la impresión de que Lisbeth aparece sin cesar, una marca de hierro candente en su carne, pero encubierta. Los textos se asemejan a la octava sinfonía de Sibelius: notas torcidas, la partitura de una vida echada a perder. Excusas ridículas. En la Libreta de trabajo, anotaciones cada vez más alucinatorias. Parece que el desconcierto lo ha dejado apopléjico, ¿habla de la salvación o del deseo? *¿Qué es lo que une una persona a otra? Un nombre, un discreto aroma, una ligera y resplandeciente peste a deseo, todo eso persiste. Atrae y atrapa a otra persona en el pegamento del amor. Aunque, ¿es amor? nadie lo puede comprender, ¡es como el mar para los que viven en el interior y sueñan con la superficie infinita! ¿y de qué hablan? ¡comparan el mar con los pequeños lagos gigantescos de tierra adentro como Hornavan! o el lago donde está el pequeño islote de Granholmen, el que ahora llaman el islote de Maya. Pero*

*aun así la atracción por el mar es enorme, no desaparece, se pega y nada puede quitarla, ninguna anotación, apunte de trabajo o informe aclaratorio. El amor. Aquello que no se les comunica a esos pobres diablos que están allí encerrados en el bosque, cubiertos de vegetación, no, no se les concede, a esos que no consiguen dejar atrás el bosque, a esos que no encuentran las aberturas, aquello que no se abre, como la vida, aquello que quizá permanezca, si él se esfuerza aún unos años, o algún año, ¡algún año sólo!, ¿cuántos?*

El tiempo apremia. Se ha quedado atrapado en las tierras interiores. ¿Qué debe hacer? Ya no bebe. Está al borde de la desesperación, no sabe qué hacer. Se sobrepone.

Algún tiempo después, de la Libreta de trabajo. *«Lo más probable es que tú seas el que yo debería ser.»*

Va en la ambulancia con la mirada fija en el techo. ¿Es ahora el momento en el que todo ha pasado? ¿Qué era lo que nunca llegó a hacer? ¿De lo que huyó? Igual que un perro, él evita todavía el olor de su propio rastro, lo percibe y se bate en retirada tímidamente, aterrorizado ante el olor que aún no se ha debilitado, la ambulancia avanza muy rápido, pronto despegará. ¡Como un albatros! Ingresó en el hospital con total tranquilidad en el mes de julio, todos los análisis apuntaban a unas verdades inescrutables, nadie entendía nada.

¿Por qué estaba tan tranquilo? En febrero de 1990 le habían regalado otra vida, se sentía ligero, liberado, cada año un regalo, incomprensible la ligereza de la vida. Y ahora, sólo cinco años más tarde, ya le daba todo igual. Enredado en cables y herramientas de medición no deseaba más que dormir. Los latidos de su corazón cada vez más lentos, todo se iba frenando, ya le daba igual.

Lo operaron, penetraron en su corazón, y los latidos recuperaron el ritmo. ¿Era eso lo que era la vida?

La indiferencia hacia la vida es un pecado capital. Ahí está. Ahora el perro atrapó el olor de su propio rastro.

¡Venga, corre! ¡Corre!

## 6

### La parábola del talento desperdiciado

Confusiones alucinatorias cada vez más faltas de claridad. Todavía sin señal visible de las nueve hojas arrancadas. Su inseguridad parece ir en aumento. ¿A quién busca? La reelaboración del discurso de la Casa Parroquial se ralentiza más y más.

¿Qué es lo que está pasando?

Quizá al final el perro ha captado el olor del rastro del chico Siklund. En realidad, el Chico le daba miedo. Tenía veinticuatro años ese otoño de 1977. Él tenía cuarenta y tres. Fue testigo de la resurrección, prefigurada. La verdadera sucedería en Islandia muchos años después.

No es hasta ese momento que el perro capta su propio olor.

Estuvo con el Chico la última noche, era un domingo de la última semana de noviembre de 1977, antes del último intento de suicidio.

Lisbeth se había marchado furiosa dando un portazo. Al cabo de una hora, E. también se fue, ya que el Chico le dijo que le había contado absolutamente todo, *comprenderlo lo tendrás que hacer por ti mismo*, dijo, aunque no de forma desagradable, y luego se quedó allí sentado cantando *Sailing*, de Rod Stewart.

No quedaba nada más que contar, pero todo por comprender; se marchó.

El experimento con el Chico había concluido. Por su parte, él quizá había servido de grupo de control, a su manera, no estaba claro, se sentía confuso. Cerró la puerta del Chico y echó a andar por el pasillo, y de repente se dio cuenta de lo que había experimentado: era como una película de principios de los años setenta, *Mi vida es mi vida*.

¿No fue una de las primeras películas de Jack Nicholson?

Trataba, si mal no recordaba, de un joven pianista que se había rendido, quizá porque estaba enamorado de su hermana, quizá por ser un compositor fracasado que no conseguía dar con *el tono* en la pieza que componía, seguro que era una sinfonía. ¿No había dicho el protagonista, probablemente era Jack Nicholson, algo acerca de Sibelius y su trabajo con la octava sinfonía? ¡Pero sin saber que el colapso y la crisis se debían al alcohol!, que Sibelius fracasó de lo borracho que estaba, pero eso, claro, no lo podía saber Jack Nicholson. En cualquier caso, se escapó de casa y empezó a trabajar en una plataforma petrolífera. Y luego regresó al hogar, a la hermana de acogida, de cuyo nombre no se acordaba, pero pongamos Eeva-Lisa, al menos es un nombre. Y también volvió al padre apopléjico que lo miraba ausente, con ojos casi acuosos, como si estuviera a la orilla del río.

Reflexiona detenidamente, y borra. Cada vez más difícil pensar claro. ¿Qué río?, ¿el de la iluminación o el de la muerte? Y es que el río de la muerte era diferente, ninguna claridad, sino una piel de oveja negra con la que lo taparon en la ambulancia mientras la fibrilación cardíaca lo llevaba alto, ¡¡¡muy alto!!!

Luego llegó esa última llamada. O el último ajuste de cuentas, entre el padre y el hijo que había escapado del hogar, o que había huido. Tuvo lugar en el prado delante de la casa, cuyo color no se distinguía, en una pendiente cubierta de hierba, no muy extensa, parecía como media pastura.

El sueño y la película y el despertar persistieron toda la noche. No podía dormir. O quizá dormía, se trataba de esos sueños agitados que ascienden y que intentan *comunicarle algo*, pero sin querer hablar ellos mismos. En algún sentido, había soñado con el Chico de la película, o sea, Siklund, pero era Jack Nicholson quien hacía el papel. Se arrodilló ante el padre apopléjico, que estaba mudo, y dijo *durante toda mi vida he intentado hacer que me hables*, si sólo pudieras contarme.

¿Qué debo hacer para que todo tenga sentido?

Pero todo lo que escribo no son más que excusas, y sé que te *he decepcionado*, ¡es que tendría que haberme dedicado a la música! ¡y a la composición! ¡y a los libros!, no a las plataformas petrolíferas.

Y te he decepcionado. Lo veo.



¿No ves que tengo miedo? Y a continuación el sueño se tornó aún más agitado, toda su existencia se convirtió en algo alucinatorio, ésa era la palabra, no había ningún orden en la vida que había vivido ni en la muerte que ahora sentía que se aproximaba como el mazazo en la cabeza de la lota. Todo se entremezclaba. No había ningún orden, ¿por qué habían salido así las cosas?, ¡él que había tenido tanto cuidado en mantener *el orden!*, pero luego había llegado el condenado libro de anotaciones, no, cuaderno; ¡el orden se esfumó! ¡Cataplún! De repente, el sueño lo había *intercambiado*, aunque resultaba de lo más natural, de modo que ahora el Chico, que se llamaba Siklund, estaba de rodillas ante él, de esa manera natural en la que *un hijo siempre se arrodilla ante su padre* y silba o susurra *¡si estás decepcionado, dílo!*, y ocurría en el césped delante del manicomio, que era la casa amarilla de oración. Y el Chico le había pedido *¡cuenta sobre la Casa Verde!*

Sé que puedes mover la boca y contar, es que lo veo, los movimientos son casi nítidos, *¡es que vi en el móvil que quieres decirme algo!, ¡esos labios tuyos, papá!, se movían tan lastimosamente, ¿no querías decir que yo valgo, que estoy a la altura?*, y todo se volvió aún más extraño, ahora era él quien intentaba que las palabras le salieran, pero no pudo.

Los labios sólo se movían *en el vacío*, y no era capaz de decirle nada al Chico, ni siquiera podía *hablar del zollo*.

Mudo. Mudo.

Leí lo que escribiste, le susurró el Chico, era Siklund, ¡también leí el cuaderno secreto! (ahora el sueño se hallaba en una fase de máxima agitación), ¡hay demasiadas *notas muertas* en tus textos! Ni siquiera sabes escribir bien la palabra milagro, es que lo oigo, *¡habla del milagro!*, y aún entiendo menos, ¡aunque intentes redimirte a ti mismo! ¿No puedes escribir algo sin esas notas que están tan resecaas como boñigas, o llenas de terror, algo más sencillo? *¡Sobre el amor!*

No puedo contestar a esa pregunta, dijo él.

Entonces, ¿cuál es la pregunta?, replicó el Chico.

Ahora se hallaba muy cerca de la superficie del despertar, ascendía hacia ella pero estaba a punto de ahogarse, yo sólo quería que hablaras de la posibilidad del milagro, y también de la de *la resurrección*, susurró medio asfixiado, ¡para salvar mi vida! Y luego rompió la superficie del sueño, y

estaba despierto. Y a las 8.45 esa misma mañana, cuando el sudor del sueño aún permanecía en las sábanas, lo llamaron por teléfono para contarle que el Chico había muerto y cómo había sucedido.

Y ése fue el final de la historia.

Sólo quedaba, por tanto, el principio, y el porqué.

Esto fue lo que pasó.

La primera cosa importante fue el capitán Nemo, el benefactor en el cráter del volcán, en el interior de La Isla Misteriosa. Eso lo constata. Punto. Pero luego estaba Kim.

Había leído *Kim*, de Kipling, unas tres veces y le había causado una profunda impresión espiritual, pero, al cabo de cierto tiempo, a la Madre le dio por examinar el texto ya que el niño había empezado a hablar de forma muy extraña, casi blasfema, en absoluto como un devoto cristiano, sino más bien con un deje oriental, y tras dicho examen casi le da un ataque ante el peligro que veía en el horizonte. El niño profería palabras *casi como un hinduista* y ¡afirmó haber encontrado un padre en *un Lama desharrapado!* La Madre confinó el libro a la despensa, a la estantería más alta, donde ni siquiera las ratas llegaban.

Y sanseacabó.

Sufrió un poco en su espíritu al anhelar el confiscado y cautivo libro, y una mañana, cuando la Madre lo despertó como de costumbre y lo apremiaba a vestirse e irse al colegio, fingió encontrarse enfermo, por lo que ella lo devolvió a la cama con dos bocadillos de margarina, o sea, estaban en una silla junto a la cama, y un vaso de la leche azul. Luego, la Madre se puso los esquís y envuelta en la oscuridad matinal partió hacia el colegio, situado a tres kilómetros de distancia, para trabajar. Se había lamentado y quejado por consideración a su pobre hijo, gravemente enfermo, de ahí que a éste le entrara un pequeño acceso de angustia por el pecado, pero el ansia que sentía por el libro ahora encarcelado en la despensa resultaba a todas luces más acuciante, y por eso se sobrepuso y aguardó hasta que ella se desvaneció en la oscuridad.

Había nevado y las pistas de esquí habían desaparecido. Luego en mayo, la nieve se derritió y ella montaba en una bicicleta Monark con neumáticos de globo. Pero ahora la nieve recién caída cubría las pistas.

Puso la silla de la cocina delante de la despensa y consiguió alcanzar el libro. Fue un día glorioso. Una semana más tarde volvió a enfermar repentinamente y de gravedad, y se vio obligado a quedarse en casa. La madre reanudó sus lamentos, aunque parecía un poco pensativa, y cuando por tercera vez consecutiva le afectó la misma extraña dolencia, y se le olvidó poner en su sitio la silla de la cocina, la Madre, tras un largo interrogatorio, averiguó la verdad y confiscó de nuevo el texto. Acto seguido rezaron al unísono al Salvador pidiendo perdón, y después de eso, el libro *Kim*, de Kipling, desapareció para siempre.

¡Pero él se acordaba! Y por la noche, aunque el libro estaba escondido y relegado, permanecía en vela con sus ojos infantiles muy abiertos. Y en la oscuridad, una y otra vez, incansable, se imaginaba cómo cogía al Lama de la mano, era la derecha, y partía en busca del Río de la Flecha. Y atravesaban los campos verdosos de la India y los bosques de pino. Y ni el malvado Dios Jehová ni su torpe hijo se hallaban cerca. Y llegaban al río, y se sumergían en el agua que estaba tan clara que no era necesario purificarla con la presencia de ranas, como en su propia fuente de agua fría delante del escaramujo, a las que había que defender.

Y el agua estaba caliente. Y el padre Elof se dio la vuelta y le dirigió una ligera sonrisa, como de gratitud.

La versión no revisada de Siklund, la que afirmaba decir la verdad, la escribió como una *pieza fabulada para el teatro* un invierno en París a mediados de los años ochenta.

Aquel invierno de 1987 se había acurrucado en el piso como un gato mojado, enroscado en el alcohol; sabía que todo estaba perdido, pero al final puso *Las aventuras del Chico* por escrito mientras buscaba botellas por todos los armarios, y su gato rojo, que le habían regalado con un objetivo terapéutico, ese condenado gato dijo con enfado que se sentía *abandonado*, justo lo que la psicóloga de Copenhague había insinuado antes de echarlo de

su consulta porque él, con total inocencia, y sin grandes segundas intenciones, había reconocido que le resultaba atractiva y que *le gustaría mucho compartir una botella de gaseosa con su interlocutora.*

De modo que de eso no hubo nada.

Se decidió a redimirse, por si acaso. Ésa era la expresión, no iba a entregarse, sino a ver la luz sólo. Borracho como una cuba o no, uno siempre podía *redimirse.*

Igual que el Elof. Y la prueba existía, nueve hojas, pero había que interpretarlas. Redimirse por sí solo únicamente podía hacerlo un predicador, y ya lo era. Así que podía convertir la historia del *Chico y el gato muerto* en una parábola, aunque no en una tan falsa como las del Nuevo Testamento. Esta verdadera historia de la vida debía tratar del Chico que no se entregaría a Dios hasta que el gato muriera, y resucitara. Y de cómo el Chico le había hecho entender que no existía ningún Dios, aparte de ese pequeño niño que lo guiaba y al que se podía coger de la mano. Como si Dios fuera el pequeño Kim, el que te guiaba por las tierras salvajes del mal, o sea, que *guiaba* como un gato con correa, sí, exacto, como un pequeño gato lleno de perdón. Y la misericordia sería administrada por un zorro cruzado que estaba en posesión de la verdad y *la comunicaba en forma de parábola.* Directamente a P. W. Y a Elof, que, espiritualmente hablando, siempre se hallaba cerca de ellos. Y a él mismo. Allí detrás de la letrina donde escuchaban, solemnes, la parábola del zorro.

Uno no necesitaba ser merecedor de la misericordia, administrada por alguien que podía hablar con movimientos mudos de labios a través de las generaciones. Y la parábola debía anotarse, debía hacerse rápido, antes de la noche en la llanura islandesa cubierta de nieve, mucho antes que eso, años antes, mientras aún le quedaba tiempo, y coraje para aprovecharlo, pese a los jadeos del implacable Jehová en la nuca.

Kim, amigo mío. ¿Adónde me llevas?

Trabaja, según la Libreta de trabajo, con intensidad. Allí se distinguen los restos de una novela de amor destrozada.

¡Uno se queda atónito!

En uno de los estudios previos de *Temor y temblor*, de Søren Kierkegaard, hay una anotación inédita sobre la única ocasión en la que vio el pecho de una mujer.

Se trataba del de la mujer de uno de sus amigos. Kierkegaard ha ido de visita a su casa. Los dos hombres se han enfrascado en una conversación acerca de un enemigo común, Grundtvig, y hablan tranquilamente entre calumnias dirigidas a éste. La puerta de una de las habitaciones interiores se halla entreabierta, se podría decir incluso que casi abierta. De pronto, Kierkegaard advierte a la espalda de su amigo cómo la esposa de éste, dentro de esa habitación interior, se despoja de la blusa para ponerse otra. No lleva nada debajo. Se gira despacio, con una pequeña sonrisa, se da cuenta de que Kierkegaard puede verla, pero no se cubre, ni tampoco apresura sus movimientos, lo que supone una invitación.

Eso es todo. Kierkegaard sigue, en ese momento, prometido con Regine.

¿Qué es lo que experimentó? Su único comentario es: «¿Es el amor, por tanto, un grito de socorro, como de alguien que está ahogándose?».

¿No daba la impresión el Chico de ser bastante *larguirucho*?

Uno podía quedarse enganchado con ciertas palabras. La mujer de la casa de los Larsson dijo que él era larguirucho. ¿No fue así? Pero esa pequeña sonrisa de disculpa en Siklund, que de súbito podría mudar en rabia y luego..., ¿qué? ¿Y por qué pidió disculpas el Chico?

E. pudo percibir la extraña atmósfera que había en el aire, inmediatamente, la primera vez que Lisbeth lo llevó al cuarto del Chico. O celda. ¿No debía decirse celda?, ¿no era más bien una celda, con el Chico sentado en la cama con la balalaica en la rodilla tarareando sin parar «*Sailing, home again, home again*»? Y luego el saludo casi excesivamente dulce de Lisbeth ¿*Cómo estás?*, y la respuesta lacónica del Chico *Bah*, y la implorante réplica de Lisbeth *No volverás a intentarlo, ¿verdad?*, y después el Chico *Bueno, en cualquier caso, tú no puedes impedírmelo, porque se lo he prometido a Kim*, y Lisbeth ¿*Y eso significa más que si te lo pido yo?*, y no

hubo respuesta, sólo la maldita balalaica y Lisbeth de nuevo: *¿Pero no entiendes que estoy triste? ¿también por nosotros?*, y de repente ese tono. Como si hubiese dejado entrar una intimidad que nadie había pedido.

El Chico había acabado metiendo la cabeza en una bolsa de plástico, una del supermercado Konsum, igual que el chico Bachmann en el relato que él había escrito en Berlín, el que disparó a Rudi Dutschke pero que después se arrepintió.

E. había mirado a Lisbeth con una suerte de amargura. La fe en la vida de Albert Schweitzer se había frustrado. Ahora, por lo visto, había otro proyecto en marcha.

Conoció a Lisbeth en una reunión en el colegio mayor Fjellstedtska, en Uppsala.

Ella habló de Schweitzer, de su fe en la vida, con ese carisma erótico, mal disimulado aunque de lo más atractivo, que hizo que ella se quedara en él, quemándolo, como si lo hubiera marcado con hierro candente. Fjellstedtska era una residencia para estudiantes de Teología, pero servía a menudo de sitio para ligar, para aquellos que por ser demasiado devotos no asistían a los bailes de las naciones estudiantiles, y luego iniciaron una relación que duró seis meses y después se acabó.

Ella siempre le exigía que la mirara a los ojos cuando ella alcanzaba el orgasmo, para sentirse más viva. Se lo exigía. Ella era como un atrapamoscas. En el establo del tío John siempre colgaban atrapamoscas del techo, en Gammelstället, o sea, la granja que se ubicaba a cien metros de la casa de los Larsson, donde conoció a la mujer, etcétera, ya basta.

Los atrapamoscas, esas tiras pegajosas que se enroscaban en el aire, siempre estaban llenos, casi negros de moscas agonizando, él podía identificarse; acabó siendo así, al final, cuando él, idealmente sin vacilar ni un instante, debía sobreponerse y mirarla a los ojos mientras ella se corría. Había que dejarse absorber, y quedarse atrapado. Las moscas del establo morían despacio y luchaban largo rato por su vida, sería la angustia ante la muerte, alas desesperadas que vibraban con furia.

A veces se hacía pasar por psicóloga. Había muchos psicólogos. Eran auténticos predicadores. Le daban náuseas, a decir verdad. ¿Era realmente a ese montón de predicadores al que una vez había querido unirse? ¡No! ¡No!

Nunca más iba a dejar que ella lo atrapara, embadurnándolo con sus posesivos ojos. Pero llegó lo del proyecto, y el Chico, y el tratamiento psiquiátrico con *la ayuda instrumental de animales*.

En algún sentido, el Chico alucinaba, afirmaba que era un asesino doble, pero eso no se podía demostrar.

En el revoltijo de sus ensoñaciones diurnas, el Chico vivía con *la muerte como una droga adictiva*, y con la fe puesta en un Salvador que al final intervendría en su vida: o sea, estaba orate. Todo era posible. En cualquier caso, se trataba de un enfermo mental. Había crecido con su abuelo; luego, éste murió, la casa se vendió a una pareja mayor. Más tarde, el lugar se incendió y los dos fallecieron. No había ninguna prueba que implicara al Chico, pero era un enfermo mental y asumió la culpa. Y después de que el Chico y E., de casualidad, hubieran mantenido largas conversaciones a principios de los años setenta —¡todos esos que albergaban los mismos sueños de ser escritor que él! ¡en su día! ¡y ahora creían que él poseía la clave!—, el Chico había empezado a hacerse un lío.

Cincuenta y dos cartas había escrito.

A falta de un Salvador comprometido, se entregó a E., sin saber que éste, a su vez, se había entregado a sueños ebrios sobre la octava sinfonía. Aunque las conversaciones —réplicas y contrarréplicas— no habían versado sobre eso.

En cambio, había algo de la Casa Verde que E. le había contado al Chico. Y éste había pensado que allí, *¡en la infancia resucitada!*, existía la posibilidad de salvarse.

El experimento con el gato fue iniciativa personal de Lisbeth, después de que la fe en la vida de Schweitzer hubiera empezado a hacer agua y ella se hubiese negado a continuar una relación íntima con E. Y al cabo de cuatro años, Lisbeth lo llamó por teléfono, desesperada y acusatoria, insinuando que E. era responsable, o que en cualquier caso debía hablar con el Chico.

¡Cuatro años!

¿Por qué me llamas?, dijo él. Porque eres una persona abandonada, respondió ella.

Intenta en vano dominar la confusión alucinatoria.

A menudo acusa a los amigos de la orilla del río. Ellos imposibilitan la novela de amor con la radiación de sus acuosos ojos cargados de odio; sé que vamos a morir, les responde. Pero ¿y todo eso que se queda en suspenso?

Entonces señalan enmudecidos al Chico.

El Chico se había colado en la mentirosa fabulación teatral. Había dejado de tocar la balalaica, estaba sentado mirando fijamente al vacío. Luego, ese Siklund dijo, con una discreta sonrisa, *cuéntame cómo lo habías pensado, Lisbeth.*

Por extraño que pueda parecer no había ningún cuadro ni otro tipo de imagen en las paredes. Se veían pequeños agujeros en el papel, como si alguien hubiese arrancado los cuadros. Garabatos en la pared, pequeñas notas escritas a lápiz, la mayoría imposibles de interpretar. Esas plegarias anotadas, como en un cuaderno, *como un coro de voces*, pensaba él a veces, plegarias de las que se volvió orate y con un clavo de seis pulgadas grabó susurros secretos para el chico Siklund. ¿Con qué vida soñaban? ¿O no era más que el terror a ser eliminados, allí a orillas del río?

*Desvela mi cara con tu aliento.* ¡Reconocía aquello!

Una mesa, una silla. Lápiz y papel. Desde ahí, Siklund le había escrito más de cincuenta cartas a Enquist. Lisbeth le dijo que no sabía lo que ponía en ellas. ¿Has visto las cartas?, preguntó él. Por supuesto que no, respondió ella. No cambia de línea cuando llega al final de la primera, de modo que todo se va cubriendo, dijo E. ¿Pudiste leerlas? Que no, pero si te las envió a ti, replicó ella. Tú deberías saber lo que pone. Una alfombra negra, dijo él, imposible discernir una sola palabra. ¡Alucinatorio! Bueno, comprender es tu responsabilidad, concluyó ella.

¿Responsabilidad?



Cuéntale lo que habías pensado, Lisbeth, dijo el Chico, con mucha amabilidad.

Y ella le presentó el proyecto, que era un proyecto de colaboración entre la universidad y el hospital.

El manicomio, apostilló el Chico. El manicomio, como solemos decir nosotros los activos.

Lisbeth no se dejó alterar. Continuó hablando con esa inmensa calma que él reconocía tan bien, esa calma inquietante y ese control absoluto que a él lo habían aterrorizado, y que durante breves instantes hicieron que la creyera, cuando, pese a poseer un talento sexual más bien virtuoso, afirmaba no haber tenido nunca amigos, y que era algo que *le gustaba*; quizá formaba parte de la sexualidad. Una condición para esos orgasmos en serie provocados con una confianza en sí misma que rayaba casi en la arrogancia. Él le había contado a Lisbeth cómo había empezado todo, o sea, le habló de la mujer de cincuenta y un años en la casa de los Larsson, y de que seguramente se trataba de la experiencia religiosa más intensa de su vida, quizá la única, la que pese a todo le había hecho mantener la fe en que el milagro religioso existía de verdad, y en que *algún día eso le ayudaría a sobrevivir*. A continuación, sin embargo, para su enorme asombro, ella se enfureció, se vistió a toda prisa y se marchó, acto que supuso el inicio de la ruptura de su relación.

Bueno, pues ya está, gracias. De verdad.

En alguna ocasión se le había ocurrido que, durante todos los años que había vivido la Madre, él nunca ¡nunca jamás! había *tocado* el tema de la vida sexual de ella y el Padre; ¡quizá lo que pasaba era que tenía que interpretar las nueve hojas, o más bien las dieciocho páginas, arrancadas!

Lisbeth había mostrado una sonriente calma también cuando rompieron, fue ella, dicho sea de paso, quien lo echó a él. Le sonaba el tono de voz, seguro que era eso lo que ella había intentado *implementar* en la fe en la vida de Albert Schweitzer, y que condujo al fracaso del proyecto. Quizá la fe en la vida opuso resistencia, no se dejaba incorporar a su brillante talento sexual, por desgracia. En cualquier caso: le sonaba. Pero lo del Chico parecía ser otra cosa.

¡Ella había llorado por teléfono!

La estatua de hielo había llorado. Increíble. Como si la capa de hielo hubiese empezado a derretirse. ¿Había malentendido algo en ella, esa reina de los atrapamoscas? Pero en la habitación, o celda, ¿no se podía decir celda?, subyacía un tono de misterio. Pasaba algo.

Y ahora llegaba la misma retahíla explicativa que por teléfono. O sea, antes de ser presa de un ataque de nervios y echarse a llorar entre gritos.

La conversación telefónica había sido de lo más desconcertante, ahora se expresaba de forma más clara.

Debía de haberse controlado.

Habían creado *un grupo de futuro en la universidad*, explicó ella tranquila, la zona gris no teológica (¡una recaída en la calma irónica! a veces sabía protegerse mediante la ironía con brillante habilidad; fue cuando él, después de un coito feliz, denominó su ironía como *moralmente irresponsable* que su relación empezó a resquebrajarse en serio); *con experimentos alternativos dentro del campo del tratamiento psiquiátrico, y nos movemos en las zonas fronterizas donde procuramos realizar ciertas distinciones sencillas: ¿qué aspecto tendrá el ser humano del futuro?, ¿qué necesidades tendrá?, ¿es la pertenencia o la libertad lo que está más enraizado?, ¿dónde están los agujeros negros en el universo de la psique?, ¿cuál es la diferencia entre lo humano y lo no humano? Bueno, ya habrás visto lo difícil que es interpretar a Siklund*, dijo ella, *ese anhelo por la culpa. Esa cosa tan incomprensible.*

Y él preguntó: ¿cómo veis la diferencia entre un ser humano y un no-ser humano? Y ella respondió que *puedes poner una ostra a prueba con una gota de limón*, si la ostra está viva, se contraerá, un ser humano reacciona igual con un animal, es lo humano lo que se despliega. Con un gato, preguntó él; sí, o un perro, o un caballo, pero es más práctico con un gato.

La idea no podía estar más clara. A los enfermos mentales se les asignaba un animal. Asumir la responsabilidad hacia un animal resultaba curativo.

El problema era que el Chico quería mucho a su gato, pero insistía en intentar quitarse la vida. Quizá la imagen de la ostra y el limón no era del todo equivocada. El gato era la gota de limón, y el Chico se contrajo, y luego la muerte.

E. escuchaba.

El Chico permanecía inmóvil. Era el 22 de septiembre de 1977, el primer encuentro en el manicomio. Y el Chico empezó haciéndole una pregunta sencilla y directa. Fue:

—¿Por qué nunca te dejaron tener un gato?

Y la respuesta de E. igual de sencilla:

—Tuvimos un gato una vez, pero cagó encima de la cocina económica. De modo que hubo que deshacerse de él.

—¿Cómo?

—Matándolo. Con el hacha. El tío Ansgar lo hizo.

—Pero ¿quién lo decidió?

El Chico Siklund había asumido la iniciativa de la conversación con una curiosa autoridad. Por lo demás, ni una flor, ni una planta en la habitación, o celda. E. recordó que en Copenhague había tenido un ficus benjamina, estaba junto a la ventana que daba a Sortedam Dossering. No importaba lo mucho, o poco, que lo regasen, agonizaba igual. Había llegado a la convicción de que lo habían puesto ahí para probar la capacidad de aguante de la planta. O sea, de aguantarlo a él. Sería, desde un punto de vista científico, el aliento alcohólico que emanaba de su boca lo que la estaba matando.

Si la planta moría, poca esperanza quedaba.

Todas las mañanas contaba el número de hojas que se habían caído. Era implacable. ¡Pero el Chico no tenía ni una sola planta!, ¡ni una sola!, y dijo, poco antes de marcharse E., que todas las plantas morían si las colocaban en la misma habitación que él.

¡Extraño!

¡El Chico pensaba lo mismo que él! *¡Todo se muere al estar cerca de mí!* Sólo el gato aguantaba.

Daba mucho la murga con ciertos temas, ¡resultaba desagradable! ¡Información privada de E.! No entendía de dónde había sacado esos datos. ¿Habría sido Lisbeth? Pero no había hablado de esas cosas con ella. Y luego estaba lo de las preguntas sobre quién había decidido que *el gato que cagó encima de la cocina* tenía que morir. Debía de habérselo contado al Chico en febrero de 1973, cuando éste, en una visita, con los ojos brillantes, le estuvo haciendo preguntas acerca de la Casa Verde.

No se podían mantener conversaciones así. Llevaban a mal puerto. El Chico lameteaba la culpa y la venganza cual gato sediento.

Lisbeth le hizo una advertencia al Chico.

Y el Chico —¡desafiante!— se echó a reír casi feliz, asintió con la cabeza, y dijo:

—¿Fue tu madre? Entonces debe morir.

No se podían mantener conversaciones así.

Se trataba de un grupo de cinco personas y a cada una se le había asignado un animal. Y había un grupo de control de veintitrés a los que no se les había dado nada. Concretamente, se trataba del resto de los locos, había comentado el Chico. Los que no recibieron nada formaban el grupo de control. Los que habían sido *elegidos a Nada*. Y es que eso también era una misión.

Luego llegó ese odio. Existía un odio incomprensible en aquellos que habían descubierto la palabra *Nada*.

Pensándolo bien, era raro que los del Control no siempre se rebelaran. Pero eso, sobre todo, era un pensamiento político, había señalado el Chico, y Lisbeth, impaciente, le había dicho que no había ningún pensamiento político detrás del hecho de darles a los del Control Nada.

Y eso, claro, es verdad.

Cuando pensaba en el Chico, a veces lo hacía como en alguien *elegido*.

En realidad, a él también lo habían elegido, había ocurrido el año que terminó el sexto curso del colegio y cuando, por tanto, como era habitual, le tocaba entrar a ocupar su sitio bajo el ruidoso tambor descortezador en la fábrica de masa de papel de Bureå, para llevar la carretilla de corteza, labor que había realizado durante dos veranos.

*La vida bajo el tambor descortezador* era algo que había llegado a considerar como su sino.

Era la única vida que existía, donde uno, en el mejor de los casos, podía alcanzar la cima de su carrera profesional como capataz en el equipo de estibadores del puerto, a lo que sin duda el Padre había aspirado antes de ascender al cielo; pero ese año en el que terminó el colegio, 1947, se había instalado mediante la intervención de un poder supremo una Escuela Superior Popular en Bureå, donde a los veintiocho alumnos más aventajados del municipio se les ofrecía la posibilidad de estudiar otros cuatro años más, y así poder presentarse al examen para el diploma de estudios de secundaria. Y, en caso de aprobarlo, ponerse la gorra gris.

Él resultó elegido. Y luego la cosa simplemente continuó.

Veintiocho personas en el grupo del experimento. Unos centenares de adolescentes no tan afortunados en el del *Control*, aquellos que no habían pasado la criba, aquellos a los que se dirigía hacia la vida bajo el tambor descortezador. Así se imaginaba la existencia de todos ellos, o la suya, en un principio. Pero tuvo suerte. Habían realizado una criba. No para seleccionar a los más inteligentes de cada pueblo, pero quizá a aquellos con más inquietudes, a excepción de los que eran tan devotos que ante el terror de *perder la fe estudiando* rechazaron la posibilidad de seguir formándose.

¿Quién lo había salvado de acabar en el Control?

De repente, lo supo casi con total certeza. ¡Fue la Madre quien consiguió sacarlo del Control! ¡Cuando estaba quemando el cuaderno, y en un instante cambió de idea, introdujo la mano, desnuda, entre las llamas! Y etcétera, y etcétera, aquello que él siempre, casi como un maníaco, repetía.

¡Él, por tanto, la había traicionado!

Ella le había salvado la vida. ¡Él ingenuamente había buscado una escritura invisible en las hojas de un cuaderno casi quemado, como para estigmatizar a la Madre!, ¡que era su salvadora!, ¡pero es que en las nueve hojas no había nada!

¡Pero quizá en las cartas del Chico! ¡Las cartas del Chico! ¡La alfombra negra de líneas sobrescritas!

Las fronteras entre el Chico y el Elof y él mismo y su propio hijo se hacen cada vez más borrosas. Parece aferrarse a la mujer de la casa de los Larsson cual cuerda de rescate, aterrado de que se rompa.

El Chico Siklund tenía un mensaje, y él, por su parte, una plegaria, y una pregunta, una muy angustiosa, que se repetía después de aquella noche en Islandia y cuyo eco resonaba en todos los que le preguntaban: *¿y ahora sabes por qué?*

Aún no.

El Chico había querido mucho a su gato. Tanto como él mismo había querido al suyo en París. Y Eriksson, que estaba en el Control, robó el gato y lo sacrificó dándoselo al zorro, y el animal murió, ¡aunque era *totalmente inocente* de aquella acusación de haber cagado en la cocina!

Las pantallas de proyección que debían contestar a la insistente pregunta *¿Era esto lo que era la vida?* se entremezclaban unas con otras de forma cada vez más alucinatoria. Su misión ahora, a finales de su vida, era la de comprender *la resurrección*. Sólo eso. A orillas del río. Así lograría la calma. El milagro era posible. Y el Chico, precisamente para ese objetivo, le cogería de la mano, era la derecha, y juntos se dirigirían hacia el Río de la Flecha.

Sí, juntos.

Él aniquilaría el montón de hojas del manuscrito sobre Cristián IV, y también el que hablaba del Chico que se redimió gracias a su gato, y que demostró que el milagro era posible. ¡Se trataba de un callejón sin salida! ¡Quema! ¡Quema! y buscó un sitio donde arderían todos esos centenares de hojas. Sin embargo, no existía ninguna cocina económica donde quemar callejones sin salida. Con la angustia reflejada en su rostro inexpresivo recuerda la duda de la Madre: quemar, rescatar, introducir la mano desnuda entre las llamas.

Kim. Kim. *¿Adónde vamos? ¿Adónde me llevas?*

El gato, el que le habían dado al Chico para reforzar sus ganas de vivir y su fe en la vida, según una idea del tardío Albert Schweitzer, tenía el pelaje de un color rojo intenso, era alargado con una cabeza algo puntiaguda, un aspecto un poco zorruno, y lo llamaban *Kim*.

No entendió entonces, pero más tarde sí, lo que el Chico había sentido. Lo singular del animal era que no *reprochaba*. No había ni rastro de reproche en él, no hacía preguntas, no desaprobaba.

No tener que merecer la misericordia.

Agape, ¿no se llamaba así?

Es que él pasó por lo mismo mucho tiempo después en París; el piso enorme, los paseos entre las habitaciones, la angustia de que todo había terminado, el gato que se llamaba *August* y que también era enorme, como un lince, y que lo observaba con sus tranquilos y sabios ojos que sólo decían *¡no te reprocho nada!*, *¡tú vales así como eres!*, *¡tú no tienes ninguna culpa!*, *¡yo no tengo preguntas!*, y que lenta y ceremoniosamente se enroscaba en torno a la máquina de escribir, que era la herramienta de trabajo que él ya no utilizaba, que permanecía silenciosa y quizá acusatoria; pero las acusaciones se suavizaban por la presencia de ese gigantesco felino durmiente que se había enroscado en la máquina de escribir, y cuyo sueño profundo sólo expresaba *¡duerme!*, *¡no sientas culpa!*, *¡te estás destrozando la vida pero aun así tú vales tal y como eres!*

—¿No me lo vas a contar? —le dijo al Chico esa primera vez que lo visitó en el manicomio.

—¿Contar el qué? —respondió éste.

—Lo de Eriksson.

Aunque ya lo sabía. La rebelión de aquellos que no tenían Nada. Por su parte, E. lo tenía todo, en absoluto formaba parte del Control, y aun así todo se vino abajo y se salvó por muy poco. *¿Aquello podría volver a repetirse?*

Quizá la autorredención no fuera suficiente.

¡Cuánta quietud esa tarde!

El Chico estaba acurrucado en la cama. El experimento con el gato había fracasado. ¡Eso de escuchar historias sobre animales...!, ¡los animales irracionales que supuestamente ofrecerían una salvación, y una dirección! ¡Una fe en la vida! ¡Un rescate de las ardientes llamas! ¡Las manos desnudas!

Aquellas personas que contaban historias sobre animales a menudo gozaban de una suerte de sacralidad. Cuando el abuelo P. W. le había relatado las aventuras del zorro cruzado, lo había invadido como una *sacralidad lingüística*, y al querer expresar lo terrible o sobrenatural que acaecía en las experiencias de ese zorro los pulmones apenas lograban recuperar el aliento. Cuando el Chico hablaba de Eriksson, y su abuso contra el pobre gato, un abuso tan terrible que podía compararse con aquel horror bíblico que se había apoderado de todos el día que la Madre, a la que tanto quería, había encargado al tío Ansgar asesinar, con un hacha, al pobre gato que había cagado encima de la cocina económica; entonces era como si dos parábolas se hubieran superpuesto, una escrita encima de la otra. Como las parábolas de Siklund. Y las del zorro cruzado.

Bueno, es que yo a Eriksson lo conozco, dijo el Chico, ¡así sin más!, y con unas pocas palabras resumió su firme creencia: ¡Eriksson se puso celoso! *Él era del grupo de control, y además yo era el único del grupo del experimento que estaba tan perturbado como para que me asignaran un gato.* A los demás les dieron caracoles y cacatúas y cosas así, pero todo el mundo prefería un gato, claro, especialmente uno tan bonito como *Kim*. Eriksson quería un animal, pero sobre todo un gato, y en concreto *Kim*. Eriksson siempre se pasaba por el comedor para darme coba, y pretendía que yo le dejara a *Kim*. Sólo un ratito. Pero yo no se lo dejaba, claro. Habría ido en contra de las reglas, eso lo había dicho Lisbeth. Eriksson tenía que ser Control y no borrar las fronteras entre los que eran Experimento y los que habían sido asignados a Control.

E. había oído la historia de la catástrofe antes, por teléfono. Pero no del Chico. De Lisbeth. Ahora él valía. Ahora él valía.

Resultaba, por cierto, asombroso que Lisbeth, aquella vez después del encuentro en Fjellstedtska, hubiera querido iniciar una relación con él. Él valía, daba la talla.

Después ya fue harina de otro costal.

No eran muchos, a fe mía, los que durante los años en París habrían querido señalarlo con el dedo y gritar: *¡Tú vales! ¡A pesar de todo!*



El gato en París, *August*, poseía una misteriosa *previsión* respecto a los sentimientos del borracho. A cómo éste quería que fueran las cosas.

El gato se despertaba a eso de las cuatro, casi todas las mañanas, media hora *antes* de que E. se despertara y se arrancara las sábanas empapadas de sudor alcohólico. El gato se le subía tranquilamente de un salto a la tripa y le hablaba y le decía con amabilidad, o sea, al borracho, que ahora estaba preparado para escuchar las preguntas mudas.

Estas preguntas del borracho al gato eran:

***¿Cómo había acabado preso del deseo de alcohol?***

***¿Era eso consecuencia de su falta de fe, de su desprecio por la admonitoria del Salvador que oía en su interior?***

***¿Ya no valía?***

***¿En algún momento había valido?***

***¿Eran las falsas esperanzas que la Madre depositó en él como poseedor de una singular capacidad para poner historias por escrito, las así llamadas fabulaciones, en papel, quizá en un cuaderno, era esa confianza, la que le había conducido a ese camino vital, la que tenía la culpa de su decadencia?***

***¿Era la Madre, por tanto, culpable?***

***¿Y quién era el Padre en realidad?***

***¿Estaba pagando por los pecados nunca vividos del Padre, los que éste había deseado con lujuria pero que la implacable enfermedad (fueron las tripas) le había negado?***

***¿De verdad le había pedido perdón a Eeva-Lisa?***

***¿Había desperdiciado su talento?***

***¿Existía una salvación?***

***¿Era posible el milagro?***

Y todo eso lo escuchaba el gato (que se llamaba *August*), lo escuchaba con inusual valentía, se acomodaba en su pecho, a pesar del tufo a sudor alcohólico, y ¡contestaba con un tranquilizador ronroneo!

¡Ese amor incondicional!

Teniendo en cuenta esas experiencias vividas por E. no era de extrañar que el Chico quisiera mucho a su gato. ¡Y llega ese asesino de Eriksson! ¡Casi con un hacha en la mano! ¡Y eso que el gato del Chico ni siquiera había

cagado encima de la cocina económica!

Y se va acercando a la verdad.

Las señales aparecen ahora en una de las hojas arrancadas del cuaderno. Una de ellas: *la Madre lo había salvado*, del Control, de esos que no tenían Nada, logrando su acceso a la Escuela Superior Popular. Pero ¡¡¿cómo conciliar eso con la otra señal: el tío Ansgar *con el hacha sanguinolenta en la mano*?!!

¡Había que forzar a la Madre a rendir cuentas! ¡La misma idea, dicho sea de paso, que tenía la prima segunda de Istermyrliden! ¡Ser investigada por la policía o el Salvador! ¡daba igual! ¡Ahora se le había acabado la paciencia!

¡Basta de palabrería!

Tenía un aspecto bastante entrañable allí sentado con su balalaica. Sin duda, daba la impresión de ser un poco larguirucho.

El Chico había intentado explicar. Antes de la intervención para castrarlo le había dicho a *Kim*, quien se sentía culpable por su comportamiento desequilibrado, que no pasaba nada si quería correr como un loco de un lado a otro de la celda meando en cada esquina mientras se sentía como metido en un hormiguero con todo el cuerpo picándole de las ganas de follar que le entraban. ¡Había quedado totalmente esclarecido que así debía ser!, era de lo más normal.

El Chico sentía lo mismo. La condición humana era eso, también.

Él había pasado por lo mismo. Y los dos lloraron, tanta impresión les causaron las palabras del Chico. La angustia que le invadía en la celda era normal y nada de lo que avergonzarse. No poder follar era el causante de esa angustia. O sea, *no tener la oportunidad de follar*. O hacer el amor, si uno quería llamarlo así. Y si la vida terminaba y uno moría *sin haber podido*, entonces la vida habría sido bastante absurda si uno sumaba y hacía cuentas. Y no sólo era una cuestión de privación. El Chico había celebrado un pequeño momento de oración con el gato *Kim* para hablar sobre eso de *privarse de follar*, y el sufrimiento que conllevaba, pero mejor eso que *el vacío de vivir sin la capacidad de hacerlo*. Uno casi se volvía loco por no poder follar, y ahora cuando las cosas se ponían peor debían mantenerse

unidos; pero, si lo operaban, entonces no quedaría más que el vacío. Como la muerte. ¡Negrura! Y cuando uno se preguntaba entonces cuál era el sentido, o sea, si uno se operaba, ¡el sentido no sería *ni siquiera el sufrimiento!*

Quedarse en el hormiguero anhelando era terrible, ¡aunque, aun así, era vida!; pero una vez operado, ¡no quedaría más que negrura!

Al oír esas palabras, *Kim* había llorado y se había refugiado en el pliegue del brazo, así de entrañable podía ser *Kim*, y sollozando dijo que quizá fuera mejor que lo operaran. Pero el Chico replicó que eso sería recortar lo humano, como despojar a un ser de todo lo que tenía de humano, o de felino, y que había que creer en que *el sufrimiento de no tener la posibilidad de follar, aunque uno pudiera, formaba parte de lo que era vivir.*

Una vida sin sufrimiento no era vida.

Sería plana, como una fotografía, y aunque a veces resultaba desesperante, y era como si uno hubiese perdido el control con la sensación de estar hasta arriba de mierda, tumbado y sudoroso en la cama por las noches, despertándose a las cuatro de la madrugada con una enorme cantidad de preguntas que no obtenían respuesta, en momentos así era agradable que él existiera, o sea, *Kim*, y escuchase, y dijera que uno valía, y que no era demasiado tarde, y que no había que rendirse.

Pese a todo, maldita sea, una mañana fueron a buscar a *Kim* para operarlo, y el Chico al enterarse empezó a lanzar maldiciones y a espetar palabrotas. Como desesperado. Y cómo coño iba a haber fe en la vida después de una operación así, únicamente vergüenza, y durante varias semanas *Kim* no quiso que lo vieran, se quedó acurrucado bajo las sábanas, nada más.

No hacerlo sería maltrato de animales, dijo Lisbeth.

¡Esas mujeres! ¡Increíble! ¡No entendían lo que era el amor! ¡Esas mujeres verdugos!

¿Sólo existía una mujer que lo había comprendido todo?

¿La del suelo de pino sin nudos, cuyo nombre era María? ¡Que masajeaba los pies del Salvador con aceites perfumados! ¿No había más que una que tenía acceso al espacio más íntimo donde él, ella y los herrnhutianos

podían unirse?

Se puede ver el valle desde la ventana del Chico.

Al otro lado del muro se puede ver cómo los árboles se agrupan, como vacas al acercarse la noche. Los árboles permanecen en silencio, no mugen, ¿qué quieren las vacas cuando gritan?, ¿adónde van los árboles? El Chico estaba delante de la ventana pensando que aquello se parecía a algo. Las palabras se agrupaban, y sólo el gato las entendía. Cogió al gato y se lo puso en el hombro y le describió lo que había visto de niño.

Entonces, el gato respondió susurrando. Era *el credo*.

***No caerás en la desesperación.***

***Cada pequeño acto al que consigas agarrarte en tu miseria***

***Se añadirá como agujas al hormiguero***

***Y será guardado en los dientes de La Gran Rueda.***

***Pero si te rindes y te quedas allí en el agujero abierto en el hielo  
rascando entre gritos y plegarias***

***Y te arrancas las uñas allí en el borde del hielo***

***Y empiezas a pensar en el sosiego que sentirías al soltarte y dejarte  
caer al fondo,***

***Entonces eres un traidor a la vida.***

***Pero permanecerás y con las uñas arrancadas***

***¡Y aguantando el dolor te agarrarás!***

¡Lisbeth solía decir que los gatos no pueden hablar!

Siklund respondía que la boca se movía, y en cuanto la boca terminaba con los movimientos labiales salían sonidos de entre ellos, así era, él había visto cómo hablaba una fotografía de su abuelo, ¿por qué no iba a poder hablar *Kim*?

—¿Y quién es *Kim*, que posee el don del habla? —le preguntaron.

—Es rojo, sus labios se mueven, se asemeja a un zorro, quizá es un zorro cruzado, entonces tiene un mensaje, hace una señal de que *yo valgo*, a pesar de que el Salvador, u otra instancia superior, me ha dicho que

desperdicio mi talento. Y yo le he contestado al Salvador que una persona así también vale algo, también es una misión no tener Nada y ser Control.

Como Eriksson.

No digas memeces, dijo Lisbeth. Ahora háblale a tu amigo de lo que sucedió con Eriksson, el que no tenía Nada. Tú, sin embargo, no fuiste Control. El talento era tuyo. ¿Y qué hiciste? ¿Cómo administraste tu talento?

De pequeño había contemplado el mundo desde el suelo de la cocina, cubierto de linóleo; alzando la mirada en diagonal hacia la ventana había visto el mundo real.

Allí, desde esa posición baja, había observado el serbal, que era un árbol de la felicidad, cosa que la Madre le había contado muchas veces, entre lágrimas, después de la ascensión del Padre, y que vigilaba la casa que su marido había construido. La protegía de las desgracias.

Las serbas las veía desde el suelo de linóleo. El serbal se arracimaba justo delante de la ventana, y le tapaba la vista del valle. Al crecer, y dejar de ser un niño, y de albergar pensamientos infantiles, se levantaba, y miraba hacia el valle. Tensaba las plumas de sus alas, como músculos, y esperaba que el cristal de la ventana se rompiera abriéndole una brecha.

Y la Madre le decía humildemente: Cuanto más alto vuelas, más dura será la caída.

Cada tarde entre las 16.00 y las 18.00 horas, el Chico sacaba el gato a pasear.

La pista, que medía 320 metros de largo y se hallaba delimitada por un muro de 2,5 metros de alto, la recorría una y otra vez. Estaba asfaltada. La idea era que todos los del manicomio pasearan por ella, pero él y el gato *Kim* casi siempre estaban solos. Uno podía andar por esa pista e imaginarse *cómo sería en el bosque*. Cierto que no veía más que el interior del muro, pero el abuelo P. W. le había enseñado la importancia de *la fuerza de la imaginación*, y ahora podía utilizarla.

Era como una carta blanca.

El zorro cruzado había insinuado lo mismo. Todo guardaba relación. Y no había ningún motivo para avergonzarse por tener naturaleza de poeta, además, le había salvado una vez, en Islandia, pero basta ya de eso. ¡Basta! El bosque, que ahora gobernaba por medio de la fuerza de la imaginación, se extendía hacia el este y era enorme; pero él nunca había llegado más allá del pico del monte de Ben, que estaba a 133 metros de altura, y casi siempre descansaba un rato justo antes de alcanzar la cima, donde, dicho sea de paso, se hallaban los restos de la derribada torre de vigilancia desde donde se oteaban los aviones enemigos. *¡Fue allí donde Eeva-Lisa!*, no quería seguir el pensamiento hasta el final, *pero, en cualquier caso, fue allí*. Debajo de la cima se encontraba la Cueva de los Gatos Muertos. Podía subir hasta allí, con la ayuda de *la fuerza de la imaginación*, descansar un rato, y sobreponerse.

Al gato lo llevaba con correa. Los enfermos mentales, entre los que él no se podía incluir, tanto los locos que no tenían Nada, o sea, los de Control, como los que tenían, se mostraban escépticos y burlones cuando todos los días partía llevando al gato con correa. Pensaban que con correa podía llevarse a un perro, pero no a un gato.

Eso era ridículo, el perro podría ser él mismo.

Un perro estaba obsesionado con el olor, conocía el mundo como el lugar en el que confluían los olores, ¡de modo que el perro nunca diferenciaba el mundo olfativo del mundo real! y a veces olisqueaba su propio rastro y por buenas razones se quedaba aterrado y se detenía, ¡se detenía! Paralizado casi, en su mente. Casi redimido, ¡aunque no de esa manera aguda y grande como la experiencia religiosa en la casa de los Larsson!, ¡pero por un gato!

El gato miraba hacia arriba y hacia delante.

Había algo que se orientaba exclusivamente hacia el futuro en un minino. No estaba obsesionado con el rastro que dejaba la historia.

Pasaba lo mismo con *August* en París, en el piso cerrado con los armarios llenos de botellas. Allí, a fe mía, no era cuestión de angustia ni remordimientos ni reproches. Nada más que *el hocico bien alto y fe en el futuro*.

Cuando caminaba con *Kim* a lo largo del muro, atravesaba el bosque de pinos, subiendo hacia el monte de Ben. Era posible, gracias a las enseñanzas de P. W., y en cierto sentido a las del zorro cruzado, o sea, la comprensión de que existía la fuerza de la imaginación. *¡La fuerza de la imaginación!* ¡ese enorme músculo! era necesaria en el bosque, y en el lado interior del muro, por encima del cual la fuerza había trasladado los árboles errantes.

Había lugares en el bosque que él había decorado, y que él había establecido. Parecían trincheras, donde podía defenderse, y que eran seguros. Luego había senderos entre los lugares. Pero si avanzaba por los senderos entre los lugares que él había establecido, era como si lo viejo y lo establecido se convirtieran en algo muy *diferente*. Era terrible y a la vez como algo que *cortaba la respiración*. Le daba la impresión de que empezaba una nueva vida, completamente *increíble*. Uno podía visitar la vieja vida, y sería como *al revés*, o como fuera que se pudiera explicar. Sin duda, uno no debería intentar explicarlo, ¡eso sería denominarlo!, podía simplemente lanzarse, precipitarse casi.

Caminaba llevando al gato con correa y resultaba bastante agradable, y sostenía la correa, y al mismo tiempo el minino lo guiaba por los senderos en el bosque, y llegaron a *los viejos lugares* que ahora de repente eran muy diferentes. *¡La Cueva de los Gatos Muertos!*

Y le entró la sensación de que ¡ahora! ¡lánzate!

¡Como tirarse con esquís por el monte de Ben! Y eso se podía hacer, aunque podía acabar mal.

Pero merecía la pena. Se supone que era eso lo que era la vida.

Cuando uno revisitaba algo, y era diferente, entonces se podía hacer que todo cuadrara.

Era una posibilidad.

Ese día había tardado más en salir con *Kim*, pero tenía la sensación de que el bosque se agrupaba en torno a él animándolo de tal forma que iba a poder *hacer que todo cuadrara*. Había empezado a oscurecer, pero carecía de importancia.

El gato se movía como una sombra rojiza por el sendero junto al muro y se sentía bien, y él por su parte al cabo ya de unos treinta minutos, gracias a *la fuerza de la imaginación* del abuelo, casi había llegado a la Cueva de los Gatos Muertos. Quizá faltaban unos cien metros hasta la cima, y todo estaba tranquilo y bonito, y si hubiese sido un gato, pero no lo era, claro, más bien un perro, habría avanzado por el sendero ronroneando de lo más relajado. Y serían eso de las seis. Durante un instante pensó en *Kim* y en el Lama, y luego en el Benefactor en el cráter de La Isla Misteriosa, que casi era un *Holandés Errante*, si uno lo quería ver así. ¡Y *al mismo tiempo empezó a sonar la música!* al principio no muy alto, ¡luego como un crecimiento al unísono! apareció en medio de la oscuridad, mientras el minino iba por delante atravesando su bosque, *¡era ella!*, ¡era la Madre! y cantaba.

¡La reconoció! ¡Era ella! ¡y entonaba *Panis Angelicus*, el Pan del cielo, que solía cantar en la casa de oración!, ¡un solo! mientras Elsa Lundström de Yttervik la acompañaba en el órgano. Cantaba con su voz bastante bonita en la que tantas esperanzas había puesto en su día.

Pero, en ese momento, de repente, Eriksson salió a su encuentro en el sendero.

Una vez, con la ayuda de la Madre, había escapado de Control. Pero ahora llegó el castigo. Allí estaba la explicación. Control ya lo había atrapado, y ocurrió en París. Fue por eso.

Había regresado, lo habían atrapado y arrojado de vuelta al lugar bajo el tambor descortezador, *pese a que todo había sido muy prometedor*.

Fue por eso que la octava sinfonía nunca terminaría de escribirse. Y de poco servía el canto cada vez más desamparado de la Madre, ya no más *Panis Angelicus*, fue por eso. Había tenido todas las posibilidades, Dios le había asignado un gato, era el favorecido del grupo del experimento, contaba con todos los privilegios, había recibido el don de la escritura, pero ahora había desperdiciado su talento.

Lo había tenido todo. Ahora nada.

Ahora él era Control.



## La parábola de los cinco tulipanes

Ahora en la Libreta de trabajo nada más que anotaciones breves. «La parábola del misterio arrancado»; parece que se ha rendido. ¿O está buscando en otra parte? «*Cuando escribía nunca tenía miedo, pero solamente cuando escribía.*» Tachado, por falso. O: «Sabía que había mucha gente a la que tenía mucho que agradecer, pero nunca lo hacía. Sabía que entonces estaría perdido».

¡Subrayado!

Lo que más le había aterrado siempre era que lo atraparan.

¿Era consciente de eso? Ser encolado, al contrario de lo que había pasado con la primera mujer, la del suelo en la casa de los Larsson. Ella había cerrado los ojos, y sin más había abierto la puerta al espacio más íntimo, donde se unieron igual que dos niños que juegan, y luego, sin la menor ceremonia, se despidió de él. Y lo dejó marchar, liberado, como si la experiencia en el suelo de la casa de los Larsson fuera una experiencia religiosa casi desmesurada. Que, no obstante, una vez que hubo abandonado el espacio más íntimo y fabuloso, no lo encadenaba a un cautiverio de por vida, como una esclavitud que terminaría en el cielo o en el infierno —en los dos sitios acompañado por el Padre, ¡no quedaba muy claro en cuál de ellos! ¡¡¡debido quizá a las dieciocho páginas en blanco!!!—, y que había sido una experiencia al principio cargada de sentimientos de culpa, *o sea, dos centímetros*, pero que luego se tornó absolutamente celestial.

Y que no conllevaba ningún gran compromiso, sino que sólo era *redención en libertad*.

Era justo esa expresión la que había propuesto como tema de debate para su grupo durante la semana estival de 1953 en Munkviken, el centro de cursos y conferencias cerca de Löfvånger, donde jóvenes creyentes del litoral de Västerbotten se reunieron en torno a la oración y la esperanza. *Redención en libertad*, fue su propuesta, a diferencia de *redención sin libertad*, cosa que llevó al pastor Stjärne a *pedirle una explicación* y él a embrollarse en el concepto de la autorredención. El pastor Stjärne, que, dicho sea de paso, era una copia de Lisbeth respecto a lo del pegamento de los atrapamoscas, solía pasarle el brazo alrededor de los hombros por las noches y preguntarle *¿Qué tal con Jesucristo, Per Olov?* Resultaba muy desagradable. Evidentemente, no podía ponerse a hablar de la tía Valborg como defensa, aunque la sensación era muy similar a la que tuvo detrás del aparador en el salón, incidente ya comentado.

El pastor Stjärne se enfadó y le dijo unas palabras muy serias que le hicieron pasar mucha vergüenza; ¡pues tú te lo has buscado! Soltó Halvar Bergström de Renbergsvattnet, casi regocijándose por el mal ajeno, esa noche cuando estaban reunidos en torno al fuego de campamento.

La mujer del suelo en la casa de los Larsson le había proporcionado *redención en libertad*. De verdad. Pero eso, claro, no podía explicárselo al pastor Stjärne durante la semana en Munkviken. Ella lo había hecho, de veras. Así no había que cargar con el amor como un saco de patatas, y abrirse camino con la pica en el hielo de la bahía de Burefjärden, igual que el tío Aron. Y desde entonces —cosa de la que quería dar testimonio ante Dios y ante todos los testigos de esa congregación, aunque en secreto— la había echado de menos. O sea, a la mujer del suelo en la casa de los Larsson, ¡la había echado terriblemente de menos! ¡¡¡Terriblemente!!!, y cuando empezó el instituto en Skellefteå, alojado en casa de una mujer en Skeppargatan, 7, el edificio ya no está, su añoranza se había vuelto tan acuciante que averiguó el número de teléfono de su casa en Södertälje, puesto que conocía su nombre completo.

O sea, no sólo el breve, ¡Ellen!, que le fue concedido aquella tarde cuando ella, por así decirlo, lo redimió. Sino el nombre completo. Entonces, ¿de qué servía que sellara los labios y guardara silencio? Pero una novela sobre el amor no la escribiría jamás.

Lo que sucedió a continuación tuvo lugar durante el último año de instituto.

Acudió a la mujer que le alquilaba la habitación, en Skeppargatan, donde residía —la que todas las mañanas entraba en su habitación con dos rebanadas de pan dulce y un vaso de leche, y lo despertaba sacudiéndole un poco del brazo y lo miraba con una sonrisa amable, aunque algo misteriosa, mientras le colocaba bien el edredón para ocultar su erección, bueno, *¡sólo pasó una vez!*—, y le pidió el teléfono para hacer una llamada nacional a Södertälje.

Ella le preguntó a quién iba a llamar, pero él escabulló la respuesta, le pareció innecesario contárselo, teniendo en cuenta, sin ir más lejos, la recién revelada erección, aunque *sólo pasó una vez* y ella no dijo nada, ni tampoco le reprochó la rigidez de su miembro. Y después tuvo mucho cuidado en taparse, aunque seguro que a ella le daba igual. Quizá dos veces, máximo. De todos modos, le dejó usar el teléfono, pese a su curiosidad y a su mal disimulado descontento.

¡Y pudo comunicar!, eso fue lo fantástico.

Ella se puso al teléfono, con esa voz tan bonita que guardaba un asombroso parecido con la de aquella vez cuando hablaron de la obra literaria de Bernhard Nordh. Le dijo que no sabía si quizá se acordaba de él de la casa de los Larsson, ¿que quizá recordaba que le había dado una gaseosa?, que si se acordaba de él, era bastante alto y de constitución bastante larguirucha, y habían hablado de Bernhard Nordh; y ella con una voz bastante débil le preguntó *¿Qué quieres?*, a lo que él contestó que había pensado, o quizá dijo que *había estado preguntándose un poco cómo estaría ella*, y ella quiso saber cómo había conseguido el número de teléfono.

Y él se lo explicó, con sus propias palabras, pero seguro que con demasiada ansiedad en el tono porque ella volvió a interrumpirlo. Habló rápido y dijo, de nuevo, *¿Qué quieres?*, y a eso él no supo muy bien qué contestar, por lo que colgó.

¡Menudo fiasco!

Pero su voz ya no sonaba tan bonita, de modo que quizá fuera mejor así. Y la casera aguardaba detrás de la puerta con semblante bastante taimado, para preguntarle si todo iba bien, porque parecía algo turulato, o patidifuso, y como él no supo qué contestar, la casera le soltó con aspereza *son dos*

*cincuenta*, y él replicó *¿tanto?, si no he tardado nada*, pero ella no dio su brazo a torcer, y su voz sonaba rara, y los ojos carecían de la calidez habitual en ella, la de cuando aparecía por las mañanas con las rebanadas de pan dulce y el vaso de leche. Y, continuó la mujer, si él tenía algún problema, ella siempre podía pedirle a su madre que le enviara dinero para la conversación telefónica con la mujer de Södertälje.

Algo que él se apresuró a rehusar. De modo que no le quedó otra que rascarse el bolsillo.

Luego tardó hasta 1958.

Había participado en el campeonato nacional de atletismo en Estocolmo, y a punto estuvo de subir al podio, acabó cuarto, así que se sentía bastante decepcionado. Pero por la noche se serenó, y se decidió. Iba a llamarla de nuevo. De nada le servía pensar en ella día y noche, y de nada le servía tampoco aceptar que le diera calabazas; además, no fue ella sino él quien, preso del pánico, había colgado el teléfono, y ya que pasaba la noche en casa de la tía Elsa, sí, efectivamente, la tía cuyo labio temblaba tras cumplir los noventa y que él había heredado, o sea, el labio inferior, como el monstruo de Frankenstein, bueno, eso ya se ha dicho, por suerte ella, la mañana siguiente, salió al supermercado Konsum para comprar la leche fermentada; momento que él aprovechó para coger el auricular del teléfono y marcar su número, el de Södertälje. ¡Porque si algo había guardado en su memoria era ese número! ¡lo llevaba grabado en su conciencia! como inscrito con un clavo de seis pulgadas en la pared, ¡a semejanza de la anciana que se volvió orate cuando los seis niños se pusieron azules y murieron! —por culpa del garrotillo, algo ya comentado—, o como un número de teléfono en el cuaderno, ¡el mismo cuyas superficies en blanco ahora, en 2011, intentaba llenar! esto sólo pensado como una imagen, o metáfora, basta ya de éstas.

¡Y ella contestó!

Él se presentó de nuevo, dando detalles distintos. Bueno, volvió a mencionar lo de la gaseosa, si ella lo recordaba; y dijo que bien era cierto que sólo había acabado cuarto en el campeonato nacional, aunque casi había superado los dos metros, cosa que era mentira porque en realidad había

estado muy lejos de conseguirlo, había fallado en uno noventa y cinco, pero se acordaba del interés que ella había mostrado por su juego en el equipo de fútbol B de Bureå, y la media botella de gaseosa en el descanso. Esta vez ella no lo interrumpió, por lo que él pudo seguir hablando de forma bastante *clara y descriptiva*.

Tenía un plan.

La idea era presentarse con todo lujo de detalles. O sea, de una forma más personal. Comunicar más sobre su carácter. Quizá en un tono un poco humorístico, para evitar que ella colgara. Y terminar preguntándole si no podían verse.

Sólo un momento. Para tomar un café o algo así. Antes de que él regresara al norte con el tren.

A veces la línea se quedaba en silencio, pero ella continuaba al otro lado. Y de repente, con una voz bastante extraña, ella le recordó su promesa. Que había prometido nunca nunca jamás decírselo a nadie; y le preguntó, quería saberlo con total sinceridad y contaba con su palabra de honor, si había mantenido su promesa. Y él confirmó que sí la había mantenido, advirtió que le temblaba un poco la voz, ¡era la verdad! ¡*de verdad de verdad* no le había contado a nadie absolutamente nada de eso tan enorme que había vivido! A continuación, el silencio se instaló un buen rato, y luego él dijo ¿*Oiga?* Y ella al final contestó *bueno, entonces, supongo que debemos hablar*.

Resultaba inevitable. Era algo que no se podía eludir.

De pronto, la voz de ella se tornó como muy objetiva y neutral y le proporcionó una hora de salida del tren de cercanías a Södertälje, y la correspondiente hora de llegada, y parecía muy segura de lo que decía; quizá era de lo más normal, seguro que iba y venía mucho entre Estocolmo y Södertälje, eso casi cabía suponerlo.

¿Y dónde quedamos?, preguntó él.

Llegarás a las 15.35, respondió ella, y nos veremos en el andén, te sientas en el último banco, hacia el norte, y te quedarás allí hasta que yo llegue. ¿Hacia el norte?, preguntó él, ¿y cómo sé dónde está el norte? Pero ¿no sabes en qué dirección crece el musgo en los árboles?, respondió ella. Y él se sumió en intensas *cavilaciones* antes de admitir que no estaba seguro de

si había musgo en el lado norte o en el sur. Ella se limitó a replicar, con sequedad, que *si mal no recuerdo no eras tonto, así que no te hagas más tonto de lo que eres*. No, claro, dijo él, *era una broma*, porque en Södertälje, claro, no habrá árboles. *Pues en el andén no*, dijo ella. ¿Pinos tampoco? No, ni pinos ni ningún otro árbol. ¿Crees que debo llevar *un signo de identificación?*, preguntó él, ¿una flor en el ojal o algo así? No, lo interrumpió ella con vehemencia, como si hubiese dicho algo malo, aunque no estaba seguro. *No creo que me cueste reconocerte*, añadió en un tono algo más suave. *Me acuerdo*. Por cierto, no tengo ninguna americana, comentó él. ¿Y qué tienes? *La chaqueta del chándal donde pone Bureå IF*. Pues lleva ésa, replicó ella. Y se quedó callada. ¿Vas a venir?, preguntó ella al final.

Voy, respondió él. A las 15.35, en el banco más al norte.

Luego se oyó un clic en la línea, y él también colgó, aunque le temblaban un poco las manos, y en ese preciso instante apareció la tía Elsa, sí, la del labio inferior, y fue casi un alivio que llegara en ese momento, con la leche dentro de una bolsa de Konsum, y dijo *¿qué te pasa?*, *¿estás bien?* y él dijo *nada, estoy bien*, y se sentaron a desayunar.

Caminaba por el andén hacia el norte, o sea, en dirección contraria al tren. Había metido el ramo de tulipanes que había comprado en el interior de la chaqueta del chándal, porque se sentía muy incómodo llevándolo en la mano.

El tren había llegado puntual, aunque nervioso estaba de todos modos. En realidad, no sabía muy bien por qué había llamado. Pero había dedicado tanto tiempo a imaginarse e imaginarse cosas en su cabeza... Y a él le pasaba que podía *reflexionar* tanto que algunas cosas acababan por inflarse. Había pequeños recuerdos, y grandes, y éste en concreto era uno bastante breve, unas tres horas si uno incluye el análisis de Bernhard Nordh, que a lo largo de los años había empezado a crecer, y a *expandirse*. Hasta llegar a ocupar tanto espacio que casi estaba a punto de explotar. A veces pensaba en eso del abuelo P. W. y sus historias de las aventuras del zorro cruzado, y al hacerlo aparecía la expresión: ***¡La fuerza de la imaginación! ¡Ese enorme músculo!***

Con la fuerza de la imaginación uno era libre y poseía la capacidad de mover tanto los recuerdos grandes como los pequeños, y recrearlos, de modo que eso del músculo enorme explicaba muchas cosas.

Y sonaba formidable.

Pero es que la mujer de la casa de los Larsson, al cabo de tanto tiempo, había empezado a llenar sus pensamientos y recuerdos, o sea, mejor dicho, sus sentidos, hasta tal punto que al final casi no quedaba sitio para nada más.

Era como una autorredención que se hubiera torcido.

Caminaba en el andén hacia el norte y de pronto el andén se acabó y, efectivamente, allí había un banco. Estaba vacío.

Recordó que había estado en Södertälje una vez en verano, acompañando a la Madre, que participaba en unas jornadas organizadas por la Asociación Misionera de las Maestras, pero ahora el motivo de su visita era bien distinto, y bastante raro. Se sentó en el banco y alzó la vista, se hallaba bajo una especie de techado, que protegía en caso de lluvia u otro diluvio. En el suelo, que era de cemento, los fumadores habían tirado colillas. Había contado con que ella ya estuviera en el banco, y la idea de tener que regresar sin que el encuentro se hubiera producido lo llenaba de inquietud.

Se sentó en el extremo norte del banco y fijó la mirada hacia delante, en las colillas.

Naturalmente no fumaba, tampoco bebía. Es que desde los siete años pertenecía al Ejército de la Esperanza, o sea, a la sección juvenil del Lazo Azul, donde había hecho voto de abstinencia total respecto al alcohol. Ni fumaba ni bebía, pero era larguirucho, durante un instante pensó en eso, y luego en la mujer de la casa de los Larsson, y pensó que *esto soy yo*.

De eso estaba compuesto. De pequeñas partes ensambladas, como un monstruo de Frankenstein hilvanado, que no fuma ni bebe y que lee mucho, y que a veces escribe pequeñas historias fabuladas en un cuaderno, o sea, nada de novelas, sino breves resúmenes de esos, no es que fuera ningún Bernhard Nordh ni mucho menos, aún no, en realidad escribía en un cuaderno parecido al que la Madre quemó después del fallecimiento del Padre. Sí, reflexionando sobre sí mismo de esta manera, se hallaba sentado delante del montón de

colillas, y en su cabeza sonó como un zumbido; ¡repeticiones!, ¡o sea, no bebe! ¡pero escribe! ¡y es larguirucho! y ahora ha telefoneado a una mujer mayor con la que un día se unió, y ella le concedió *la redención en libertad*. ¿Y es eso lo que es ser humano, y, en realidad, *el sentido de la vida*?

¿Era sólo eso lo que era la vida? ¿Ser una persona hilvanada pero donde algo gracias a la tremenda fuerza de la imaginación, ese músculo enorme, ocupaba cada vez mayor espacio?

Entonces la descubrió.

Caminaba con parsimonia, vestía un traje gris, y la reconoció pese a los nueve años que habían pasado. No cabía duda. Seguía teniendo el pelo castaño, pero la ropa ocultaba lo demás, así que apartó de su mente el resto de las comparaciones.

Los ojos, sí.

Ella se le puso delante y él se levantó, ella extendió el brazo y se estrecharon las manos; luego ella señaló el banco y dijo que si él se sentaba en un extremo, el del norte, ella lo haría en el otro, y seguramente él entendía *por qué quería que se sentaran separados*. Para que nadie malinterpretase la situación. *Quiero que sea así, y seguro que entenderás por qué*. Él se sentó, y ella, en efecto, tomó asiento en el otro extremo, hacia el sur, por decirlo de alguna manera, había algo muy confuso y desconcertante en eso de sus posiciones en el banco, y por esa razón él dijo en un tono de voz muy positivo:

—Claro, claro que lo entiendo.

Debía de haber sido en agosto, teniendo en cuenta el campeonato nacional; estaba nublado y no corría ningún viento, y al principio reinaba el silencio. Ni una sola palabra salió de ninguno de los dos. Al cabo de un rato, él dijo que quizá a ella le pareciera raro que la hubiera llamado, y no es que quisiera importunar, como solía decirse, o sea, molestar. Pero es que había pensado mucho, y pensado en ella, había tenido pensamientos bastante bonitos, si es que a ella no le importaba que se expresara así; y justo ahí, cuando llegó a *he pensado mucho en ti, y pensamientos bastante bonitos*, la parte más personal, se quedó en blanco.



Totalmente en blanco.

Y tampoco es que se pusiera a llorar desconsoladamente, pero a medias, no lograba sobreponerse. Y ella giró la cabeza y lo observó un rato mientras él se recuperaba, como jadeando después de una carrera de intervalo, o sea, no más que unos sorbetones de mocos, vale ya, y ocultaba su rostro con la mano izquierda, la otra la llevaba apretada contra la chaqueta del chándal (el de Bureå IF) donde había metido los tulipanes de los que se había olvidado por completo. Ella lo miraba, con atención, como inquisitiva, pero *no se movía*. Y cuando él intentó desplazarse, como para correrse una pizca en su dirección, al tiempo que seguía con algún sorbetón que otro, ¡ella lo detuvo con un simple movimiento de brazo!, ¡firme!, ¡igual que una señal de stop! Casi se parecía a ese gesto que, docenas de años más tarde, una psicoanalista muy guapa de Copenhague había infligido a ese resto humano alcohólico en el que se había convertido, ¡justo con ese tipo de ademán de rechazo! impidiendo así cualquier forma de contacto corporal o emocional.

Qué humillante había sido, ese día en Copenhague, como si fuese un niño que con los brazos levantados se estira hacia su madre, ¡y ésta lo rechaza!, ¡lo rechaza! con un ademán cuyo significado quizá fuera ¡Vete a la mierda! o simplemente ¡No aguanto tu alma retorcida!

—Quédate donde estás —dijo ella.

Se quedaron los dos donde estaban, y no pasó ningún tren, ni siquiera uno de mercancías, y debía de haber transcurrido casi un minuto o un cuarto de hora. Pasaba como con la eternidad —había concluido una vez al leer en el libro de la salvación—, un grano de arena era igual a mil años. Y de pronto ella empezó a mover el pie en círculos en el suelo, era de cemento, daba la impresión de dibujar algo, y dijo que había pensado mucho los últimos días. Y eso de que los dos se sentaran cada uno por su lado se debía más que nada a que tenía amigos y conocidos un poco por todas partes, y que ocupaba cargos de responsabilidad, y era miembro del consejo parroquial, bueno, un montón de cosas, y no quería que nadie empezara a hacer preguntas. Aunque también es cierto, añadió casi con una sonrisa, que, si alguien nos ve sentados de esta manera tan rara, seguro que se las hacen.

Pero quédate donde estás. Aun así, quería verte, continuó, porque quería decirte una cosa.

La verdad es que he pensado mucho en aquella tarde en la casa de los Larsson. Fue un poco locura. Sólo tenías quince años. Era algo como totalmente prohibido, y quizá por eso fue tan intenso. Pero bonito. Bonito sí que fue.

Y se acordaba de que él le había dicho «muchas gracias a ti».

Hablaba en voz bastante baja, a veces casi susurraba. Era eso de *muchas gracias a ti*. Y luego habló de cómo recordaba que había sido, no se había ido difuminando, sino más bien desbordando, si es que entendía lo que quería decir. Él asintió con la cabeza, lo recordaba igual, ¡quizá aún más! Entonces, ella hizo una pausa antes de decir o más bien tararear *Se levanta la tormenta allí fuera y se cierra la puerta del verano, es tarde ya para buscar y preguntar. Puede que ame menos que antes, pero más de lo que nunca sabrás*.

¿Qué es eso?, preguntó él. La *Canción de otoño*, de Tove Jansson, contestó ella, ¿no la conoces? Él se limitó a negar con la cabeza y dijo que cuanto más pensaba en aquel día, más bonito le parecía, y que le daba igual cómo había sido, en la realidad, ahora. Pero que aquello había crecido, y palpataba en su interior, era tan increíble..., quizá no tenga mucho que ver con cómo fue, me importa una mierda, dijo, y ella replicó en voz tan baja que a él le costó oírlo *no hables tanto. Lo importante es en qué se ha convertido. Y cómo ha sido al final*.

Pero ¿ha permanecido?

—Me asusté cuando me llamaste —continuó ella tras una larga pausa—. Tuve miedo de que todo se desinflara, en algún sentido. Que todo se convirtiera en algo realista. No como...

—Como ver la luz —completó él—. Como los que han vivido la experiencia de la redención.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella mientras fruncía el ceño, bueno, ahora se le veían sin duda más arrugas en la frente, notó él.

Él intentó explicarlo. Era aquello de que la cosa había crecido también para él, un poco de forma descontrolada, como si la fuerza de la imaginación hubiera prendido en aquello que ocurrió allí en la cocina, y lo hubiera

convertido en algo tan grande como una experiencia redentora, pero aun así dejándolo libre. En absoluto se parecía a ser redimido con la ayuda de Jesucristo, y eso.

Que no lo malentendiera, añadió casi preso del pánico.

De repente sintió que lo de la redención ¡era *una palabra equivocada!* y que lo que le pasaba era que tenía miedo a la palabra amor, o al *milagro del amor*, ¡es que era demasiado tímido para esas palabras! y por eso tenía que contentarse con *redención*.

Que en cualquier caso era incomprendible de una manera que le permitía librarse de pasar vergüenza.

Sí, en realidad quizá fuera algo más grande incluso que el milagro religioso, y sintió que esa explicación iba *camino* de ser verdadera, pero que se liaba con el lenguaje, y mira que ahora estaba hablando fino, ni siquiera existían palabras en el habla de Skellefteå que pudieran rescatarlo, ¿qué podía decir? *Pero la fuerza de la imaginación*, añadió al cabo de un momento cuando terminó de sobreponerse, *había hecho que creciera*, casi tanto que se había vuelto peligroso, de ahí que hubiera llamado por teléfono. Ella repitió la expresión, como si le hiciera reflexionar.

—«La fuerza de la imaginación.»

Él explicó que esa expresión la había empleado su abuelo, y que él, por su parte, solía pensar ¡*La fuerza de la imaginación!* ¡*Ese enorme músculo!* y ante esas palabras, ella hizo un gesto como levantando la mano, como en un acto reflejo indefenso e incontrolado, y las repitió, para después quedarse callada unos segundos antes de decir:

—No quería que se estropeará. Así que me dio miedo cuando llamaste. Y ahora tiene que terminar. Ya no podemos vernos más. Es inevitable.

—¿Estás segura? —dijo él pese a tener la garganta casi seca—, ¿por qué?

—Totalmente segura. No quiero vivir atrapada. Y tú tampoco. Entonces no seremos libres.

—*La redención en libertad* —dijo él, como para sí mismo, pero había sonado tan raro que hizo un rápido gesto con el brazo derecho para que pareciera una broma—. *Una broma* —añadió por si acaso.

—Me he preguntado un poco adónde fue a parar —comentó ella tras un largo silencio—. Me lo he preguntado bastante. Por eso pensé que igual vendría bien que nos viéramos.

—¿En qué sentido?

—Adónde fue a parar. Esa tarde de domingo. En ti. Nunca se sabe. O adónde fue a parar en mí, también. Bueno, en fin, adónde fue a parar en nosotros.

Él la miró. Dolía. No sabía qué decir.

—¿Puedo escribirte una carta? —preguntó al final.

—No. No puedes.

—¿Sobre adónde fue a parar en mí?

—No. Escribe una carta cuando yo haya muerto.

Luego, no dijo nada más, en realidad. No que él pudiera recordar. Que sí, *¡pero la fuerza de la imaginación!* había dicho, y fue como si se detuviera en el pensamiento. *Esa fuerza. Esa fuerza.*

El tren de cercanías con destino Estocolmo entró en la estación, y paró.

No quedaba mucho más que añadir. Ella dijo, sin mirarlo, que él debía marcharse y coger ese tren que salía a las 18.15 de la vía 1. Él hizo una especie de gesto con la mano, como para hacer una pregunta, pero ella levantó la suya, era algo definitivo. La miró, y por primera vez ella le devolvió la mirada. Era bonita, y se había conservado bien. El pelo seguía siendo castaño y los ojos muy bellos.

Que no, era definitivo.

Él le tendió la mano y se despidieron con un firme apretón, y él fingió no ver que ella lloraba. Cuando echó a andar hacia el vagón del tren se acordó de los tulipanes; se bajó la cremallera del chándal, era el de Bureå IF, y sacó las cinco flores, habían aguantado bastante bien a pesar de todo, y se las dio diciendo:

—Bueno, se me olvidaba.

—Gracias —dijo ella.

—Muchas gracias a ti.

Y entonces ella sonrió, y él supo que, una vez más, había pronunciado las palabras adecuadas. Subió al tren.

Señal.

Permaneció de pie delante de la ventana mirando.

Ella había vuelto a sentarse en el banco y contemplaba el andén con las colillas, o los tulipanes que sujetaba con la mano izquierda, cualquiera de las dos cosas, y cuando el tren echó a rodar se quedó allí sin moverse. Él saludó discretamente con la mano.

Y entonces ella alzó la suya.

## 8

### La parábola de la mujer de Correos

Calcula cuántos años han pasado desde aquella tarde de domingo en la cocina de la casa de los Larsson.

Son muchos.

¿Realmente lo que pasó allí podía ser tan importante? Es que ha decidido que el amor queda marcado con fuego en el ser humano, ¡como hierro candente en un animal! Aunque eso no cuadraba con lo que ocurrió con ella. Allí, el amor había sido más bien bonito.

Nunca será capaz de escribir sobre el amor. No da la talla. Las señales, incomprensibles. ¿Era así como uno se convertía en ser humano? ¿Fue así para el Padre?

Advierte que en realidad no sabía nada de ella, la mujer de ese domingo de verano, en el suelo de pino sin nudos. La que murió con setenta y nueve años. Y a cuyo entierro asistió.

O sea, la mujer de la botella de gaseosa. Nunca ha sabido, quizá nunca sabrá. ¿Estuvo casada?, ¿tenía niños?, ¿en qué trabajaba?, ¿en qué creía?, ¿A qué le tenía miedo?

Sin duda, fue por eso que ella *ocupó* tanto en él. Durante tantos años. *Por su forma de ser tranquila y melancólica.*

Allí estaban las palabras: «Por su forma de ser tranquila y melancólica».  
¿De dónde salían?

Anotación de la Libreta de trabajo sobre la mujer de la oficina de Correos: quizá formaba parte de todo esto, él lo había esquivado.

Muy cerca de la residencia escolar de Brattbygård —el centro que albergaba a los monstruos y a los deformes y al chico con piel de cocodrilo y a los niños lelos y babeantes, los monstruos que eran *señales de advertencia*, y sobre los que su madre le repetía a modo de reprimenda *¡así podrías haber acabado tú también, podrías haber sido uno de ellos! ¡Si..., si!, ¡era ese si!* que no le dejaba en paz— estaba la oficina de Correos, dirección Vännäsvägen, 12.

Cuando visitaba a la tía Lilly, que era maestra en el pueblo, aunque no de los monstruos, iba todos los días hasta allí a recoger el correo. De la oficina se encargaba una mujer de mediana edad, quizá de unos treinta y cinco años, siempre llevaba un vestido verde de crepé sin cinturón que le caía suelto sobre el cuerpo.

Él tenía catorce años ese verano.

Cada segundo que dedicaba a contemplar a la mujer de la oficina de Correos junto a la residencia escolar de Brattbygård, en Vännäsvägen, 12, y siempre intentaba alargar su visita, lo invadía un inmenso, casi incontrolable, deseo. No entendía qué era el deseo, pero lo sentía. Se pasaba el día pensando en esa breve expedición hasta la oficina de Correos, y en los minutos que le permitían contemplar a la mujer, cuyo nombre ignoraba, pero en la que de alguna manera deseaba penetrar, o mejor dicho a la que deseaba englobar.

No estaba muy claro el papel que desempeñaba ese ligero vestido que le caía suelto, nunca se imaginaba que esa prenda pudiera desvanecerse, que ella se quedara desnuda; se trataba de una unión que consistía más en un *abrazamiento amebiano* que en una penetración, y sin que el vestido desapareciera.

En Brattby se encontraban los dos polos opuestos: los monstruos en el centro escolar, ejemplos de cómo podría haber acabado todo, y la mujer en la oficina de Correos.

Había una compañera de la Madre, una maestra de Lövånger cuyo único hijo era un monstruo y que ahora estaba allí metido en una especie de jaula de madera. Y si no fuera por Jesucristo, que en su misericordia había intervenido

y salvado a la Madre del riesgo de tener monstruos, quizá podría haber sido él mismo quien se hallara dentro de la jaula.

¿Por qué? No quedaba muy claro, pero tenía algo que ver con los castigos mundanos. Se figuraba que en ocasiones los duros castigos por los pecados se infligían con antelación, como si la Madre hubiese cometido un pecado capital, cosa que por tanto no hizo y por lo que él debería estarle agradecido.

En algún sentido, a través de los monstruos se ilustraba la ausencia de pecados de la Madre, o sea, que ella, antes de casarse, no se había involucrado en actos de fornicación, como la hija mayor de los Burman (fue Stefan); eso quedaba probado por el hecho de que él *no estuviera preso dentro de la jaula de madera rascándose su piel de cocodrilo*. También se ilustraba por la existencia de una alternativa, que era la mujer de la oficina de Correos.

¡No daba eso también una idea de la fuerza que había en el deseo! ¡La fuerza!

Todos los días al regresar con el correo a casa de la tía —que, por tanto, se llamaba Lilly y había pasado un año en el sanatorio de Hällnäs, donde le habían practicado una extirpación de varias costillas, igual que a su prima segunda Yvonne de Yttervik, no mencionada anteriormente; esta prima lejana se hizo monja y en su lecho de muerte escribió una carta en la que le comunicaba que tras la lectura de sus libros sospechaba que le esperaba una pronta redención; extirpación de las costillas, así se llamaba— se iba directo a la letrina que había en la parcela, o sea, fuera de la casa. El retrete tenía un gancho en la cara interna de la puerta, y esa posibilidad de echar el cerrojo le proporcionaba cierta audacia.

Allí se dedicaba a masturbarse enérgicamente.

Su prepucio, sin embargo, era estrecho, no podía retirarlo del glande. Pero ese verano, cuando tenía catorce años, y sólo llevaba una vida auténtica y llena de imaginación durante los breves minutos en los que podía contemplar a *la mujer tranquila y melancólica* de la oficina de Correos, ¡que también tenía el pelo castaño!, para luego, gracias a su ya poderosa fuerza de la imaginación, abrazarla movido por un deseo irrefrenable, no obstante, sin conocer el arte de la penetración, sólo el del abrazo; ese verano consiguió



echar hacia atrás el prepucio por primera vez de forma que el glande quedaba liberado por completo, fue, dicho sea de paso, el verano de los Juegos Olímpicos de 1948.

Probablemente le dolió. No recordaba. Pero después ya no le dolió nada. Cuando al cabo de un año conoció a la mujer de la casa de los Larsson, y ella le preguntó acerca del prepucio, enseguida supo a qué se refería.

Más adelante, cuando casi se le había olvidado cómo había conseguido retirar el prepucio por primera vez, se dio cuenta de repente de que la mujer en la oficina de Correos, gracias al enorme músculo de la fuerza de la imaginación, en cierto sentido ¡le había servido de gran ayuda!

Era seria, pero bella, y a veces lo miraba. De alguna manera tenía que ver con Ellen, la mujer de la botella de gaseosa.

Su visión de la enorme importancia de la mujer quedó así establecida para siempre.

¡En cuanto consiguió echar hacia atrás el prepucio, los monstruos desaparecieron! Fue como un milagro bíblico. También rectificó su comprensión de las mujeres. La mujer —o sea, la original, la que inspiraba deseo— debía ser bella, permitir que se viera cómo se perfilaba su cuerpo, pero ser seria. O sea, melancólica. Se imaginaba cómo él, libremente, al igual que algo extraterrestre, ¿un ser de otro planeta?, podía estar *envolviendo* a la mujer, ¡física más que espiritualmente! ¡pero, por tanto, sin penetrar todavía en ella! Esa idea a punto estuvo de enloquecerlo de afecto, o de añoranza, había diferentes denominaciones. Se trataba, por consiguiente, tanto de la mujer de la oficina de Correos, junto al centro escolar de Brattbygård, cuyo vestido, debido al material finísimo, revelaba algo del contorno de su cuerpo, como, poco más de un año después, de la mujer de la botella de gaseosa.

Mientras le contaba todo eso a la bella psicoanalista de Copenhague — fueron nueve sesiones durante el invierno de 1988—, ella se relamía de gusto y enseguida lo relacionó con la ya contada reminiscencia de *la Madre sentada en una piedra a orillas del agua en el islote de Granholmen*, casi como la Sirenita, e insinuó que esa conexión resultaba muy clara y suponía un avance considerable en el camino de la autocomprensión, y de esa forma, los dos, o sea, en particular la psicoanalista que con perspicacia había conseguido derribar a golpes los muros que lo protegían, iban a poder romper

su dependencia del alcohol. Él se enfureció e insinuó que en realidad lo único que le pasaba era *¡que se sentía sexualmente atraído por ella!* ¡o sea, por la psicoanalista!, y que de ninguna manera podía existir una conexión entre ella y la Madre en el islote de Granholmen, tras lo cual ella levantó los brazos en un gesto de rechazo, como ante un niño demasiado molesto, y aquello se acabó.

En una ocasión, cuando la mencionada mujer de Correos en Brattby le tendió una carta certificada, su mano rozó la suya, y se lo quedó mirando con fijeza. ¡Si los relámpagos pudieran hablar...!, ¡la sensación en la piel de su mano derecha le recorrió todo su ser!

Eso fue lo que pasó con la mujer de Correos de Brattby aquel verano. No volvió a verla jamás.

Muchos años después, cuando en el entierro conoció a la sobrina de la mujer del suelo de pino sin nudos, y ella le dijo que debería escribir una novela de amor, que seguro que a la tía Ellen le hubiera gustado, fue como si él hubiese anunciado a gritos para sí: *¿No es eso acaso una carta blanca?*

Aunque, claro, no fue capaz de hacerlo.

Volvió a lo seguro, que era el amor de los locos por los animales, en ese terreno se sentía a gusto. El amor de los seres humanos resultaba más complicado, nunca se había atrevido. Reunía anotaciones en la Libreta de trabajo sobre el amor, pero tampoco es que eso mejorara mucho las cosas.

Es que «el amor» era igual de difícil de atrapar que Dios.

Dios era malvado o bondadoso o considerado. Dios y el amor a lo mejor eran lo mismo, como un enorme ser extraterrestre, casi una bola de gelatina, así lo describiría más tarde en su vida, ¡Dios y el Amor son uno! Pero las denominaciones se escurrían de entre las garras de la escritura, igual que las pastillas de jabón. «*¿Dónde en el mundo se esconde un sujeto metafísico? Dices que sucede lo mismo aquí que con el ojo y el campo de visión. Pero el ojo, en verdad, no puedes verlo. Y en el campo de visión no hay nada de lo que puede deducirse que es visto por un ojo.*» Y luego Wittgenstein se volvió igual de orate que Sibelius, aunque sobrio, sea cual sea la utilidad de eso, y se pasaba el día en su cabaña en la montaña noruega comprendiendo y

comprendiendo, y luego murió, y ¿acaso sus incontables y tan científicas páginas de pensamiento, con enumeraciones hasta el infinito, eran más completas que los escritos del Padre, pese a haber comprendido tantas cosas?

Y ahora el tiempo apremiaba.

La Libreta de trabajo es un cubo de excrementos.

Relee los restos de una novela histórica ambientada en Dinamarca, y una de historia contemporánea sobre Siklund. Todo lo que ha escrito le resulta precipitado, a causa del amenazador murmullo del río y de las malvadas miradas de sus amigos.

Entonces tira abajo los andamios. Fuera Cristián, fuera Siklund.

Los restos se destierran a la Libreta de trabajo, o sea, al cubo de excrementos, y a continuación a las llamas lamedoras. Es que el Chico tampoco era él mismo, ni de lejos, si es que uno quería verlo así, algo que muchos hacían. Y no era de extrañar, desde luego. El amor verdadero puede volver orate a cualquiera.

Lee las dos últimas hojas. Parece haber anotado palabra por palabra.

Lo que había sucedido era que Siklund, con la ayuda de la fuerza de la imaginación, ese enorme músculo, había caminado por el bosque de pinos, trasladado desde Hjoggböle, siguiendo el sendero a lo largo y por la cara interna del muro que lo encerraba, había caminado con el gato *Kim*, al que llevaba con correa. Era tarde y anochecía, y el gato se rozaba con sus piernas una y otra vez, y mostraba, seguramente, la característica fe en la vida que con el espíritu de Albert Schweitzer en la mente era el objetivo final del proyecto; corría el 22 de noviembre de 1977, y entonces, de repente.

Eriksson fue a su encuentro.

Y Eriksson agarró a *Kim* y se precipitó hacia el muro, que era alto pero no lo suficiente. Acto seguido, Eriksson, en un lanzamiento tremendo, arrojó, sí, en un lanzamiento tremendo, arrojó a *Kim* por encima del muro. Y se pudo oír un grito, como de un gato en peligro de muerte. Ahora ya era casi de noche, y Siklund, según varios testigos, intentó a la desesperada trepar por la pared para rescatar a su compañero, y con las manos, de una forma casi

grotesca, arañó el muro de cemento que bajo ningún concepto se dejaba vencer; y tan alto gritaba Siklund que de inmediato acudieron al lugar para sujetarlo cuatro hombres, y salvaron a Eriksson del rabioso Siklund.

Dos días estuvo desaparecido el gato. Durante ese tiempo, Siklund destruyó todo el mobiliario de su celda, o su habitación. Veinticuatro horas más tarde le reventó el abdomen a Eriksson con unas tijeras, y al gato lo mató un zorro, y resucitó.

Ésa era la historia de Siklund, resumida. Era un intento de describir las condiciones del amor, así como, quizá, las de la resurrección. Pasó en el otoño de 1977. Diez años más tarde, con desespero, atrapado como en un atrapamoscas en la ciénaga alcohólica de París, intentó poner por escrito ese aullido de auxilio, pero ¿quién escucha los gritos pronunciados entre labios trémulos?, y había notado, dicho sea de paso, que su labio inferior había empezado a parecerse al de la tía Elsa a los noventa años, temblaba, y ¿acaso no era eso prueba de que todo estaba decidido?, pero ¿cómo?, pero ¿cómo?, y en nuestros tiempos ya nadie escucha los gritos mudos.

En 1974 intentó contactar con la mujer de la casa de los Larsson. No lo consiguió. El número de teléfono ya no existía. No había ningún miembro del consejo parroquial de Södertälje con ese nombre. Se había marchado de allí.

En 1978 se escapa a Copenhague.

El olor del rastro ha desaparecido. Los fragmentos que se deben ensamblar son cada vez más misteriosos. Se ha casado, se ha divorciado, se ha vuelto a casar. Bebe cada vez más.

También eso resulta inexplicable.

Ahora interpretaba eso del amor y la muerte así: *el amor y la muerte son algo inefable, pero puede ser mostrado.*

¿Por él quizá?

Mientras busca la solución, lucha —corre el año 2010— para prolongar su vida.

Tras dos graves úlceras estomacales y tres operaciones de corazón, todo está estable, intenta convencerse de que ahora va a vivir muchos años, aunque con angustia a la muerte. Pero ¿cómo poder llegar a tiempo al resumen escrito que, de una vez por todas, sustituirá al blanco y cegador vacío de las nueve hojas arrancadas?

Se va perfilando una solución racional. Por cada año que logra sobrevivirse a sí mismo, la edad media estadística de su generación aumenta. Puede, al igual que la infructuosa lucha de la liebre contra la tortuga que salió antes que él, reducir únicamente a la mitad la distancia, o sea, el tiempo, hasta su propia muerte. Por tanto, desde una perspectiva estadística es inmortal. Lo anota, muy en serio, y sin sonreír, o posiblemente con una sonrisa desvanecedora.

La clave no se halla en ningún cuaderno. ¿La clave quizá se encuentra en la mujer de la casa de los Larsson? Y ella no quería saber nada de él. Metida en la Libreta de trabajo, sin embargo, había una tarjeta postal con el sello de Correos del 4 de enero de 1976, y Uppsala. ¡Por primera vez en mil años!

*«Te deseo un feliz año nuevo, con la ayuda del enorme músculo de la fuerza de la imaginación.»*

Sin nombre. Podía recordar su cuerpo, el sonido de las moscas en la ventana, su pelo, y sus ojos cerrados. Un silencio de mil años.

¿No terminaría nunca esa persecución?

El primer fragmento de la Libreta de trabajo es de mediados de los años ochenta, sigue escribiendo en primera persona, por lo visto aún no tan aterrado como más tarde.

Es ahora cuando empieza su Libro de Parábolas, probablemente en otoño de 1986, en París.

A menudo son pequeñas historias graciosas que rápidamente se transforman en algo negro como la noche (*La parábola del asno Ior y la vasija de miel vacía*). Se advierte, sin embargo, que ha olfateado el rastro de algo (él lo llama «El Chico») que ha despertado su interés.

*Cuando era niño aprendí que a pesar de todo había un tipo de poesía que no era pecado. Las parábolas de la Biblia. Los poemas sobre el milagro. Cinco panes de cebada y dos peces, y con eso se podía dar de comer a cinco mil hombres. ¿Era un poema acerca de la naturaleza del amor: si se comparte, crece? ¿Y si fuera verdad? Nunca he podido escribir poesía. Ojalá pudiera al menos escribir una parábola.*

*Puede que ya no se escriban parábolas hoy en día. Las parábolas acerca de la esencia del milagro son muy poco frecuentes. Quizá es mejor así. No sé qué aspecto tendría una parábola de ese tipo: ¿como un intento de cercar y atrapar algo que es frágil y delicado? Pero no se puede ir derecho al milagro, sin rodeos, porque entonces desaparecería.*

*Pero ¿no era importante, aun así, intentarlo, ya que al fin y al cabo se trataba de algo importante?*

*Llevo dos meses escribiendo, en total he terminado 5 páginas, 31 líneas en cada una, 1.650 caracteres, quizá llegue a 10 páginas antes del cambio de milenio, sobre el Chico, el Gato y el Milagro de París. Estaría bien que nevara. Cuando nevó aquella vez, ella quitaba la nieve llevándola hacia la fachada de la casa, para aislar y mantener el calor dentro. Ojalá tuviera nieve aquí. El milagro con el Chico no fue exactamente como lo describí, pero casi. Se trataba de una parábola, pero todo el mundo pensó que era verdad, así que se rompió en pedazos. El piso es muy grande. Mi gato rojo duerme con la espalda apoyada en la parte de atrás de la máquina de escribir, el ruido no lo despierta, tampoco el enorme silencio, que es lo normal: las teclas apenas se mueven, cada tecleo es quizá un milagro. La casa que construyó mi padre sigue todavía allí. El cuaderno con sus poemas está quemado. Ésa es la mejor manera que tengo de explicar que el milagro es posible.*

La historia resumida con brevedad es sencilla. Son las verdades posteriores las que la han destrozado.

Conoció al Chico en 1963, luego el Chico enfermó mentalmente, pero acostumbraba a leer libros sobre la fe y los milagros, y en el hospital psiquiátrico le dieron un gato.

Se lo dio Lisbeth, por cierto. A él se le asignó el nombre de Siklund. ¿Por qué?, puede uno preguntarse, pero seguro que se trataba de una concesión a la verdad. Pues, al fin y al cabo, se llamaba Siklund. Por lo demás, el Chico poseía rasgos que coincidían casi por completo con los suyos propios, era, por ejemplo, larguirucho, escribía, leía la Biblia, creía en el milagro de la resurrección, no cuestionaba nunca. Se autodenominaba, ante los amigos medio muertos, autorredimido, para no tener que avergonzarse.

Debe ser posible liberarse alguna vez de todas esas ideas: de que él mismo era el Chico que se quitó la vida, de que a pesar de todo aquello era bastante bonito, y de que al gato lo mató alguien llamado Eriksson. Y de que, aun así, el gato volvió, y de que el gato —que se llamaba *Kim*, por raro que pueda parecer, como el chico del libro prohibido de Kipling— podía hablar. Y el gato le había propuesto al Chico que se escaparan juntos y buscasen la casa del Padre.

Pero primero hacía falta morir, y luego resucitar. Ya que la resurrección era posible.

El Chico metió la cabeza en una bolsa de plástico, acercó el gato al pliegue del codo, y soñó con una existencia llena de esperanza, y con raíces familiares merecedoras de respeto, y con un padre cuya casa le resultaba conocida y segura.

Esa sensación de tranquilidad *era en realidad el Amor*. La existencia era lo que pretendía ser. Sobre todo, sosegada y sin culpa —sin su culpa—; eso era el milagro.

Eso era lo que *no* fueron los años en París, aquello era la huida del olor del rastro de la infancia y la quietud y el retorno tranquilo. Todo aquello que debería haber sido pero que no fue.

Imagínense poder escribir sólo sobre cómo deberían ser las cosas.

Pero luego, al fin y al cabo, las cosas eran como eran.

Le había pedido a Siklund que lo explicara, pero éste dijo que no había nada que explicar. No se trataba más que de una parábola sobre la tranquilidad, el enorme músculo del amor, y la muerte.

Después, durante muchos años, se imaginó que el Chico tenía razón, que Dios era un gato rojo que no le imputaba ninguna culpabilidad, no lo acusaba de haber desperdiciado su talento, que eso de morir no había sido para nada doloroso, sino que todo el mundo tenía derecho a ser un gato rojo que se refugiaba en el pliegue del codo de Dios. Y allí había permanecido el gato mientras los dos se morían, y no era nada raro, en absoluto. Los dos se habían sumergido en el Río de la Flecha, y el gato *Kim* ronroneaba, se sentía muy bien, y era algo perfectamente natural que Dios fuera el pliegue de un codo cálido y seguro y tranquilo.

¿Para qué sirve un Dios si uno no puede refugiarse en el pliegue de su codo, estar a gusto, dormirse y morir?

La verdad era que no se le daba muy bien hacer parábolas.

Después, una vez que los años en París pasaron, llegaron los Maestros Pensadores y le pidieron que explicara por qué había intentado quitarse la vida de esa manera tan prolongada, que resultaba tan repulsiva y olía tan mal, y hacía tanto daño a todos. Pero lo único que se le ocurrió fue contar la parábola del Chico y el gato rojo. A eso podía referirse. Era la parábola. Y luego podía poner la parábola por escrito en las nueve hojas, y decir *¿lo comprendéis?*

Y acto seguido decir lo mismo que el chico Siklund: lo he contado todo tal y como fue. Comprenderlo es cosa vuestra.

Y se niega a inspirar más de ese olor del rastro que es el suyo.

Una anotación desconcertante en la Libreta de trabajo:

*Si yo, cuando me encuentre al otro lado del río, deseo hablarme a mí mismo, o sea, si uno se imagina que me quedara allí mirando, perplejo, sin saber qué hacer, ¿podría albergar entonces la esperanza de que ese mensaje llegara? ¿De mí mismo, muerto, a mí mismo, vivo? ¿O si alguien a quien he amado, pero que ha muerto, quisiera ayudarme con consejos e instrucciones, o*



*infundirme el coraje de vivir, o la fe en la vida como Albert Schweitzer, o dar sólo una pizca de confianza a alguien que está a punto de descarriarse por completo de la senda de la vida, eso sería posible?*

Está claro: el amor es una fuerza inmensa. Siempre se podía albergar esperanza. E imaginarse.

La mujer de la casa de los Larsson lo había logrado, si uno lo ve así. ¿Y por qué no debía verse así? ¿Por qué quitarle a la vida también eso? Sería, a todas luces, de lo más innecesario.

No nos quiten también eso.

Había olvidado una cosa: la conversación telefónica con T. Los amigos que se iban muriendo.

Cada vez quedaban menos. Pero ¿realmente podía incluir eso también en el revisado discurso dedicado a la Madre en la ceremonia de la Casa Parroquial?

La claridad nacía del enorme abismo de la niebla. Lo misericordioso era cuando el abismo se cerraba. Sí, lo misericordioso, al final la misericordia y el amor *de los que uno no se había hecho merecedor* —¿no se llamaba eso agape?—. Al final, eso era todo lo que quedaba.

En torno a las ocho de la tarde del 3 de febrero de 2012, telefoneó un amigo de nombre T., que estaba lúcido pero que sobrevivía *como de misericordia*, y era uno de los que se hallaban a orillas del río; le preguntó sobre otro de los compañeros.

Éste llevaba más de una semana muerto y bien muerto. Lo había visto en el periódico.

Sobre alguno de ellos se escribió en la prensa a su muerte, igual que sobre el Padre, quien fue objeto de una letanía considerable en el periódico local *Norra Westerbotten*, y por lo general se escribían cosas muy positivas. Podría decirse que eso también era cierto para el compañero que ahora acababa de cruzar el río. Aunque durante el último año había sido una vida

imprecisa. Probablemente E., las últimas veces que fue a visitarlo, sólo se había perfilado como una silueta negra. Y el amigo quizá, en el mejor de los casos, había preguntado casi guturalmente *¿quién es?*, ¿y qué debía contestar a eso? Él apenas lo sabía. E interpretar los sueños de un moribundo, o sus visiones, o sus esperanzas, eso no se puede hacer en la vida real, sólo en la poesía, por tanto, la poesía quizá era algo pecaminoso, y la Madre había tenido razón sin saberlo.

Fue a propósito de eso que T. llamó. Los dos, o sea, T. y el que ahora estaba muerto y bien muerto, padecían la misma enfermedad. Lo que significaba un lento apagamiento; al principio uno empezaba a tambalearse al andar, luego las capas de la niebla lo envolvían a uno. Pero ¿cómo, y cuándo, entraba la niebla negra?

T. decía que él ya se hallaba bastante cerca, pero todavía pensaba con lucidez, aunque seguro del todo no se podía estar, claro. Después de esa explicación inicial, o sea, que *seguía estando lúcido y casi móvil*, aunque con pasos muy menudos, quería saber cómo había sido, en verdad, el último año antes de morir para dicho amigo. Si era algo que había que esperar con tranquilidad o con terror.

Eso lo quería saber ahora a través del aparato telefónico. Aquello no era muy alegre. Más bien implacable.

¿Tienes miedo a morir?, preguntó E. en el aparato cuando éste se volvió como demasiado silencioso, *no*, fue la rasposa respuesta en el aparato telefónico, *pero no quiero quedarme desvalido antes*. ¿Cuánto tiempo antes? *Nunca, ni poco ni mucho antes, es la niebla negra lo que me da miedo. Supongo que como a todos*.

¿Ah, sí? Sí, replicó T. casi con algo de impaciencia en la voz, bueno, tú tienes tu corazón que pegará un frenazo en seco, *¡pero si yo entro en la niebla!* ¿Es eso lo que quieres preguntar? O sea, ¿quieres que te quite la vida? *No, sólo quería saber cómo será*.

Las pausas se alargaban cada vez más.

Después, T. empezó a contar *cómo era*. Y cómo, en sus peores momentos, pensaba que sería. De ahí esa pregunta. Es que los familiares lo animaban tanto y se mostraban tan cariñosos que ya había dejado de confiar

en ellos por completo. De ahí que lo hubiera llamado por teléfono. E. ni lo animaba ni se mostraba cariñoso, pero quizá le haría el favor de ser veraz. De ahí la pregunta: *¿cómo había sido para el amigo que murió?*

Y, a su manera, fue sencillo. Fue *a la vez como una claridad muy grande y una implacable niebla negra.*

*¿Así era? ¿Al final sólo bruma?*

Sí, sólo bruma.

*¿Y desvalimiento?*

Sí, desvalimiento total.

*¿No quedan fuerzas ni para anotar nada?*

Quizá se podía firmar algo con la huella del pulgar, contestó tras una larga pausa. Si las manos no temblaban demasiado.

La voz de T. se volvió más débil, quizá más reflexiva; ¿qué debía decirle a T., algo que lo *distrajera*, un pequeño escapismo?, ¿una parábola sobre la muerte del Padre? Uno podía imaginarse que el Padre aquella vez en la enfermería de Bureå había tenido esa voz con la que ahora T. susurraba. Cuánto le dolía hablar y mantener la tranquilidad con el amigo por el aparato telefónico; resultaría más tranquilizador, una vez más, insistir en la muerte del Padre. La verdad sobre lo que ocurrió, especialmente durante las últimas veinticuatro horas, se podía rescatar de las voraces fauces de la historia recurriendo, por decirlo de algún modo, al enorme músculo de la fuerza de la imaginación. Establecer que ésa, ¡aunque no en el caso del Padre!, ¡era la forma en la que uno moría! ¡casi siempre! o sea, entrar en la niebla, y durante unas breves aberturas entre las brumas de repente verlo todo con una claridad inaudita. Y luego espicharla. Bueno, quizá fuera así, también para el Padre, el último día, antes de que entrase el doctor Hultman para subirle los párpados de manera rutinaria y explicar que el hombre estaba muerto, y decírselo a la esposa llorosa, basta, basta, *¡¡¡ya se ha contado antes!!!* Antes. Antes.

No. Tenía que sobreponerse.

Lo que le daba miedo a T. era pasar *varios años en la niebla*. Y no contar con nadie misericordioso a mano que, por decirlo de alguna forma, le *arreara un mazazo derecho a la chola*, aunque él no se expresaba en esos términos, por supuesto, ya que era de Estocolmo; pero cuando se hablaba de

la muerte resultaba difícil *hablar fino*, y el dialecto hacía acto de presencia en *el que aquí anota las últimas conversaciones con los hermanos y hermanas a orillas del río*.

Escribe cómo es, o sea, da un testimonio personal, aunque te tiemblen las manos: así quizá nos aclares las cosas a los demás, insistió E.

¿Y tú, qué estás escribiendo ahora?, replicó T., casi enconado, o quizá desesperado. Bueno, un poco de todo, confesó, ¿qué iba a decir? ¿Cómo que un poco de todo? Bueno, *cosas que se ven con bastante claridad y luego, de repente, la niebla*. Oyó lo vago que sonaba, algo que no se debía al aparato telefónico, y T. preguntó *¿y cómo es que te parece tan condenadamente necesario inscribir eso de tanta claridad en medio de la niebla?* Se sobresaltó al oír la palabra *condenadamente*, porque a veces la había utilizado la Madre cuando quería recurrir a un juramento, ¡y llevaba setenta años sin oírla! En cualquier caso: ¿no se discernía quizá un tono de reproche en la pregunta?, y contestó de forma evasiva *es que uno siempre se pregunta si era eso lo que era la vida*, a lo que T. inquirió *¿anotas la respuesta, o el hecho de que no entiendes? ¿Tú, que estás sano y que aún no te han convocado? ¿O escribes sólo para que las cosas no se queden en suspenso?*

Y eso le pareció una pregunta extraña, a la que, sin embargo, contestó con una serena afirmación. *Para que las cosas no se queden en suspenso*.

Y es que uno no quiere que aquello se quede en suspenso una vez que se entra en el gran sueño, o sea, después de haber abandonado, como si el final de la vida fueran unas páginas en blanco; y luego, con el objetivo de desviar la atención, o porque se sentía desesperado sin querer reconocerlo, comenzó a informar a T. sobre la blancura dejada por el Padre, las nueve hojas, pero eso tal vez no interesó demasiado al interlocutor T.; pues lo interrumpió casi con brusquedad para preguntarle *¿cómo se sabe lo que se ve con claridad, y lo que sólo se va perfilando vagamente entre la niebla? ¿No acaba siendo un poco como una alucinación?*

Sí, pero bueno, a lo mejor es así como es, contestó él. Era eso lo que era la vida. Una alucinación o una fotografía de doble exposición en la que sólo con el máximo esfuerzo se podían discernir los movimientos de boca del

Padre. ¡Y que era justo así como uno estaba obligado a escribirlo! Entonces, T. dijo: *pero ¿la claridad?* ¿Cómo puedes diferenciarla de aquello que casi no vislumbra en la niebla?

La conversación duró una hora.

Después siguió doliendo. Antes, al menos uno tenía una Biblia, se podía elegir un pasaje al azar, y allí aparecía la respuesta. ¿Qué era lo realmente *claro*? ¿La mujer del suelo de pinos sin nudos? ¿Era eso la verdadera y auténtica vida? ¿Y el amor?

¿Y lo demás sólo eran aberturas en la niebla?

No, no podía ser así. Pero él había decidido que así debía escribirse. Sólo a modo de consuelo, de ejemplo. El consuelo de que existió un par de horas durante las que había conseguido ver la luz, y experimentar el milagro, y luego salir en el otro lado. Más o menos así. Un consuelo, para que no se quedara en suspenso.

Sostiene una vez más el cuaderno en la mano, e invita a la paz. Abre el cajón del escritorio, encierra el misterio. Ya basta.

¿Ya basta?

Las nueve hojas estaban quizá vacías. La vida repleta de señales, pero no dejaban huellas para aquel que tuviera miedo. Si hablaban de él mismo, debía abrir los ojos.

Derriba los andamios, se supone que eso es lo último, lo que uno debe derribar. ¿Por detrás hay —¿ojalá?— al menos un pequeño núcleo infantil? ¿Como cuando todo empezó?

Y no nada.

¿Ese débil gemido, como del perro que siguió su propio rastro y no pudo huir?

¿No terminará nunca? Sí, algún día. Ahora no.

Las primeras preguntas que hizo el niño fueron las más difíciles. ¿Quién mece la aurora boreal, qué es la eternidad, quién deja caer la nieve, quién mueve el sol, quién crea el gato, qué es la muerte, qué es un ser humano, por qué existo?

Luego, el niño dejó de hacer las primeras preguntas. El niño se petrificó, aunque siguió viviendo. Mucho después empezó de nuevo a formularlas, cuando casi era demasiado tarde, las mismas preguntas.

¿Por qué? Por todos los demonios, ¿por qué? Entonces, el niño resucitó de entre los muertos.

## La parábola del segundo advenimiento de Jesucristo

La carta era un sobre tamaño A5; el destinatario, él; la dirección, la de la editorial, P. A. Norstedts e hijos, Tryckerigatan, 2, Estocolmo, ningún código postal, y sin remitente en la parte de atrás. Dentro del sobre, un recorte de periódico. Un mensaje breve de que ella había muerto. El entierro tendría lugar en la intimidad, en el cementerio Skogskyrkogården de Estocolmo; la fecha y el lugar.

La editorial la había reenviado. La abrió. Alguien la había enviado.

Mucho tiempo después, archiva páginas de la primavera de 2011, un sonido rasposo de la hoja, como si los papeles hubiesen estado en la nieve. El ruido era como debía ser, o, en cualquier caso, como era.

¿Ninguna novela de amor?

Un rebaño de amigos al borde de la muerte recorre fantasmagóricamente las anotaciones, en esas confesiones espasmódicas él parece aterrado, pero los amigos, pese a todo, siguen vivos, lo contemplan, en absoluto moribundos, todo lo contrario, lo vigilan con ojos severos, en absoluto acusos.

El único que se tambalea al andar es él. Tiene una idea recurrente de *andamios que hay que derribar*. Y una vez derrumbados, allí dentro quedará algo, muy pequeño, pero verdadero. Él derriba. Es necesario. Si no, no se puede sobrevivir.

Y algo tiene que haber allí dentro. Si no, ¿qué sentido tenía todo?

Un tono extraño, en lo que ha escrito, de *¡demasiado tarde!*, *¡no tendrás tiempo!*

Y luego esa fijación por *el sentido*. ¿Qué era lo que el gato *Kim* le había dicho a Siklund poco antes de morir? *La solución del enigma de la vida en el espacio y el tiempo reside fuera del espacio y del tiempo. Cómo sea el mundo, eso es algo completamente indiferente para lo superior. Dios no se manifiesta en el mundo. El misterio no radica en cómo sea el mundo, sino en el hecho de que sea.*

Y luego Siklund y el gato murieron. ¡Y aquí estaba él luchando con nueve hojas en blanco de un cuaderno! ¡De los niños, de los locos y de los gatos oírán la verdad!

Las páginas las mete en archivadores de plástico. Allí se recopila a sí mismo, si es que aquello que escribía realmente era *él mismo*. Lo decible serían trozos de la vida que ha vivido. Lo indecible eran imágenes en pantallas de proyección que giraban y se ocultaban unas a otras, implacablemente, como fotografías con mala exposición. O nueve hojas sin usar en un cuaderno. Bien hecho por parte de la Madre quemarlo. ¿Estúpido cambiar de opinión?

Una nota necrológica. Comunicando el entierro de la mujer de la casa de los Larsson.

El lugar y la hora, y su nombre, pero sin comentario alguno. Y sin remitente. Tampoco en la parte de atrás del sobre. Pero alguien lo había recortado. Y enviado. Fue así como empezó todo: recibió por correo una nota necrológica informando de un fallecimiento.

Resultaba incomprensible. Se resignó.

Cogió el coche, un Saab 900, y se dirigió al cementerio de Skogskyrkogården, en Estocolmo.

Tenía fama, era una especie de patrimonio cultural, había inmensos espacios abiertos y campos ondulantes y un jardín del recuerdo. Allí podían esparcirse las cenizas de uno. Eso de ser esparcido era quizá más apropiado para aquellos con una idea definida sobre el segundo advenimiento de Jesucristo, y a los que les traía sin cuidado lo que ocurría con la parte



corporal. Los que estaban seguros de que era el alma lo que ascendería al cielo. Para ellos estaba el jardín del recuerdo donde podían esparcirse las cenizas. Sin sentir terror por ser abandonado.

Allí estaba esa palabra otra vez. ¡Abandonado!

Al final había comprendido que la palabra «abandonado» no guardaba ninguna relación con sus tres matrimonios, ni con la bella psicoanalista que consideró que allí, en esa misteriosa palabra, se hallaba la clave de sus catástrofes. O de su padre, o del cuaderno abandonado del Padre, con las nueve hojas arrancadas.

Desde el principio había sido un misterio emocionante que hablaba del segundo advenimiento de Jesucristo. Luego algo mucho peor.

Dejó que el Saab rodara despacio por los caminos que cruzaban el cementerio.

Llegaba pronto.

¿Cómo iba a poder prepararse? ¿Iba a ser atravesado —una vez más, después de tantos años, en ese lugar de colocación de cadáveres, parte del patrimonio cultural, al que una vez, gracias a los herrnhutianos, había aprendido a llamar el campo de Dios—, iba a ser atravesado, en ese lugar y ante el último encuentro con la mujer de la casa de los Larsson, por *esa idea del ejército abandonado de pecadores condenados*? En edad adulta sólo conservaba confusas reminiscencias de esas imágenes de pesadilla; pero ahora se acordaba, *más o menos*, de que repentinamente, ¡como un ladrón nocturno!, Jesucristo iba a emprender su segundo advenimiento. Y *llevarse a los cielos a la mitad de la muchedumbre humana*. Así se lo había imaginado, según las Escrituras, más o menos. Llevarse a los cielos, por tanto, a la mitad de la población y dejar atrás a los pecadores durante mil años.

¡Una tierra poblada sólo por los pecadores! ¡Que no se dedicarían más que a pecar!, ¡pecar intensamente!, ya que la idea de los castigos eternos que luego se impondrían era tan terrible que eso de echarse a los brazos del pecado, como si fuese una mujer lasciva, era lo único que se podía hacer *para pasar el rato*. Pero, si uno subía al cielo, y a otro se le abandonaba, ¿qué pasaría en su familia?

Que a Eeva-Lisa la abandonarían eso estaba claro. La Madre había establecido que ésta era una pecadora. ¿El Padre? ¡Pero es que a él ya se lo habían llevado al cielo! ¿a no ser que Jesucristo lo hubiese dejado en el ataúd? ¿con la idea de no llevarlo consigo hasta ese momento en el que tuviera lugar el ascenso para *la multitud*?

¿El Padre, por tanto, olvidado en su ataúd, aunque fotografiado? ¿Y a pesar de que movía la boca formando una pequeña sonrisa, setenta años más tarde, en la fotografía del teléfono móvil que su nieto había enseñado?

¿Cómo manejaba Dios en realidad a todos esos muertos?

Comenzó a llover, ligera y cálidamente.

Detuvo el Saab a doscientos metros de la pequeña capilla donde a las 15.00 horas la entregarían a la eternidad. De repente, todo ese mundo imaginario que había poblado los días y las noches en vela del niño, y que después, año tras año, había llenado sus propias hojas de cuaderno vacías, lo arrolló, como un aluvión.

¿Qué pasaba el día del juicio final con los que ya estaban muertos?

¿Había ascendido ya el espíritu, o más bien el alma, de modo que el cuerpo continuaba de forma desalmada, por decirlo de alguna manera, en la superficie terrenal?; y cuando Jesucristo regresaba, para llevarse a los redimidos, ¿sólo ascendía con sus almas? ¿de modo que los cuerpos inánimes se quedaban? ¡Entonces quizá se les podía ver deambulando por ahí! pero ¿sin alma? ¿Como zombis? Es que en los libros edificantes habían podido leer acerca de esos paganos inánimes a los que se llamaba zombis: ¿es que también existían entre la muchedumbre del pueblo de Bureå? O, y eso era lo más amedrentador, ¿es que los creyentes, a quienes ya se había ascendido al cielo en secreto, habían dejado atrás sus cuerpos?

En tal caso, ¡los cuerpos de esas personas de ferviente y profunda fe eran algo absolutamente espeluznante!, había susurrado el niño para sí al rezar.

¿Cómo se sabía, por ejemplo, en Hjoggböle, quiénes no eran más que errantes inánimes, o sea, gente que ya había ascendido al cielo? ¿Era ésa la explicación de por qué algunos se volvían como perversos, especialmente la

madre de nombre Tyra que al echar al novio de la hija debido a su impiedad hizo que la prima segunda de Istermyrliden se volviera orate? ¿Que algunos, a los que en realidad siempre había considerado como *casi malvados bajo la fachada piadosa*?, ¿que estos falsos devotos se habían dejado el diablo dentro al huir hacia arriba, cogidos de la mano de Jesucristo, con el alma ardiente, o bullente, de fe a modo de entrada? ¿Y qué pasaba con los fotografiados en el ataúd?

¿Eran en realidad zombis? ¿;se podía quizá, en la fotografía mortuoria, ver si movían los labios en una pequeña pero elocuente sonrisa!?

¿Era cada persona al mismo tiempo un santo y un diablo? ¿Se explicaba así el deseo sexual? ¿Y se explicaba así que los paganos que no creían, o que renegaban, o que jugaban al fútbol durante la hora de misa fueran mucho más bondadosos, o en cualquier caso más divertidos? ¿Porque ellos todavía conservaban el alma?

¿Fuera como fuese ésta? No ascendida, pero buena y diabólica a la vez.

¿Había vivido él mismo una existencia donde su alma ya hubiera ascendido, habiéndose producido ya el segundo advenimiento de Jesucristo? ¿Su alma *ascendida al cielo* de una manera misteriosa! ¡Mientras su cuerpo se había quedado atrás! ¿Explicaba eso que la mirada de pez del hermano, estrangulado por el cordón umbilical, se hubiera convertido, gracias al fotógrafo Amandus Nygren, en belleza infantil en la imagen mortuoria?; ¿o era esa la diferencia entre un alma ascendida y una piel de serpiente abandonada? El hermano libre de pecados ¿había sido llevado, *en sentido estricto*, al cielo? ¿Y que también un cuerpo, en apariencia atlético y *larguirucho*, tal y como la mujer de la casa de los Larsson lo había expresado, era como una piel de serpiente?

¿Y que *esa piel de serpiente podía ser él*, y que esa piel era la que se alegraba ante la idea de pecar durante mil años?

El terrible segundo advenimiento de Jesucristo.

Después de haber comprendido por primera vez y tras un laborioso esfuerzo el significado de aquel sermón que el predicador Forsell había pronunciado, intentó consultárselo a la Madre, pero ella no lo tomó en serio dándole sólo evasivas.

Pero ¿y el Padre?, insistió. ¿A él también lo habían vaciado de alma? En tal caso, podía concluirse después, cuando el cuaderno ya había sido hallado y le había sido enviado, estaba claro que las nueve hojas vacías del cuaderno estaban precisamente eso: *vacías*. ¡Pues iban a escribirse y rellenarse el día del juicio final! Así era, claro.

El alma puesta por escrito.

Un poco para sí mismo, había trazado en líneas generales las condiciones de la familia ante su partida hacia arriba.

La Madre no podía bajo ningún concepto quedar abandonada entre los pecadores y los condenados. Su ardiente fe y sana convicción confesional desafiaban cualquier posible duda. En una ocasión, él le había preguntado quiénes pensaba ella que iban a ser ascendidos junto a los sagrados, y quiénes se iban a quedar, y además insistió en que le aclarase dónde, *si arriba o abajo*, se hallaba el Padre: ¿ascendido de alma pero dejado de cuerpo? ¿O con el alma esperando dentro del cuerpo? ¿Y si creía que algunos creyentes fervorosos vagaban por ahí, como zombis?

Entonces, es cierto que ella de buenas a primeras enmudeció y unas lágrimas recorrieron su bonito rostro pero, tras unos instantes de oración y reflexión, concluyó que era evidente lo que pasaba con el Padre.

Su marido esperaba allí arriba. El cuerpo en el ataúd vacío como piel de serpiente.

*Uno será ascendido a los cielos, y uno será abandonado.* Uno más uno son dos. ¿Les tocaría a él y a Eeva-Lisa morar entre los miserables? En ese caso, ¿qué harían?

A menudo se encallaba en esa idea: *que los dejaran atrás*. Era terrible pero bonito. ¡Sólo imaginarse los pecados que podrían cometer! Hasta bien entrado el otoño de la vida, cuando la presencia de la muerte se percibía con mayor intensidad y la distancia al río se reducía y el reproche en los ojos de los amigos resultaba cada vez más elocuente, era esa existencia en un mundo *poblado por pecadores abandonados* lo que le atraía: primero, de niño, como un pequeño hoyo pecaminoso con Eeva-Lisa y él, dos culebras enroscadas, una negra y la otra blanca; la negra, Eeva-Lisa.

Pero más tarde, como en el sueño adulto en el que todo lo que quedaba *suspendido* era importante, y no sólo un consuelo, la certeza se volvió más borrosa. Como si Eeva-Lisa se hubiese transformado en la mujer del suelo en la cocina de los Larsson. ¡Porque estaba claro que ella también era una de los abandonados! ¡Quién si no!

¡Cuando, en realidad, esa mujer de la casa de los Larsson se había apiadado de él! ¡En el suelo, de unas tablas de pino sin nudos! Y nunca lo abandonaría, ya que o se había avergonzado, o le había tenido miedo, o lo había amado.

¿Era, por tanto, eso el amor? Ya de niño, y larguirucho de apariencia, había comprendido que el amor era como ese misterio. Una parábola, con el segundo advenimiento de Jesucristo como problema clave.

La mujer del suelo de los Larsson iba a ser enterrada ahora. Ella lo había llamado, a través de las corrientes del río. Y él había obedecido.

Llegaron cinco hombres vestidos de negro que se apresuraron a entrar en la capilla.

Todo le resultaba muy extraño. Estaba sentado en el Saab, con el motor apagado, respirando hondo.

¿Lo había convocado ella, tras su muerte? ¿Quería decirle algo?

Intentó recrear el recuerdo del terror infantil ante las personas vacías de alma que habían ascendido al cielo. Entonces, los verdaderos devotos eran los que resultaban amedrentadores. ¿Quizá el convertirse en ser humano consistía en *ser bautizado en el pecado*, y que eso era el sentido de la vida? ¡No sorprendía, por tanto, que le diera miedo el olor de su propio rastro! ¡Y que hubiera salido corriendo de la vida misma! ¿Era eso lo que el zorro cruzado había intentado meter en su hipersensible conciencia al lanzar sus metálicos gritos de advertencia, una de aquellas veces que el animal había estado sentado detrás de la letrina contemplando al abuelo, y al nieto que éste tenía en las rodillas?

¿Era eso lo que ella, a través del desconocido mensajero que le había enviado la esquila recortada, quería decirle? Ella, esa María que le había abierto la puerta a la vida, y que como recompensa quizá se vio obligada a

vivir con miedo. ¿Quizá sólo quería despedirse?  
¿Lo había llamado desde el otro lado?

Llegó otra decena de personas, entraron, se fijó en que todos llevaban flores, se alegró de haberse acordado de comprar unas.

Luego, durante unos minutos, no se vio a nadie, al final apareció una joven en bicicleta, tenía prisa, tiró la bici contra la pared de la capilla y entró medio corriendo. Después nadie más.

Abrió la puerta del coche y salió. Lo dejaría aparcado allí mismo. Cruzó el césped en dirección a la capilla, se había asegurado de ser el último, mejor así.

Abrió la puerta y entró. Nadie se dio la vuelta. Se sentó al fondo, en la parte izquierda. La capilla no era muy grande, y estaba llena hasta la mitad. Delante de todo, se hallaba el ataúd, marrón. Al lado, una fotografía de la fallecida.

Sí. Era ella.

Alguien pronunció un discurso.

El orador no le transmitió gran cosa, pese a los nítidos movimientos de sus labios. Escuchó con atención y trató de darle un sentido a lo que se decía, pero las palabras necrológicas versaban ante todo sobre su *ejemplar carácter* y que había sido *una persona frágil*, y que aunque había vivido sola, y quizá a veces se había sentido sola también, era con alegría como se la recordaba entre esos pocos que la conocían; resultaba comprensible que el pastor, si es que se trataba de un pastor, no se hubiera preocupado demasiado en preparar el discurso, sino que más bien se apoyara en alguna que otra llamada telefónica. Luego pasó a la esencia del amor en términos más generales, y que ahora debíamos recordar con regocijo la obra de su vida, sobre todo en el consejo parroquial de Södertälje.

Estaba sentado en una silla, no eran bancos de iglesia propiamente dichos. Más bien como bancos de casa de oración.

¡Cuántas horas de su vida había pasado en bancos de casas de oración! Primero los verdaderos y espirituales, luego los corporales. Quizá el problema era que había cavilado demasiado sobre el Sentido, cual mosca atrapada en el atrapamoscas.

¡Pero todos esos pecados que *no* había cometido! ¿Ahora también tenía que echarlos de menos?

Resultaba raro quedarse mirando, junto con los demás, la cara que había allí delante en la cabecera del féretro. Y si los labios empezaban a moverse... La idea de que todos los demás, quizá unas veintidós personas, observasen el mismo rostro y lo conocieran mejor que él, lo llenaba de una especie de celos. Dirigió una mirada fija y pertinaz a la fotografía. *Pelo castaño, ojos bonitos, ¿y asustados?* Increíble que aquello *siguiera siendo tan intenso*, aunque en algún sentido como un papel en blanco, sin explicaciones, y seguramente continuaría así, y el pastor, si es que era un pastor, cerró la carpeta de la que había leído y se volvió a la chica que había llegado en bicicleta.

Y movió la cabeza afirmativamente. Ella se levantó, se situó al lado del féretro, y puso una mano encima.

—*A mi tía Ellen* —empezó con voz un poco tensa, y acto seguido tosió — *le gustaba mucho esta canción de Tove Jansson, y quería sólo una canción durante la ceremonia, y quería que fuera ésta. Y antes de morir me pidió que la cantara yo. Porque tenía un mensaje, dijo.*

Era de apariencia despierta y había una chispa de picardía en su mirada, aunque se controlaba y seguro que estaba un poco nerviosa. Pudo ver que algunos de los presentes asentían con la cabeza, como esperanzados, o simplemente para animarla, y la chica entonó la canción. Llevaba un jersey rojo, vaqueros negros y zapatillas. ¿Qué edad tendría?, ¿quince años? Empezó cautelosa, pero poseía una voz muy bella y clara, y al cabo de un rato, el nerviosismo pareció ceder. Cantó a capela, sin que nadie la acompañara, y su voz contaba con la fuerza justa para la pequeña capilla.

La reconoció. Era la *Canción de otoño*, de Tove Jansson. «*Muy largo ha sido el camino a casa y con nadie me he cruzado, las noches se vuelven frías y oscuras. Ven, consuélame un poco, me siento muy cansado, y de repente tan terriblemente solo*», su voz sonaba cada vez más clara, y mantuvo la

mano todo el tiempo en la tapa del féretro, como si lo acariciara, consolándolo un poco, como a un perro, y sin desviar la mirada ni un instante de la fotografía. «*Nunca antes advertí que la oscuridad era tan grande, ando pensando en todo aquello que uno debería. Hay tantas cosas que debería haber dicho y hecho, y hay tan pocas que hice.*» Era raro, o cierto, él se dio cuenta de que se había inclinado hacia delante, como si se tratara de comprender, y que eso se le había metido en el cuerpo; la espalda casi le dolía.

Se trataba de todo aquello que uno no había hecho.

¡Justo eso en lo que había estado pensando! ¿o era en el banco o el arcón para la leña de la casa de oración en lo que había estado pensando? de repente sintió un ligero pánico. Estaba mirando fijamente la fotografía en la cabecera del féretro, como si esperase que los labios se abrieran formando al menos una media sonrisa, o como si la canción pudiera salir de la fotografía, en blanco y negro, pero en la que aún no se percibía ningún indicio de que ella intentara comunicar un mensaje, a pesar de que la chica cantaba con tanta intensidad. «*Date prisa, mi amor, date prisa en amar, los días oscurecen minuto a minuto. Enciende nuestras velas, la noche se acerca, muy pronto se acabará el floreciente verano.*» Le había parecido, antaño, que esa canción finlandesa era un poco demasiado bonita, o sentimental, casi insoportable, pero ahora, a través de la voz de la chica que cantaba, se le vino encima no como algo bonito, sino como una pregunta bastante cruel que vibraba, igual que cuando tocaban música con la sierra en la casa de oración, o sea, los virtuosos del serrucho de punta, de forma algo reprochadora que dolía un poco. En la capilla reinaba una quietud total, se dio cuenta de que estaba agarrando el ramo de flores con tanta fuerza que casi lo estrujaba. «*Quizá nos encontremos, quizá entonces inventemos alguna manera de hacer que todo florezca*», no, no podía ser, ¿qué era?, ¿qué era? Lo habían convocado con un anuncio recortado, y esta canción era el único mensaje, pero es que ella estaba muerta. ¡Muerta! «*Se levanta la tormenta allí fuera y se cierra la puerta del verano, es tarde ya para buscar y preguntar. Puede que ame menos que antes, pero más de lo que nunca sabrás.*»

La chica cantó el estribillo con suavidad, miró el ataúd, acarició la tapa cuidadosamente con la mano, y volvió a sentarse.



Allí, quizá. *Pero más de lo que nunca sabrás.* «Escríbeme una carta cuando haya muerto.»

¿Qué era de lo que debía enterarse? ¿Adónde ella había llegado a parar en él? ¿Adónde había llegado a parar él en ella? ¿Si acaso se habían llegado a parar los dos, mutuamente, el uno en el otro? Pero eso no tenía sentido.

Pero ¿era necesario que lo tuviera?

Se fueron acercando, uno a uno, para dejar sus flores encima del féretro. Luego salieron. Al pasar, lo miraban. Quizá les parecía raro que estuviera allí. Le resultaba doloroso. Era incapaz de moverse. Miraba con fijeza hacia delante.

Se quedó sentado en su sitio.

El pastor, si es que era un pastor, permaneció unos minutos allí delante, daba la impresión de estar dándole las gracias a la chica que había cantado. Luego se marchó. Ya no quedaba gran cosa que hacer. Aparte de los cinco tulipanes, claro. Se sentía cansado y ridículo. Había algo en toda la historia, la que había empezado una vez a finales de los años cuarenta, había algo en ella. Pero no conseguía caer en qué. Quizá no había nada en lo que caer. Date prisa, date prisa en amar. Si era un mensaje de ella, no conseguía captarlo. Es que ella estaba muerta. Muerta. Aunque esas últimas palabras..., *más de lo que nunca sabrás.*

Escríbeme una carta cuando haya muerto.

La chica se acercó hacia la salida. No quedaba nadie más en la capilla. Estaban solos. Se detuvo delante de él, lo miró con perspicacia y le dijo:

—¡Te reconozco de la tele! ¡Tú eres el escritor!

La miró, sonrió, y dijo:

—Gracias por la canción. Ha sido muy bonito.

—¡Te he visto en la tele!, ¡así que te he reconocido enseguida!

¿Qué podía decir él? Ella se sentó en el banco de delante, con el cuerpo girado hacia atrás y una chispa de curiosidad en los ojos, y repitió:

—¡Eres tú! Fui yo quien te mandó la carta con la esquela. A través de la editorial. ¡O sea, que te ha llegado! Qué suerte que la hayas recibido, ¿verdad? Era muy importante.

Era bastante bonita y casi se reía de sí misma, o quizá de él.

—Me lo pidió ella. Dijo que era importante.

—¿Por qué? —preguntó él, aunque no estaba seguro de querer saberlo.

—Bueno, es que me lo pidió antes de morir. Debía hacer dos cosas: enviarte esa esquila y luego cantar la *Canción de otoño*. Insistió. Y sólo eso. No tenía trato con nadie más de la familia, pero ella y yo, bueno, me caía fenomenal, es que era una mujer tan libre y abierta... ¿La conocías?

¿Qué podía decir? Pensó, voy a aguantar sin decir nada, lo cual también tiene una explicación, o en cualquier caso una transición, y *ella no tenía ningún derecho a interrogarlo*, así que no contestó. Ella frunció el ceño, como si la hubiera decepcionado, y dijo:

—¡Te he reconocido enseguida de la tele!

—Ya, es verdad —dijo en voz baja—, no puedo negarlo.

—¡No creas que tampoco fue tan fácil lo de la carta! ¡Encontrar la dirección de la editorial! Pero es que ella insistió mucho. Y la tía Ellen y yo teníamos una..., bueno, nos llevábamos bien, bueno, ¡supongo que yo era la única persona con la que podía hablar! O sea, de verdad.

—Qué bien —dijo él inseguro—. Qué bien.

—¿De verdad la conociste?

Un conserje entró, se detuvo al verlos, se dio la vuelta en la puerta no muy contento y salió. Estaban los dos solos en la capilla. O los tres, si se contaba con la de allí delante. Tres.

—¿Vas a dejar las flores? —dijo la chica con tono autoritario—, ¿o te las vas a llevar a casa?

—Perdón, me he quedado absorto pensando.

—Quítales el papel —dijo ella en un tono maternal—, hay que dejarlas sin papel. Yo me lo quedo cuando te acerques y las dejes.

Él le quitó el papel a las flores sintiéndose culpable. Ella lo arrugó con gesto acostumbrado. Cuando ella lo observaba, ahí, con los tulipanes, no se trataba sólo de curiosidad, sino de algo más, lo miraba con una expresión extrañamente implorante y le cogió del brazo.

—Te *acompañó* —dijo con amabilidad— para que no parezcas tan perdido. Venga, vamos, acércate, deja las flores y luego dices unas palabras y ya está.

Se dirigieron al féretro, ella lo guio mientras lo rodeaban hasta llegar a la cabecera, donde se detuvieron, la chica retrocedió unos pasos y lo animó con un gesto de la cabeza. Él dio un paso, se inclinó y puso los cinco tulipanes encima de la tapa del ataúd. Las flores se habían conservado bastante bien. Luego dudó un instante, pero de repente tuvo claro cuáles eran las palabras más adecuadas, porque ella misma en una ocasión había dicho que era lo más adecuado, las pronunció en voz baja para que la chica quizá no las escuchara.

—Muchas gracias a ti.

Lo peor ya había pasado. Salieron. Había dejado de llover.

Ella cogió la bicicleta, a la que no había puesto el candado, y dijo sin mirarlo:

—No me has contestado.

—¿A qué? —preguntó aunque lo sabía.

—Si la conocías. Porque la verdad es que es raro que estés aquí. Es que no había mucha gente que la conociera de verdad.

—Hace tanto tiempo... —dijo.

Fue lo que se le ocurrió. Hacía mucho tiempo, y luego llegó una vida, o varias, pero eso no lo podía decir, ella quizá no lo entendería. ¿Que cómo la había conocido? No, no podía sacar aquello de esa tarde de los años setenta en el cementerio de Skogskyrkogården.

¿Cómo iba a poder entenderlo ella, cuando ni él mismo lo hacía?

Suponía que eso era el sentido de escribir; librarse de hablar. Y después, al cabo de varios años, cuando había pensado en la conversación y el recuerdo *¡se le había incrustado en su interior!*, se defendió ¡ante sí mismo! diciéndose *¿debía yo haberme desnudado por completo ante la sobrina de esa mujer? ¡y ante su bicicleta sin candado!*

¿Qué era lo que había esperado en realidad? Que la chica le dijera que la tía Ellen había leído todos sus libros buscando en ellos algo, una explicación, que aquello había cambiado también su vida, que las horas en la cocina de la casa de los Larsson habían abierto una puerta también en ella, y que la habitación allí dentro no resultaba amenazadora ni estaba llena de culpa ni de

negrura ni llena de aceite hirviente, ni ninguna otra cosa que recordara a la hija mayor de los Burman y su caída (fue Stefan), sino que allí había algo cálido y sonriente, y que *así era como debía ser siempre!*

Y que ella realmente quería saber *lo que quedaba en él de ella*, pese a todos los años que habían pasado.

No, no tenía una buena respuesta. Pero ella siguió preguntando.

—¿Sabes que leyó varios de tus libros? —dijo con un tono alentador, casi maternal—. Lo sé porque los tenía en la librería, varios de ellos, y quizá también sacó otros de la biblioteca. ¿No lo sabías?

Sintió como una punzada, como si le doliera o como si estuviera a punto de dolerle, como una pequeña señal para huir, para salir corriendo a campo a través, abrir la puerta del coche a toda prisa y marcharse, como si de repente hubiese captado un olor muy intenso del que le urgía escapar, pero del que ahora se hallaba tan cerca que ninguna huida conseguiría ponerlo a salvo.

—Qué raro, ¿y qué le parecían? —preguntó en voz baja mirando fija e insistentemente su automóvil aparcado al otro lado del campo.

—Bueno —empezó ella animada—, un poco de todo, la verdad. Algunos le gustaban, pero a menudo le parecía un poco como si te complicaras demasiado y todo se volviera muy difuso, o equivocado, bueno, la verdad es que podía ser bastante crítica a veces, pero no creo que todos le disgustaran.

—Bien —comentó él—. Bien.

—Estaba descontenta porque decía que era como si no consiguieras poner orden en tus libros, o algo así, decía que dabas mil vueltas a cosas en las que debías ir al grano, no sé si me explico, y eso le molestaba, pero no dejaba de leerlos, sino que seguía aunque no estuviera contenta. Y eso, pese a todo, era bonito, ¿a que sí?

—Bonito. Sí. Bonito.

—Sí —asintió ella—, ¡e incluso compró un par de ellos, aunque podía haberlos sacado de la biblioteca!

—¿Y cuáles eran los que le gustaban? —preguntó, y advirtió que su voz sonaba algo ronca.

—Bueno, era uno de esos que compró, pero no me acuerdo del título. En cualquier caso, le pareció bastante bueno. No me acuerdo del título.

—Bueno, pues me quedaré con la duda —comentó e intentó mostrar una sonrisa.

La bicicleta había estado sin candado, él se lo advirtió para de alguna manera evadirse, pero ella replicó *no creo que haya nadie aquí que robe bicis*, y él contestó que no, claro que no, y ella siguió mirándolo con semblante curioso.

—Deberías escribir una verdadera novela de amor alguna vez, si lo haces, la leeré. Pero mi tía dijo que no habías escrito ninguna de amor.

—No puedo escribir novelas de amor —respondió él casi con vehemencia—, no valgo para eso.

—¿Por qué?

—Porque lo sé, es difícil, y punto. Puedo escribir otras cosas. Pero eso no.

—Ya —dijo ella—, es que en una novela de amor es como que no te puedes esconder, ¿es eso?

Qué conversación más extraña, pensó. Uno quiere que sea muy larga, pero al mismo tiempo que acabe pronto.

—En cualquier caso, no puedo escribir sobre el amor, nunca he podido.

A punto estaba de soltar *¡díselo si quieres!* pero se frenó a tiempo y le dio vergüenza. Fue consciente de que todo resultaba muy raro. Ella, efectivamente, lo miró asombrada, como si no comprendiera qué era lo que le alteraba tanto, o qué era lo que quería decir.

—En cualquier caso, ella creía que valdrías para hacerlo —siguió la chica—. ¿Por qué no usas la fuerza de la imaginación? Mi tía solía hablar de eso a veces.

¿Por qué había venido a este lugar? De pronto, todo le resultó casi insoportable.

—¿Dijo eso?

—Sí, ¿por qué?

—¿Dijo eso?

Su mirada, irremediabilmente, se quedó atrapada en la chica que había cantado en la capilla, ¿se parecía a su tía?

Quizá, un poco. Los ojos quizá.

Pero ella no se dio por vencida y volvió a la carga: *¿no puedes intentar escribir una novela de amor que yo también pueda leer?*, y él pensó *¿qué digo?*, *¿qué debo contestar a eso?*; una vez, empezó, una vez pensé escribir una novela de amor sobre un chico que era enfermo mental y su amor por su gato que murió, ¡pero resucitó!, y ella frunció el ceño mientras le dirigía una mirada severamente crítica: *¡Uf! no, hombre, no, eso suena terrible, ¡nada religioso! ¡tiene que ser verdad!*, y él preguntó *¿cómo?*, y ella dijo en tono cortante *Uf, me gustaría leer algo con lo que pudiera identificarme*, y él dijo *¿cómo?* y ella *bueno, pues algo con amor que es como que puedes acurrucarte con él*, y él *¿una novela histórica?*, y ella *no, más bien una novela que... ¡en la que hay cosas que son verdad!*, *¿entiendes?*, *¡en la que puedes meterte dentro!* bueno, que sea al menos una historia de amor, y él, desamparado, repitió *¿cómo?*, y ella, animada, casi alegre, *¡eso, en la que puedes meterte dentro!* ¡y entonces debe ser verdad!

Estaba a punto de perder el control. ¡El sol muy intenso! como si la lluvia hubiese reforzado la luz sobre el cementerio. Escríbeme una carta cuando haya muerto.

Durante un rato reinó el silencio, luego ella preguntó:

—¿Estás bien?

—Dentro de poco —respondió—. Dentro de poco.

Atravesaron juntos el campo y se dirigieron hacia el coche, y el sol se había abierto camino y la hierba estaba fresca y mojada, y ella empujaba la bicicleta y se reía y charlaba y él apenas oía lo que decía, pero era bastante divertida, y de repente sintió una ligereza en el corazón, como si el aire lo llevara en volandas, y ella le sonrió y dijo:

—Es que no acabo de comprenderte. No entiendo cómo pudisteis conoceros.

—Pues ya somos dos —respondió él.

Llegaron. Ella señaló el parabrisas del coche como paralizada por el horror y exclamó indignada:

—¡Una multa! ¡No me lo puedo creer! ¡Están locos! ¡Hasta aquí llegan, hasta el campo de Dios!

Él se rio pensando ¡el campo de Dios! ¡y si resulta que la chica es una hermnhutiana!, ¡qué poco comprende uno!, ¡qué poco entiendo yo! Y con mucho cuidado quitó la multa, era de 270 coronas, y dijo con una voz que ni él mismo entendió, casi empañada, *la enmarcaré y la colgaré como recuerdo*, y ella dijo *¡entonces te enviarán una nueva notificación!*, y él *pues pagaré ésa y guardaré ésta*, y luego ella oye, *ha sido genial conocerte*, y él *¡igualmente, de verdad!*, y ella *si escribes una auténtica novela de amor, la sacaré de la biblioteca*, y él *no valgo para eso*, y ella se marchó pedaleando.

El coche era un Saab 900. Cogió la multa, la limpió con mucho cuidado y la puso al lado, en el asiento del copiloto.

La iba a enmarcar de verdad.

La chica de la bicicleta desaparecería de su campo de visión enseguida. Le había caído muy bien. La tía Ellen lo había llamado. Escríbeme una carta cuando haya muerto. ¿Por qué no podía creérselo? ¿Y qué era lo que ella intentaba decirle? ¿Era eso el amor?

La capilla en medio del campo de Dios, en el cementerio de Skogskyrkogården, contenía ahora a la tía Ellen, que quizá había querido enviarle un mensaje sobre lo inalcanzable, que era tan bonito. De repente, empezó a respirar violenta y entrecortadamente, pero se sobrepuso. El parabrisas se había secado y lucía limpio gracias a la lluvia, pero era como si la capa de agua aún persistiera encima de los ojos, y por eso puso en marcha los limpiaparabrisas. Al cabo de un momento, la cosa mejoró, y lo vio todo claro.

Después de un par de minutos la alcanzó.

De pronto, se sintió ligero y tranquilo. Hacía un día espléndido. Al llegar a su altura, bajó la ventanilla derecha para decirle algo, pero ella se adelantó y gritó entre risas: *¡Una novela de amor! ¡Pita si lo prometes!*

Subió la ventanilla y aceleró, ella fue deslizándose hacia atrás, pedaleando rabiosamente, y él vio que ella se reía. La bicicleta era seguramente de la marca Monark y tenía neumáticos de globo. Escríbeme

una carta cuando haya muerto. Ella se fue empequeñeciendo cada vez más en el retrovisor, él alzó dubitativo la mano.

¿Señal?

Con gran sosiego, el zorro cruzado se sentó en el suelo detrás de la letrina, y se puso a contemplar a los espectadores que se estaban preparando.

Tres eran los que se sentaron a escucharlo: el abuelo con su nieto en las rodillas, el padre Elof también estaba, de alguna manera. Tenía un aspecto entrañable y parecía contento. Le habían prometido que podía quedarse con las nueve hojas arrancadas.

El zorro cruzado, muy tranquilo, contemplaba a los tres espectadores con una pequeña sonrisa.

Hora de una parábola. Seguramente iba a ser mucho más sosegada que las otras que habían oído. El discurso de la Casa Parroquial nunca se concluiría, no tenía importancia, en su lugar podría escribir una carta. En cualquier caso, nunca se acabaría de revisar y corregir del todo. Pero primero iban a escuchar la parábola del zorro cruzado.

Iba a ser muy emocionante. Hacía una noche espléndida. El niño no la olvidaría jamás.



## Notas

1. Bernhard Nordh (1900-1972), escritor sueco de gran popularidad. Varias de sus obras describen la vida en la región de Västerbotten. (*N. de los t.*)

2. Carl Olof Rosenius (1816-1868), predicador, escritor y figura central del movimiento pietista sueco.  
(*N. de los t.*)

3. Obra del escritor sueco y premio Nobel de Literatura Verner von Heidenstam (1859-1940), editada en España en 1901. (*N. de los t.*)

*El libro de las parábolas*

Per Olov Enquist

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Liknelseboken*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: *Ruth*, 1995 (Colección Privada), Max Ferguson, © Bridgeman Images /Age

© Per Olov Enquist

Publicado por Norstedts, Suecia, 2013

© por la traducción, Martin Lexell y Mónica Corral Frías, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-233-5237-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.,

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)